14 ... R.66.313
BIBLIOTECA HOSPITAL REAL DE Granada

HISTORIA GENERAL DEL PERÚ, Ó COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS,

Por el Inca Garcilaso de la Vega.

NUEVA EDICION.

TOMO XII.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1800.

HISTORIA

GENERAL

DEL PERÚ.

CAPÍTULO PRIMERO.

Elecciones de los oficios militares y civiles que se proveyeron: á Vasco Godinez por general de todos. Muerte de Don Garcia y de otros muchos sin tomarles confesion.

Como se ha dicho mataron al pobre caballero Don Sebastian de Castilla los mismos que le persuadieron, y forzaron á que matase al corregidor, y ahora se hacen jueces de los que mataron al general Pedro de Hinojosa, que era el cor-

regidor, para ganar crédito y méritos en el servicio de S. M., por haber sido traidores, una, dos y mas veces á su rey y á sus propios amigos; como lo dirá la sentencia que pocos meses despues dieron á Vasco Godinez, que fue el maestro mayor de esta gran maldad. Es de saber, que de la muerte del general Pedro de Hinojosa, á la muerte del general Don Sebastian de Castilla, segun el Palentino, no pasaron mas de cinco dias; que la de Hinojosa dice que fue á 6 de Marzo, y la de D. Sebastian á 11 del mismo, del año de mil quinientos cincuenta y tres. Vasco Godinez, y los demas sus compañeros, habiendo muerto á Don Sebastian, sacaron de la prision y cadenas en que tenian á Juan Hortiz de Zarate, y á Pedro Hernandez Paniagua, y les dieron libertad, encareciéndoles mucho, que lo que habian

hecho, habia sido tanto por librarles á ellos y á toda aquella ciudad de la muerte y destruccion que los tiranos habian de hacer en ella y en ellos, como por el servicio de S. M. Y en particular les dixo Vasco Godinez estas palabras, como lo refiere el Palentino cap. 17. Señores, por amor de Dios, que pues yo no tengo mano, vuesas mercedes estén en este esquadron, y animen los que en él estan, y les exôrten sirvan á S. M. Empero como Juan Ortiz de Zarate viese que todos los delinqüentes y matadores del general estaban en el esquadron, y por capitan uno de los principales agresores, que era Hernando Guillada, de temor no le matasen, y por le parecer tambien que así convenia, dixo públicamente á voces, que todos tuviesen por capitan á Hernando Guillada.

Hasta aquí es del Palentino. Aquellas palabras que Juan Ortiz de Zarate dixo, se tuvieron por muy acertadas, porque los aseguraban de los enemigos. Vasco Godinez se entró á curar de la herida de su mano, la qual encarecia mas que la muerte de Don Sebastian. Despachó aquella misma noche seis arcabuceros para que atajasen el camino de Potocsi, porque no pasase la nueva de lo sucedido á Egas de Guzman. Mandó prender tres soldados de sus mas amigos, y que luego les diesen garrote antes que amaneciese, porque eran sabedores de sus traiciones, trampas y marañas. Y en amaneciendo envió á llamar á Juan Ortiz de Zarate, á Pedro Hernandez Paniagua, á Antonio Alvarez, y á Martin Monge, que eran vecinos de aquella ciudad, y no habia otros entonces; y con mucho encareci-

miento les dixo el peligro en que se habia puesto por matar al tirano, el servicio que habia hecho á S. M., y el beneficio en particular á ellos y á toda aquella ciudad en general: que les pedia en agradecimiento de todos sus servicios lo eligiesen por justicia mayor de aquella ciudad y su termino, y le nombrasen por capitan general para la guerra, pues Egas de Guzman estaba fuerte y poderoso, y con mucha gente en Potocsi; y le depositasen los Indios del general, pues habian quedado vacos. A lo qual respondieron los vecinos, que ellos no eran parte para hacer aquellas elecciones, que temian ser castigados si las hiciesen. Mas Juan Ortiz, viendo que las habian de hacer mal que les pesase, dixo mas de miedo que de agradecimiento: Que como el licenciado Gomez Hernandez, que era letrado, die-

se su parecer en ello, que ellos lo harian de muy buena gana. El letrado dixo que lo podian hacer, y mucho mas que el Señor Vasco Godinez pidiese, porque sus servicios lo merecian todo. Luego llamaron un escribano, y ante él nombraron por justicia mayor y capitan general á Vasco Godinez, en quien depositaron los Indios del general Pedro de Hinojosa, que, como atras se ha dicho, rentaban con las minas doscientos mil pesos en plata: digno galardon de dos traiciones tan famosas como las que este hombre urdió, texió, y executó: que su intencion siempre fue de haber y poseer aquel repartimiento por qualquiera via y manera que fuese. Tambien negoció el buen letrado que depositasen en él otro gran repartimiento llamado Puna. En este paso dice Diego Hernandez lo que se sigue.

Cierto parece que de su propia mano se quisieron pagar y vender bien la opinion en que con los soldados estaban, y el miedo tambien que de ellos los vecinos tenian, y el temor de que no fuesen mas crueles con ellos que Don Sebastian lo habia sido. Hasta aquí es de Diego Hernandez. Luego nombraron al licenciado Gomez Hernandez por teniente general del exército, á Juan Hortiz de Zarate y á Pedro del Castillo por capitanes de infanteria. Hicieron esta eleccion por dar á entender que no querian tiranizar los oficios militares, sino partir de ellos con los vecinos, los quales los aceptaron mas de miedo que por honrarse con ellos. Apregonóse que todos obedeciesen á Vasco Godinez por general, y á Baltasar Velazquez por maese de campo. Proveyóse que seis soldados fuesen á prender á

Don Garcia y á los demas que con él venian de la buena jornada que hicieron para matar al mariscal Alonso de Alvarado. Baltasar Velazquez, por tomar posesion de su oficio de maese de campo, hizo arrastrar y hacer quartos á dos soldados famosos que venian de Potocsi, con avisos y despachos de Egas de Guzman para Don Sebastian de Castilla: mandó dar garrote á otro soldado que se decia Francisco de Villalobos, y que cortasen las manos á dos soldados que eran de sus mas parciales; y por intercesion de los demas soldados, les concedió que no les cortasen mas de una mano á cada uno de ellos. Todo esto hizo el buen maese de campo dentro de quatro horas despues de su eleccion. Otro dia siguiente entraron en aquella ciudad Martin de Robles, Pablo de Meneses, Diego de Almendras

y Diego Velazquez, que andaban huidos de los soldados por no caer en poder de ellos: con ellos vinieron otros de menos cuenta. Lo qual sabido por Vasco Godinez, que estaba en la cama haciendo muy del herido, envió á llamar á Juan Ortiz de Zarate, y le pidió que persuadiese á Pablo de Meneses, á Martin de Robles, y á los demas que habian venido, hiciesen cabildo, y aprobasen y confirmasen la eleccion de justicia mayor y capitan general que en él se habia hecho, y el depósito de los Indios de Pedro de Hinojosa. Respondieron á la demanda: Que ellos no tenian autoridad para aprobar nada de aquello, y que como amigos suyos le aconsejaban que desistiese de aquellas pretensiones, porque no pareciese que por pagarse de su mano y no por servir á S. M. habia muerto á Don Se-

bastian de Castilla. Con la respuesta se indignó grandemente Vasco Godinez, y á voces dixo: Que votaba á tal, que á los que pretendiesen menoscabar su honra, pretenderia él consumirles la vida. Mandó que entrasen todos en cabildo, y que setenta ó ochenta soldados estuviesen á la puerta del ayuntamiento, y matasen á qualquiera que contradixese cosa alguna de las que él pedia. Lo qual sabido por Pablo de Meneses y sus consortes, aprobaron mal que les pesó las elecciones, y mucho mas que les pidieran; porque el licenciado Gomez Hernandez les persuadió y certificó que si no lo hacian los habian de matar á todos. Vasco Godinez quedó muy contento con verse aprobado por dos cabildos para su mayor condenacion. Riba Martin, que fue por cabo de otros cinco arcabuceros para prender á Don

Garcia Tello de Guzman, lo prendió cinco leguas de la ciudad, el qual venia confiado en el favor y amparo que pensaba hallar en Don Sebastian de Castilla y los suyos. Pero quando supo que Vasco Godinez, Baltasar Velazquez y Gomez Hernandez, que eran sus mas íntimos amigos, y los que mas habian fabricado en la muerte de Pedro de Hinojosa, y en aquella tirania le habian muerto, se admiró grandemente, y quedó como pasmado, pareciéndole imposible que los que tanto habian hecho con Don Sebastian para matar á Pedro de Hinojosa, matasen á Don Sebastian; siendo qualquiera de ellos sin comparacion alguna mas culpado en aquella traicion y tirania que el mismo Don Sebastian. Y como hombre que sabia largamente las trampas y marañas de todos ellos, dixo á Riba Martin, que no

dudaba de que le habian de matar arrebatadamente, porque no tuviese lugar ni tiempo de decir lo que sabia de aquellas maldades. Y así fue, que luego que entró en la ciudad, Vasco Godinez, como lo dice el Palentino cap. 19, encargó á Baltasar Velazquez lo despachase de presto, porque no descubriese las marañas de entrambos. Palabras son de aquel autor, y poco mas adelante dice lo que se sigue.

Apercibióle que luego habia de morir, por tanto que brevemente se confesase. Habiase entrado con él Juan Ortiz de Zarate, á quien Don Garcia dixo, que le suplicaba, que si habia de morir, negociase que le diesen término por aquel dia para recorrer en la memoria sus pecados, y pedir á Dios perdon de ellos, porque era mozo, y habia sido muy pecador. Luego

Baltasar Velazquez entró dentro, y sin admitir los ruegos de Juan Ortiz le hizo salir á fuera, y dixo á Don Garcia, que antes de una hora habia de morir: por tanto que brevemente ordenase su anima, y estándose confesando le dió mucha priesa para que muy presto acabase, y aun casi no bien acabado de confesar, le hizo dar garrote, y se quebró el cordel; y poniéndole otro cordel á la garganta, pareciéndole á Baltasar Velazquez que habia mucha dilacion, sacó su espada de la cinta, y le hizo degollar y cortar la cabeza con ella; y Juan Ortiz de Zarate hizo amortajar y enterrar su cuerpo. Luego hicieron tambien justicia de otros algunos, guardando la orden de no tomar confesion ni hacer figura de juicio con quien pudiese manifestar ser ellos los fundadores é inventores de la tirania.

Hasta aquí es de Diego Hernandez cap. 19; y poco antes de él, hablando en el mismo propósito, dice lo que se sigue: Y era la flor de su juego matar á muchos sin les tomar confesion, porque no descubriesen sus tratos y conciertos; y á los que eran muy culpados en la conjuracion pasada, si de ellos tenian entera confianza que guardarian secreto de aquella preñez que tanto tiempo habian traido, con estos tales disimulaban con penas livianas, y con darles de mano, y ayudándolos para su viage. Lo qual hacian torciendo la justicia hácia la parte que sus intereses mas los guiaban.

Hasta aquí es de Diego Hernandez con que acaba el cap. 18. Y tiene mucha razon aquel autor de decirlo así; y aun mucho mas se deben abominar las crueldades y maldades que aquellos hombres en

sus mas amigos hicieron, habiéndolas ellos mismos inventado, trazado y executado con la muerte de Pedro de Hinojosa, que mas de tres años antes la tenian pensada hacer, si él no se hacia caudillo de ellos. Que cierto no sé como se pueda intimar ni decir bastantemente que para encubrir sus propias vellaquerias, y para matar á los que las sabian, se hiciesen elegir por superiores, y ministros mayores en paz y en guerra, para poder castigar y quitar la vida á los que ellos mismos con sus traiciones y maldades habian hecho culpados. Pero no les faltó el castigo del cielo como adelante verémos.

CAPÍTULO II.

Sucesos que hubo en Potocsi. Egas de Guzman arrastrado y hecho quartos. Otras locuras de soldados con muerte de otros muchos de los famosos. Apercibimiento del Cozco contra los tiranos.

Todo lo que se ha referido y mucho mas, que no se pueden contar por entero cosas tan estrañas y abominables, pasó en la ciudad de la Plata. Dirémos ahora lo que huvo en Potocsi, donde saquearon el tesoro de S. M., que con ser una suma tan grande, que valia mas de millon y medio de pesos de plata, se convirtió en un poco de ayre, porque no se cobró blanca de todo ello; y sucedió, como atras se dixo, la muerte de Hernando de Alvarado, contador de S. M.,

que Antonio de Lujan, haciéndose justicia mayor de aquella villa y su distrito, lo mató con pregon de que habia sido con el general Pedro de Hinojosa para alzarse con el reyno. Ahora es de saber, que á este Antonio de Lujan le escribió un amigo suyo, que se decia Juan Gonzalez, una carta, en que le avisaba la muerte de Don Sebastian, la prision de Don Garcia, y la ida de Juan Ramon y otros con él, á juntarse con el mariscal Alonso de Alvarado. Envióle la carta con un Yanacuna, que es Indio criado en casa, que son las mejores espías dobles que en aquella tierra ha habido, el qual la llevó metida en una suela del calzado que ellos traen; de manera que pudo pasar por las guardas que por el camino habia. Decíale en la carta, que diese luego de puñaladas á Egas de Guzman, porque la pretension de

todos ellos se habia atajado con la muerte de Don Sebastian. Antonio de Lujan, como justicia mayor que se habia hecho de aquella villa, mandó tocar arma y formar esquadron en la plaza. A lo qual acudió Egas de Guzman, y le preguntó que qué era aquello. Antonio de Lujan, por hacer experiencia si la carta era cierta ó echadiza, y tambien porque Egas de Guzman se fiase de él teniéndole por amigo, le mostró en presencia de los que allí estaban la carta que le escribieron. Dudóse si la firma era de Juan Gonzalez ó falsa; pero al cabo se tuvo antes por de Juan Gonzalez, que no agena, con lo qual Egas de Guzman se mostró turbado, porque le vieron en su rostro la afliccion de su corazon. Por lo qual los que pretendian mostrarse servidores de S. M., trocaron el ánimo para volverse de

su vando, que era lo que Antonio de Lujan procuraba saber quando mostró la carta, que era que todos supiesen la muerte de Don Sebastian, para que trocasen las manos y los pensamientos, é hiciesen lo que la carta les mandaba, que matasen á Egas de Guzman. Y así en aquella junta, con mirarse unos á otros se entendieron sin hablarse palabra; y aunque hubo algunos del vando de Egas de Guzman, por ser los mas en contra, se atrevió Antonio de Lujan y otros con él á echar mano de Egas de Guzman, prenderle y soltar á Gomez de Solís y á Martin de Almendras; y los grillos y prisiones que ellos tenian, se los echaron á Egas de Guzman; y una cota que tenia puesta se la quitó Gomez de Solís y se la puso él; y dentro de seis horas arrastraron é hicieron quartos á Egas de Guzman, que no

le valió nada toda su valentía, y á otro con él, que se decia Diego de Vergara.

Esto sucedió en Potocsí por la carta que escribió Juan Gonzalez. Los de la ciudad de la Plata, que los principales eran Vasco Godínez, Baltasar Velazquez, y el licenciado Gomez Hernandez, habiéndolo consultado con los demas vecinos y soldados de aquella ciudad, acordaron ir todos ellos en forma de guerra á la villa de Potocsí contra Egas de Guzman, no sabiendo lo que del pobre caballero se habia hecho. Vasco Godínez iba por general y justicia mayor de aquel exército, que así le llamaron, aunque no iban cien soldados en él, que parece juego de muchachos. Fueron dos capitanes de infantería, y otro de la caballería, con teniente que llamaban del campo, y á dos leguas que ha-

bian caminado, les llegó nueva que Egas de Guzman era muerto, y la villa reducida al servicio de S. M. Con lo qual acordaron que Vasco Godinez se volviese á la ciudad de la Plata, y que Baltasar Velazquez y el licenciado Gomez Hernandez con cincuenta soldados escogidos fuesen á Potocsi, y pasasen adelante en busca de Gabriel de Pernia, que, como se ha dicho, Egas de Guzman lo habia enviado con cincuenta y cinco soldados á la ciudad de la Paz, á matar al mariscal Alonso de Alvarado. Gabriel de Pernia, habiendo caminado con su gente muchas leguas, supo que Juan Ramon habia desarmado á Don Garcia; por lo qual la vandera que llevaba contra el mariscal la alzó en su servicio, y le avisó con Ordoño de Valencia como iba á servirle. Pocas leguas mas adelante sus pro-

pios soldados prendieron á Gabriel de Pernia, y alzaron la vandera por Don Sebastian, y se volvian con ella dexando á Pernia y á otros tres con él, para que se fuesen donde quisiesen. Los quales fueron á juntarse con el mariscal, y lo acertaron. Aquellos soldados de Pernia, caminando sin capitan ni consejo propio ni ageno, tuvieron nueva que Don Sebastian era muerto, con lo qual, como lo escribe el Palentino por estas palabras, cap. 21: Volvieron á decir que aquella vandera alzaban en nombre de S. M. De manera que la vandera hacia el oficio de veleta, que se muda siempre con el viento que corre mas fresco hácia la parte do viene: y en fin podemos decir que hacia lo que la gente poco leal, que es andar á viva quien vence. Venidos pues estos á encontrarse con Baltasar Ve-

lazquez, Alonso de Arriaza, que traia la vandera con Pedro Xuarez, y otros dos soldados, se hicieron adelante con ella; y obra de treinta pasos de la vandera de Baltasar Velazquez, la abatieron tres veces, y se la entregaron luego. Baltasar Velazquez envió de allí á Riba Martin, y á Martin Monje á la ciudad de la Paz, haciendo saber al mariscal como el asiento y villa de la Plata estaba todo pacífico y reducido al servicio de S. M.; y él se volvió para el asiento, llevando presos á Alonso de Arriaza, Francisco Arnao, Pedro Xuarez, Alonso de Marquina, Francisco Chaves, Mulato, y Juan Perez; y llegado legua y media del asiento, mandó hacer quartos á Francisco de Arnao; y entrado que fue hizo arrastrar y hacer quartos á Alonso de Marquina; y aquella misma noche entró en el

monasterio de la merced, y sacó á Pedro del Corro, que se habia metido frayle, por haberse hallado en la muerte del general, y fue ahorcado.

Hasta aquí es de Diego Hernandez. Y por abreviar, que va muy largo, decimos que Baltasar Velazquez entregó los demas presos que llevaba á Vasco Godinez, que se habia hecho justicia mayor, para que hiciese de ellos lo que quisiese, que era matar todos los que eran sabedores de sus tramas; y así desterró á muchos á diversas partes lejos de la ciudad de la Plata, quatrocientas, quinientas y setecientas leguas. Hizo quartos á Garci-Tello de Vega, que fue capitan de Don Sebastian; y el mismo Vasco Godinez lo habia elegido por tal. A otro soldado llamado Diego Perez mandó deszocar de ambos pies, y conde-

narlo á que sirviese en galeras: muy bien sirviera el pobre galeote sin pies: parecen desatinos estudiados. Despachó á Baltasar Velazquez, y á otro soldado famoso que se decia Pedro del Castillo, que viniesen á Lima á encarecer y exâgerar el servicio que Vasco Godinez y ellos habian hecho. Palabras son del Palentino, con que acaba el capitulo alegado.

Esta ausencia que Baltasar Velazquez hizo de los Charcas, le escapó de la muerte que Alonso de Alvarado le diera; pero no le escapó de otra muerte mas rigurosa que vino por sentencia del cielo. La nueva del levantamiento de Don Sebastian de Castilla corrió por todo aquel Imperio con mucho escándalo de todos los vecinos que lo oyeron; porque estos eran los que lastaban en las guerras que en aquella tierra se ofrecian: que

por una parte, como señores de vasallos, gastaban sus haciendas en ellas; y por otra traían sus vidas colgadas de un cabello: que los enemigos hacian todas sus diligencias por matarlos para heredar los Indios. Luego que llegó esta nueva á la ciudad del Cozco, se apercibió para resistir al enemigo. Entraron en cabildo, y eligieron á Diego Maldonado, que llamaron el Rico, por general, por ser el regidor mas antiguo que habia, á Garcilaso de la Vega, y á Juan de Saavedra por capitanes de gente de caballo, á Juan Julio de Hojeda, á Tomas Vazquez, á Antonio de Quiñones y á otro vecino, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, eligieron por capitanes de infanteria. Los quales todos á toda diligencia hicieron gente, y Juan Julio de Hojeda fue tan solícito, que dentro en cinco dias

salió á la plaza acompañado de trescientos soldados muy bien armados y aderezados, que causó admiracion la brevedad del tiempo. Pasados otros tres dias, que por todos fueron ocho, llegó la nueva de la muerte de Don Sebastian, con que se acabó la guerra por entonces. Lo mismo sucedió en la ciudad de los Reyes, como lo dice Diego Hernandez, cap. 22. por estas palabras.

Tenia relacion el audiencia de estas revoluciones y tormenta que habia corrido, porque en fin de Marzo havia venido la nueva de la muerte del general, y tiranía de Don Sebastian de Castilla; y de allí á seis dias del suceso y rebelion de Egas de Guzman en el asiento de Potocsi: y dentro de otros quatro vino la nueva de las muertes de los tiranos; por lo qual se hicieron en Lima grandes fies-

tas y regocijos. Hasta aquí es de Diego Hernandez. En el capitulo siguiente dirémos la provision que se hizo para el castigo de lo que se ha referido.

CAPÍTULO III.

La audiencia real provee al mariscal Alonso de Alvarado por juez para el castigo de los tiranos. Prevenciones del juez y otras de los soldados. Prision de Vasco Godinez y de otros soldados y vecinos.

Pasadas las fiestas y regocijos que en la ciudad de los Reyes se hicieron por la muerte de Don Sebastian de Castilla y destruccion de aquella tiranía, de la qual el mejor librado fue Ordoño de Valencia, que aunque se halló en el un vando y en el otro, como mu-

chas veces le nombra en su historia Diego Hernandez, su buena fortuna ordenó que llevase las nuevas de la muerte de Don Sebastian, en albricias de las quales le dieron los oidores un repartimiento de Indios en la ciudad del Cozco, de cinco ó seis mil pesos de renta, donde yo le dexé gozando de ellos quando me vine á España.

Otros libraron y adquirieron en contra para castigo y muerte, de los quales proveyeron los oidores de aquella chancilleria real una provision, en que remitieron la comision del castigo de aquella tirania al mariscal Alonso de Alvarado, por conocerle por juez severo y riguroso, como convenia que lo fuese el que hubiese de castigar tantas y tan grandes maldades como se habian hecho en deservicio de Dios Nuestro Señor, y del Emperador Carlos V, rey de Es-

paña. Mandaron asimismo los oidores, que el licenciado Juan Fernandez, que era Fiscal en aquella chancilleria, fuese á los Charcas á hacer su oficio con aquellos delinqüentes. Libraron otra provision en secreto, en que hacian corregidor y justicia mayor de todas aquellas provincias al dicho Alonso de Alvarado, y capitan general, para que hiciese gente, y gastase de la hacienda real lo necesario si la tirania no estaba acabada. Dieron estas provisiones á Alonso de Alvarado en la ciudad de la Paz, donde luego entendió en el castigo de los revelados. Envió personas de confianza á diversas partes á prender los culpados, que se habian huido y escondido en los pueblos de los Indios. Uno de estos comisarios, que se decia Juan de Henao, los persiguió hasta entrar con balsas en la laguna

grande de Titicaca; y los buscó por las isletas y entre las eneas, espadañas y juncales que en aquella laguna se crian, donde prendió mas de veinte de ellos de los mas culpados, y los entregó á Pedro Enciso, que era corregidor en Chucuitu. El qual, habiéndoles tomado sus confesiones, los remitió al mariscal, enviándoselos muy bien aprisionados, y con buena guarda. Sabiéndose en los Charcas y en Potocsi que el mariscal iba por juez de comision de lo pasado en aquellas provincias, muchos soldados que se hallaban culpados, aconsejaron á Vasco Godinez, cuyos delitos les parecia que no eran de perdonar, que se recatase y mirase por sí, y se rehiciese de gente para resistir al mariscal, como lo dice Diego Hernandez, capitulo 22. por estas palabras: Pues seria parte para podello bien ha-

cer; y aun le persuadieron que publicase que el mariscal y Lorenzo de Aldana, y Gomez de Alvarado se querian alzar y tiranizar la tierra; y que con este color y fingimiento los matase; que para ello le darian favor bastante; porque de esta suerte no le podia despues recrecer contraste alguno. Empero Vasco Godinez, confiado en el gran servicio que á S. M. habia hecho, y aun tambien porque entendiendo esto Juan Ramon, dió algunas reprehensiones así á Vasco Godinez como á los autores; no se trató de ponello en efecto. Teniendo pues el mariscal alguna noticia de estas cosas, acordó guiar el negocio por maña, y fue publicar, que juntamente con su comision, habian tambien venido algunas provisiones para gratificacion de algunos que habian servido en la muerte de Don Sebastian, y en

deshacer la tiranía; y que en una provision venia la encomienda de los Indios de Alonso de Mendoza para Vasco Godinez y Juan Ramon. Publicada esta nueva, despachó á Alonso Velazquez con algunos recaudos para Potocsi; y con mandamiento para prender á Vasco Godinez, y echó fama que llevaba la provision de la encomienda en que le daban los Indios á Vasco Godinez.

Hasta aquí es de Diego Hernandez, sacado á la letra del capitulo alegado. Vasco Godinez estaba entonces en la ciudad de la Plata, donde tuvo nueva por carta de un pariente suyo, que Alonso Velazquez le llevaba la provision de los Indios que los oidores le habian proveido, que eran los de Alonso de Mendoza. De lo qual Vasco Godinez se mostró muy enfadado, y aun ofendido; porque

no eran los del general Pedro de Hinojosa, que él se habia aplicado por sus tiranias y maldades; y así se quejó á los que estaban presentes quando le dieron la carta; y aunque ellos le consolaban, diciendo que traía buenos principios para mejorarle adelante, él blasfemaba como un herege; y lo mismo hacian otros soldados con él, que tambien pretendian repartimientos de Indios de los mejores del Perú; porque cada uno tenia los méritos que él se imaginaba. Poco despues que Vasco Godinez tuvo la carta con la nueva falsa de los Indios que no imaginaban darle, entró Alonso Velazquez en la ciudad de la Plata, y acompañado de algunos amigos suyos fue á la posada de Vasco Godinez, y entre ellos pasaron algunas palabras y razones de buenos comedimientos. A los quales respondió Vasco

Godinez por una parte muy entonado, y por otra muy melancólico y triste; porque no le daban todo el Perú por suyo. Alonso Velazquez, porque no pasasen adelante razones tan impertinentes, le dió una carta del mariscal, con otras mas negras, porque eran fingidas para asegurarle. Y estándolas leyendo, se llegó á él Alonso Velazquez, y echándole mano del brazo le dixo: sed preso señor Godinez, el qual con mucha turbacion dixo, que le mostrase por donde. Alonso Velazquez, como lo refiere Diego Hernandez, cap. 22, por estas palabras, le respondió se fuese con él, que allá lo mostraria á quien era obligado. Vasco Godinez dixo que entrase en cabildo con los que allí estaban, y que se viesen los despachos que traía, y lo que en tal caso se debia hacer. Entonces, ya con mas

cólera le dixo Alonso Velazquez, que no curase de réplicas, sino que se fuese con él: y le comenzó á llevar con mas violencia camino de la cárcel; y llevándole así, mostrando Godinez gran desesperacion, se asió de la barba con la mano derecha, alzando los ojos al cielo. Por lo qual algunos lo consolaban diciendo, que tuviese paciencia en aquella prision, pues seria para que mas se aclarase su justicia, y el servicio señalado que á S. M. habia hecho. A lo qual replicó Vasco Godinez dando pesares, y diciendo, que ya le llevasen los diablos, pues á tal tiempo lo habian traido. Finalmente, Alonso Velazquez le metió en la cárcel, le echó cadena y grillos, y poniendo buen recaudo en su guarda, escribió luego al mariscal lo que pasaba. El qual se vino á la hora á Potocsi, y comenzó á en-

tender en el castigo, prendiendo mucho número de soldados y vecinos; y procedió en la causa contra Martin de Robles, Gomez de Solís, Martin de Almendras y otros, guardando á todos sus términos, y admitiéndoles sus descargos y probanzas, principalmente á los vecinos. Los quales y otros muchos por justificar tanto sus causas, y darles largos términos, ganaron las vidas, mas que por disculpas y descargos que diesen, como adelante dirémos.

Hasta aquí es de Diego Hernandez sacado á la letra, con que acaba el cap. 22. En cuyas últimas razones muestra haber recibido la relacion de algun apasionado contra los vecinos, señores de vasallos del Perú, ó que él lo era, porque no habiendo escrito delito alguno contra los que el mariscal prendió, antes habien-

do dicho que los tiranos prendieron á Gomez de Solís, y á Martin de Almendras; y que Martin de Robles se escapó huyendo en camisa, dice ahora, que por los muchos y largos términos que les dieron ganaron las vidas, mas que por disculpas y descargos que diesen. Lo qual cierto parece notoria pasion; como tambien adelante la muestra en otros pasos que notarémos.

CAPÍTULO IV.

El juez castiga muchos tiranos en la ciudad de la Paz, y en el asiento de Potocsi con muerte, azotes y galeras: hace lo mismo en la ciudad de la Plata. Sentencia y muerte de Vasco Godinez.

El mariscal dió principio al castigo de aquella tirania en la ciu-

dad de la Paz, donde él estaba de asiento. Condenó todos los presos que Pedro de Enciso le envió, que sacaron de la laguna grande, y á otros que prendieron en otras partes. A muchos de ellos ahorcaron, á otros degollaron, y á otros condenaron á azotes y á galeras, de manera que todos quedaron bien pagados. De la ciudad de la Paz se fue el mariscal á Potocsí, donde halló muchos presos de los valientes y famosos amigos de Egas de Guzman, y de Don Sebastian de Castilla. A los quales semejantemente dió el mismo castigo que á los pasados, condenando parte de ellos á degollar, y otra gran parte á ahorcar, y los menos fueron azotados y condenados á galeras. Prendió al comendador Hernan Perez de Párraga, que era del hábito de San Juan, y en pago de la carta que atrás diximos que es-

cribió á Don Sebastian, pidiéndole que enviase veinte arcabuceros á prenderle, porque no pareciese que él de su grado se le iba á entregar, le quitaron los Indios que tenia en la ciudad de la Plata, y su persona remitieron al gran Maestre de Malta, y se lo enviaron á buen recaudo con prisiones y guarda. Hecho el castigo en Potocsi, se fue el mariscal á la ciudad de la Plata, donde Vasco Godinez estaba preso, y otros muchos con él, de los mas famosos y belicosos soldados que huvo en aquellas provincias. Los quales padecieron las mismas penas y castigo que los de Potocsi y los de la ciudad de la Paz, que fueron degollados, los mas ahorcados, y los menos azotados y condenados á galeras. Condenaban los menos á galeras, porque les parecia que era cosa muy prolija traerlos á España, y en-

tregarlos á los ministros de galeras; que hasta entonces no se cumplia el tenor de la sentencia, y los mas de los condenados se huian en el camino tan largo, como lo hicieron los que entregaron á Rodrigo Niño, que de ochenta y seis no llegó mas de uno á Sevilla. No se pone el número de los castigados, muertos y azotados, porque fueron tantos que no se tuvo cuenta con ellos; á lo menos para que se pudiese escribir, porque fueron muchos: que desde los últimos de Junio de mil quinientos cincuenta y tres años, hasta los postreros de Noviembre del dicho año, que llegó allá la nueva del levantamiento de Francisco Hernandez Giron, todos los dias feriales salian condenados quatro, cinco y seis soldados; y luego el dia siguiente se executaban las sentencias. Y era así menester para de-

sembarazar las cárceles y asegurar la tierra, que estaba muy escandalizada de tanto alboroto y ruina como aquella tiranía habia causado, que nadie se tenia por seguro, aunque los maldicientes lo aplicaban á crueldad, y llamaban al juez Neron, por ver que tan sin duelo se executasen tantas muertes en personas y soldados tan principales; que los mas de ellos fueron engañados y forzados. Decian, que dexando cada dia condenados á muerte cinco ó seis soldados, se iba el juez desde la cárcel hasta su casa riendo y chuflando, con su teniente y fiscal, como si los condenados fueran pabos y capones para algun banquete. Otras muchas libertades y desvergüenzas decian contra la justicia, que fuera razon que hubiera otro castigo como el de la tirania. Por el mes de Octubre del dicho año,

como lo dice Diego Hernandez, cap. 23. por estas palabras: Mandó arrastrar y hacer quartos á Vasco Godinez, haciéndole cargo y culpa de muchos, grandes y calificados delitos, los quales estan expresados en la sentencia; y es cierto que al mariscal le pesó mucho de no hallar á Baltasar Velazquez, que era ido á Lima, que si allí estuviera, sin falta hiciera de él lo mismo que de Vasco Godinez, &c. Los delitos y traiciones de Vasco Godinez se calificaron en breves palabras en el pregon con que lo llevaron arrastrando á hacer quartos, que decia: á este hombre por traidor á Dios, al rey y á sus amigos, mandan arrastrar y hacer quartos. Fue una sentencia la mas agradable que hasta hoy se ha dado en aquel imperio, porque contenia en las tres palabras la suma de lo que no se

podia decir ni escribir en muchos capitulos. Pasó adelante la execucion de la justicia en otros culpados, que fueron muchos los muertos, y mas muertos hasta los últimos de Noviembre; que, como diximos, llegó la nueva del levantamiento de Francisco Hernandez Giron, con que cesó la peste y mortandad de aquellos soldados: que fue menester que hubiese otra rebelion y motin en otra parte para que el temor del segundo aplacase el castigo del primero. Del qual motin dieron pronóstico á voces los Indios del Cozco, como yo lo ví, y fue la noche antes de la fiesta del Santisimo Sacramento, que yo como muchacho salí aquella noche á ver adornar las dos plazas principales de aquella ciudad; que entonces no andaba la procesion por otras calles, como me dicen que las anda ahora, que es al

doble de lo que solia. Estando yo junto á la esquina de la capilla mayor de la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, que seria á la una ó á las dos de la madrugada, cayó una cometa al oriente de la ciudad, hácia el camino real de los Antis, tan grande y tan clara, que alumbró toda la ciudad con mas claridad y resplandor que si fuera la luna llena á media noche. Todos los tejados hicieron sombra mas que con la luna: cayó derecha de alto á baxo: era redonda como una bola, y tan gruesa como una gran torre. Llegando cerca del suelo como dos torres en alto, se desmenuzó en centellas y chispas de fuego, sin hacer daño en las casas de los Indios en cuyo derecho cayó. Al mismo punto se oyó un trueno baxo y sordo que atravesó toda la region del ayre de oriente á poniente, lo qual visto

y oido, los Indios que estaban en las dos plazas, á voces altas y claras, todos á una dixeron, auca, auca, repitiendo esta palabra muchas veces, que en su lengua significa tirano, traidor, fementido, cruel, alevoso y todo lo que se puede decir á un traidor, como en otras partes hemos dicho. Esto pasó á los 19 de Junio del año de mil quinientos cincuenta y tres, que se celebró la fiesta del Señor; y el pronóstico de los Indios se cumplió á los 13 de Noviembre del mismo año, que fue el levantamiento de Francisco Hernandez Giron, que luego dirémos en el capitulo siguiente.

CAPÍTULO V.

Conjuracion y revelion de Francisco Hernandez Giron, con otros vecinos y soldados, por causa del riguroso castigo que se hacia en los Charcas.

La fama publicó por todo aquel imperio el castigo severo y riguroso que en los Charcas se hacia de la tirania de Vasco Godinez, de Don Sebastian de Castilla, y de sus consortes: juntamente publicaba, con verdad ó con mentira, que ambos oficios sabe hacer esta gran reyna, que el mariscal hacia informacion contra otros delinqüentes de los que vivian fuera de su jurisdiccion; y que decia, como lo refiere el Palentino por estas palabras, cap. 24: Que en Potocsi se cortaban las ramas, em-

pero que en el Cozco se destroncarian las raices, y de ello habia venido carta al Cozco, la qual dixeron haber escrito sin malicia alguna Juan de la Arreynaga. Venidas estas nuevas, Francisco Hernandez Giron vivia muy recatado, y velabase poniendo espias por el camino del Potocsi, para tener aviso de quien venia, por tener temor que el mariscal enviaria gente para prenderle. Y tenia prevenidos sus amigos para que asimismo tuviesen cuenta si al corregidor Gil Ramirez, que á la sazon era, le venian algunos despachos del mariscal. Hasta aquí es de aquel autor, sacado á la letra. Y poco mas adelante dice, que se alborotaron todos los vecinos del Cozco, por un pregon que en él se dió acerca de quitar el servicio personal de los Indios; y que el corregidor les rompió una peticion

firmada de todos ellos, que acerca de esto le dieron, &c.

Cierto me espanto de quien pudiese darle relaciones tan agenas de toda verisimilitud: que ningun vecino de toda aquella ciudad se escandalizó por el castigo ageno, sino Francisco Hernandez Giron, por los dos indicios de tirania y rebelion que habia dado, de que la historia ha hecho mencion. Ni el corregidor, que era un caballero muy principal, y se habia criado con un principe tan santo y tan bueno como el visorrey Don Antonio de Mendoza, habia de hacer una cosa tan odiosa y abominable como era romper la peticion de una ciudad que tenia entonces ochenta señores de vasallos, y era la cabeza de aquel imperio: que si tal pasara, no fuera mucho que, salva la magestad real, le dieran cincuenta puñaladas, co-

mo el mismo autor y en el mismo capitulo alegado, una coluna mas adelante dice, que Francisco Hernandez Giron y sus conjurados tenian concertado de darselas dentro en el cabildo, ó en el oficio de un escribano, do solia el corregidor hacer audiencia.

Hasta aquí es del Palentino. Y porque no es razon que contradigamos tan al descubierto lo que este autor escribe, que en muchas partes debió de ser de relacion vulgar y no auténtica, será bien lo dexémos, y digamos lo que conviene á la historia, y lo que sucedió en el Cozco, que lo ví yo todo personalmente. El escándalo de la justicia que se hacia de la tirania que hubo en los Charcas, no tocó á otro vecino del Cozco sino á Francisco Hernandez Giron, por lo dicho, y por la mucha comunicacion y amistad que tenia

con soldados, y ninguna con los vecinos, que era bastante indicio para sospechar mal de su intencion y ánimo. Por lo qual se recató con las nuevas que le dieron, de que el mariscal hacia pesquisa contra él; y así, acusado de sus mismos hechos, procuró executar en breve su tirania, para lo qual habló á algunos soldados amigos suyos, que no pasaron de doce á trece, que fueron Juan Cobo, Antonio Carrillo, de quien hicimos mencion en nuestra Florida, Diego Gavilan, Juan Gavilan, su hermano, Nuñó Mendiola, y el licenciado Diego de Alvarado, que presumia mas de soldado valenton que de jurista; y tenia razon, que no habia que hacer caso de sus letras, porque nunca en paz ni en guerra se mostraron. Estos eran soldados y pobres, aunque nobles y honrados. Sin estos habló Fran-

cisco Hernandez á Tomas Vazquez, que era un vecino rico, y de los principales de aquella ciudad, de los primeros conquistadores que se hallaron en la prision de Atahuallpa. Tuvo ocasion de hablarle para su tirania, por cierta pasion que Tomas Vazquez y el corregidor Gil Ramirez de Avalos tuvieron pocos meses antes. En la qual el corregidor se huvo apasionadamente, que con poca ó ninguna razon prendió á Tomas Vazquez, lo puso en la cárcel pública, y procedió mas como parte que como juez. De lo qual Tomas Vazquez se dió por agraviado; porque á los vecinos de su calidad y antigüedad se les hacia mucha honra y estima. Por esta via le entró Francisco Hernandez, incitándole con la venganza de sus agravios; y Tomas Vazquez, ciego de su pasion, aceptó

ser de su vando. Tambien habló Francisco Hernandez á otro vecino llamado Juan de Piedrahita, que era de los menores de la ciudad, de poca renta; y así lo mas del año vivia fuera de ella, allá con sus Indios. Era hombre facil, con mas presuncion de soldado belicoso, que de vecino pacifico. Alióse con Francisco Hernandez con mucha facilidad, porque su ánimo inquieto no pretendia otra cosa.

Estos dos vecinos, y otro que se decia Alonso Diaz, fueron con Francisco Hernandez en su levantamiento, aunque el Palentino nombra á otro que se decia Rodrigo de Pineda. Pero este y otros que fueron con él á la ciudad de los Reyes, no se hallaron con Francisco Hernandez en su conjuracion y levantamiento, sino que despues le siguieron, como la his-

toria lo dirá, mas de miedo que por otro respeto ni interes alguno; y asi le negaron todos en pudiendo, se pasaron al vando de S. M., y fueron causa de la destruccion de Francisco Hernandez Giron.

El Palentino, habiendo nombrado sin distincion de vecinos á soldados, todos los que en la conjuracion de Francisco Hernandez hemos nombrado, dice que se conjuró con otros vecinos y soldados de matar al corregidor, y alzarse con la ciudad y el reyno. Lo qual cierto debió de escribir de relacion de algun mal intencionado, ó ofendido de algun vecino ó vecinos del Perú, que siempre que habla de ellos, procura hacerlos traidores, ó á lo menos que queden indiciados y sospechosos por tales.

Yo soy hijo de aquella ciudad, y asimismo lo soy de todo aquel

imperio; y me pesa mucho de que sin culpa de ellos, ni ofensa de la magestad real, condenen por traidores, ó á lo menos hagan sospechosos de ella á los que ganaron un imperio tan grande y tan rico, que ha enriquecido á todo el mundo como atrás queda largamente probado. Yo protexto como christiano decir verdad, sin pasion ni aficion alguna; en lo que Diego Hernandez anduviere en la verdad del hecho le alegaré, y en lo que anduviere obscuro, confuso y equívoco le declararé; y no seré tan largo como él, por huir de impertinencias. Francisco Hernandez Giron se conjuró con los que hemos nombrado, y con otro soldado llamado Bernardino de Robles, y otro que se decia Alonso Gonzalez, un hombre vil y baxo, así de su calidad como de su persona, rostro y talle. Salió despues an-

dando la tirania el mayor verdugo del mundo, que con su espada mataba á los que Francisco Hernandez perdonaba, y los degollaba antes que llegase á él la nueva del perdon, por decir que ya lo tenia muerto quando llegó el mandato. Vivia antes de la tirania de criar puercos en el valle de Sacsahuana, repartimiento de Indios del mismo Francisco Hernandez Giron; y de aquí se conocieron, para ser despues tan grandes amigos como lo fueron.

Hecha la conjuracion, aguardaron á executarla el dia de una boda solémne, que se celebraba á los 13 de Noviembre del año de mil quinientos cincuenta y tres. Eran los velados Alonso de Loaysa, sobrino del arzobispo de los Reyes, que era de los principales y ricos vecinos de aquella ciudad, y Doña María de Castilla, sobri-

na de Don Baltasar de Castilla, hija de su hermana Doña Leonor de Bobadilla, y de Nuño Tobar, caballero de Badajoz, de los quales hicimos larga mencion en nuestra historia de la Florida. En el capitulo siguiente dirémos el principio de aquella tirania, tan costosa, trabajosa y lamentable para todo aquel imperio.

CAPÍTULO VI.

Francisco Hernandez se rebela en el Cozco. Sucesos de la noche de su rebelion. Se huyen de la ciudad muchos vecinos.

Llegado el dia de la boda, salieron á ella todos los vecinos y sus mugeres lo mas bien aderezados que pudieron, para acompañar los novios; porque en todas las ocasiones que se les ofrecian de con-

tento y placer, ó de pesar y tristeza, se acudian todos, honrándose unos á otros como si fueran hermanos, sin que entre ellos se sintiese vando, ni parcialidad, ni enemistad pública ni secreta. Muchos de los vecinos, y sus mugeres comieron y cenaron en la boda, porque hubo banquete solemne. Despues de comer hubo en la calle un juego de alcancias de pocos caballeros, porque la calle es angosta. Yo miré la fiesta de encima de una pared de canteria de piedra, que está de frente de las casas de Alonso de Loaysa. Vide á Francisco Hernandez en la sala que sale á la calle, sentado en una silla, los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baxa, mas suspenso é imaginativo que la misma melancolía. Debia de estar imaginando en lo que habia de hacer aquella noche, aunque aquel au-

tor diga que Francisco Hernandez se habia regocijado aquel dia en la boda, &c.

Quizá la dixo porque se halló en ella, mas no porque mostrase regocijo alguno. Pasadas las alcancias, y llegada la hora de la cena, se pusieron á cenar en una sala baxa, donde hubo mas de sesenta de mesa, y la sala era muy larga y ancha. Las damas cenaban mas adentro en otra sala grande; y de una quadra que habia entre las dos salas, servian con la vianda las dos mesas. Don Baltasar de Castilla, que era tio de la novia, y de suyo muy galan, hacia oficio de maestre sala. Yo fuí á la boda casi al fin de la cena, para volverme con mi padre y con mi madrasta, que estaban en ella. Entrando por la sala, fuí hasta la cabecera de la mesa, donde estaba el corregidor sentado, el qual por

ser caballero tan principal y tan cortesano, aunque yo era muchacho, que andaba en los catorce años, echó de ver en mí, me llamó que me acercase á él, y me dixo: No hay silla en que os senteis, arrimaos á esta donde yo estoy, alcanzad de estas suplicaciones y clarea, que es fruta de muchachos. A este punto llamaron á la puerta de la sala, diciendo que era Francisco Hernandez Giron el que venia. Don Baltasar de Castilla, que se halló cerca, dixo: Tan tarde aguardó vuesa merced á hacernos merced? y mandó abrir la puerta. Francisco Hernandez entró con su espada desnuda en la mano, y una rodela en la otra, y dos compañeros de los suyos entraron con él á sus lados con partesanas en las manos.

Los que cenaban, como vieron cosa tan no imaginada, se alboro-

taron todos, y se levantaron de sus asientos. Francisco Hernandez dixo entonces: Estense vuesas mercedes quedos, que esto por todos vá. El corregidor sin oir mas se entró por una puerta que estaba á su lado izquierdo, y se fue donde estaban las mugeres. Al otro rincon de la sala habia otra puerta por donde entraban á la cocina, y á todo lo interior de la casa. Por estas dos puertas se entraron todos los que estaban en la hacera de ellas.

Los que estaban á la otra hacera, hácia la puerta principal de la sala, corrieron mucho peligro, porque no tuvieron por donde irse. Juan Alonso Palomino estaba sentado de frente de la puerta de la sala, las espaldas á ella; y como el licenciado Diego de Alvarado y los que con él iban le conocieron, le dieron cinco heridas;

porque todos ellos iban avisados que le matasen, y á Gerónimo Costilla, su cuñado, por el alboroto que causaron en el otro motin que Francisco Hernandez hizo, como atrás se ha referido. De las heridas murió Juan Alonso Palomino otro dia siguiente en las casas de Loaysa, que no pudo ir á las suyas á curarse.

Mataron asimismo á un mercader rico, muy hombre de bien, que se decia Juan de Morales, que cenaba en la boda, y cabia por su bondad entre aquellos vecinos. El qual sin saber lo que se hacia, quiso apagar las velas que habia en la mesa, por parecerle que á obscuras podria escaparse mejor. Tiró de los manteles, y de once velas cayeron las diez, y se apagaron todas: sola una quedó encendida. Uno de los de Francisco Hernandez, que llevaba una partesana, le

dió por la boca, diciendo: ¡O traidor: ¿quieres que nos matemos aquí todos? y le abrió la boca por un lado, y por otro hasta las orejas. Entonces otro soldado de los tiranos le dió una estocada por la tetilla izquierda, de que cayó luego muerto. Y así no tuvo el triste tiempo ni lugar de atarse á la cinta el jarro de oro que los maldicientes dieron en relacion á quien lo escribió, como ellos dixeron. Yo le ví otro dia las heridas, como se ha dicho, y despues los mismos que hicieron estas cosas las hablaban muy largamente, como loándose de haberlas hecho.

Mi padre, Diego de los Rios, Vasco de Guevara, dos caballeros hermanos, cuñados suyos, que se decian los Escalantes, Rodrigo de Leon, hermano de Pedro Lopez de Cazalla, y otros vecinos y soldados, que por todos llegaban al

número de treinta y seis, entraron por la puerta que el corregidor entró, y yo con ellos, mas no fueron donde estaban las mugeres, sino que echaron á mano derecha á buscar salida por los corrales de la casa. Hallaron una escalera de mano para poder subir á los tejados. Supieron que la casa pared en medio, era la de Juan de Figueroa, otro vecino principal, cuya puerta salia á otra calle diferente de la de Alonso de Loaysa. Mi padre, viendo que habia buena salida, dixo á los demas compañeros: Vuesas mercedes me esperen, que yo voy á llamar al corregidor para que se remedie este mal hecho. Diciendo esto fue donde estaba el corregidor, y le dixo que tenia salida de la casa, y gente que le sirviese y socorriese: que se remediaria aquel alboroto en llegando su merced á la plaza, re-

picando las campanas, y tocando arma, porque los rebelados habian de huir luego. El corregidor no admitió el consejo, ni dió otra respuesta, sino que le dexasen estar allí. Mi padre volvió á sus compañeros, y hallólos subidos todos en un tejado que salia á la casa de Juan de Figueroa. Volvió á rogarles que le esperasen, que queria volver á importunar al corregidor: y así entró segunda vez, pero no alcanzó mas que la primera, por mucho que se lo porfió é importunó, dándole razones bastantes para salir de donde estaba. Mas el corregidor cerró los oidos á todo, temiendo que le querian matar, y que eran todos en la trampa, como lo dixo Francisco Hernandez á la puerta de la sala.

Garcilaso, mi señor, salió perdida toda su esperanza, y al pie de la escalera se quitó los pantu-

fos que llevaba calzados, y quedó en plantillas de borceguies, como habia jugado las alcancias. Súbió al tejado, y yo en pos de él. Subieron luego la escalera, y la llevaron por el tejado adelante, y la echaron en la casa de Juan de Figueroa, y á ella baxaron todos, y yo con ellos. Abriendo la puerta de la calle, me mandaron que yo fuese delante haciendo oficio de centinela, que por ser muchacho no echarian de ver en mí, y que avisase con un silvo á cada encrucijada de calle, para que ellos me siguiesen. Así fuimos de calle en calle hasta llegar á las casas de Antonio de Quiñones, que era cuñado de Garcilaso, mi señor, casados con dos hermanas. Hallamosle dentro, de que mi padre recibió grandisimo contento; porque tenia mucha pena de no saber que se hubiese hecho de él. A Anto-

nio de Quiñones le valió uno de los conjurados que se decia Juan Gavilan, á quien el Quiñones habia hecho amistades en ocasiones pasadas. El qual, hallándole junto á la puerta principal de la sala, lo sacó fuera á la calle, y á Juan de Saavedra con él, que estaban juntos; y hablando con Antonio de Quiñones le dixo: Vayase vuesa merced á su casa, y llevese consigo al señor Juan de Saavedra; y no salgan de ella hasta que yo vaya allá mañana; y así los halló mi padre en ella, de que todos recibieron contento. Apenas habian entrado en la casa de Antonio de Quiñones, quando acordaron todos de irse aquella misma noche á la ciudad de los Reyes.

A Juan de Saavedra convidaron con lo necesario para la jornada, ofreciéndole cabalgadura, sombrero, capa de grana, y botas de

camino, porque al principio se excusaba con decir que le faltaban aquellas cosas para caminar; mas quando se las traxeron delante, se excusó con achaques de poca salud, é imposibilitó el viage, de manera que no le porfiaron mas en la jornada, y así se quedó en la ciudad. Adelante dirémos la causa principal de su excusa, por la qual perdió su hacienda y su vida. Los demas vecinos y soldados que iban con mi padre se fueron á sus casas, para apercibirse y hacer su jornada á la ciudad de los Reyes. Garcilaso, mi señor, me envió á su casa, que estaba cerca de estotra, á que le llevasen un caballo, el mejor de los suyos, el qual todavia estaba ensillado de las alcancías pasadas. A la ida á pedir el caballo, pasé por la puerta de Tomas Vazquez, y ví en la calle dos caballos ensillados, y tres ó qua-

tro negros con ellos, que estaban hablando unos con otros; y á la vuelta de haber pedido el caballo, los hallé como los dexé: de lo qual dí cuenta á mi padre y á los demas; y todos se escandalizaron, sospechando si los caballos y esclavos eran de los conjurados. A este punto me llamó Rodrigo de Leon, hermano de Pedro Lopez de Cazalla, y me dixo que fuese á casa de su hermano, que era en la misma calle, aunque lejos de donde estabamos, y que al Indio portero le dixese, que la cota y celada que tenia en su aposento la escondiese, temiendo que los tiranos habian de saquear la ciudad aquella noche. Yo fuí apriesa al mandado, y quando volví, halle que mi padre y sus dos parientes, Diego de los Rios y Antonio Quiñones, se habian ido y rodeado mucha tierra, y malos pasos por

no pasar por la puerta de Tomas Vazquez; y yo me volví á casa de mi padre, que está enfrente de las dos plazas, y entonces no estaban labradas las casas que hoy estan el arroyo abaxo en la una plaza y en la otra. Allí estuve mirando y esperando el suceso de aquella terrible y desventurada noche.

CAPÍTULO VII.

Francisco Hernandez prende al corregidor: sale á la plaza: suelta los presos de la cárcel: hace matar á Don Baltasar de Castilla, y al contador Juan de Cáceres.

Francisco Hernandez Giron y los suyos, que quedaron en casa de Alonso de Loaysa con deseo de prender al corregidor, pareciéndoles que teniendole preso toda la

ciudad se les rendiria, hicieron gran instancia por saber de él. Y siendo avisados que estaba en la sala de las mugeres, rompieron las primeras puertas con un banco; y llegando á las segundas, les pidieron de dentro que les diesen la palabra que no matarian al corregidor, ni le harian otro daño; y habiéndosela dado Francisco Hernandez, le abrieron las puertas, prendió al corregidor, lo llevó á su casa, donde lo dexó debaxo de buenas guardas y prisiones, y salió á la plaza con todos sus compañeros, que no pasaban de doce ó trece.

La prision del corregidor, llevarlo Francisco Hernandez á su casa, dexarlo á recaudo y salir á la plaza, no se hizo tan breve que no pasaron mas de tres horas en medio. De donde se vé claro, que si el corregidor saliera quando se

lo pidieron mi padre y sus compañeros, tomára la plaza, y tocára arma llamando á los del rey, huyeran los tiranos, y se escondieran donde pudieran: así lo decian despues todos los que supieron todo el hecho. A este tiempo fuí yo á la plaza á ver lo que en ella pasaba. Hallé aquellos pocos hombres bien desamparados, si huviera quien los contradixera; pero la obscuridad de la noche, y la osadia que tuvieron de entrar en una casa tan llena de gente como estaba la de Alonso de Loaysa, acobardó al corregidor, y ahuyentó de la ciudad á los vecinos y soldados que pudieran acudir á servir á S. M., y favorecer á su corregidor. Mas de media hora despues que yo estuve en la plaza, vino Tomas Vazquez á caballo, y otro con él, con sus lanzas en las manos. Tomas Vazquez dixo á Fran-

cisco Hernandez: ¿Qué manda vuesa merced que hagamos? Francisco Hernandez les dixo, ronden vuesas mercedes esas plazas, y á la gente que saliere á ellas, les digan que no hayan miedo, que se vengan á la plaza mayor, que yo estoy en ella para servir á todos mis señores y amigos. Poco despues vino Alonso Diaz, otro vecino de la ciudad, encima de su caballo, y su lanza en la mano, al qual le dixo Francisco Hernandez lo mismo que á Tomas Vazquez. Solos estos tres vecinos, que fueron Tomas Vazquez, Juan de Piedrahita y Alonso Diaz acudieron aquella noche á Francisco Hernandez, y el otro que vino con Tomas Vazquez no era vecino, sino uno de sus huespedes, de donde se vé claro, que no fueron mas los conjurados con él; y aunque despues le siguieron otros ve-

cinos, mas fue, como lo hemos dicho, de temor que de amistad, y así le negaron en pudiendo. Los pobres revelados, viéndose tan pocos, y que no les acudia nadie, fueron á la cárcel, soltaron todos los presos, y los traxeron consigo á la plaza, por hacer mayor número y mas vulto de gente, y en ella estuvieron hasta el dia, y entre todos no pasaban de quarenta hombres, aunque el Palentino, capitulo 24, diga que salieron á la plaza apellidando libertad, que traxeron número de picas y arcabuces, que arvolaron bandera, que Francisco Hernandez mandó dar vando que so pena de la vida todos acudiesen á la plaza, que aquella noche acudió alguna gente, y que pusieron velas y guardas por la ciudad porque nadie se huyese.

Digo que aquella noche no hu-

vo mas de lo que hemos dicho, que yo como muchacho anduve toda la noche con ellos: que ni aun para guardarse ellos tenian gente, quanto mas para poner velas y guardas por la ciudad, la qual tenia entonces mas de una legua de circuito. Otro dia fueron á la posada del corregidor, y le tomaron su escritorio, donde dixeron que hallaron diez y siete provisiones de los oidores, en las quales mandaban cosas contra los vecinos y soldados en perjuicio de ellos, acerca del servicio personal, y que no echasen Indios á las minas, ni tuviesen soldados por huespedes, ni los mantuviesen en público ni en secreto. Todo lo qual fue inventado por los amotinados, para indignar los soldados, y provocarlos á su opinion.

El dia tercero de su levantamiento dió Francisco Hernandez

en visitar los vecinos mas principales en sus mismas casas; y entre otras fue á la de mi padre, y, yo presente, habló á mi madrastra, y entre otras cosas le dixo, que él habia hecho aquel hecho, que era en beneficio de todos los soldados y vecinos de aquel imperio; pero que el cargo principal pensaba darlo á quien tuviese mas derecho y lo mereciese mejor que él: que le rogaba hiciese con mi padre que saliese á la plaza, y no estuviese retirado en su casa, en tiempo que tanta necesidad tenian de él.

Estas mismas razones dixo en otras casas que visitó, sospechando que estaban escondidos los que decian haberse huido á la ciudad de los Reyes, porque no creyó que tal huviese sido. Y así, quando mi madrastra le certificó que desde la noche de la boda no le

habia visto, ni él habia entrado en su casa, se admiró Francisco Hernandez; y para que lo creyese, se lo dixo mi madrastra quatro veces, y la postrera con grandes juramentos, pidiéndole que mandase buscar la casa, y qualquiera otro lugar do sospechase que podia estar. Entonces lo creyó, se mostró muy sentido de ello, y acortando razones se fue á hacer las demas visitas, y en todas halló lo mismo. Verdad es que no todos los que faltaban se fueron aquella noche, sino tres, quatro y cinco despues; que como no habia quien guardase la ciudad, tuvieron lugar de irse quando pudieron.

Pasados ocho dias de la rebelion de Francisco Hernandez Giron, le dió aviso uno de los suyos, que se decia Bernardino de Robles, hombre bullicioso y escandaloso, que Don Baltasar de

Castilla y el contador Juan de Cáceres trataban de huirse, y de llevar consigo alguna gente de la que tenian, de la qual tenian hecha copia, y que tenian su plata labrada y la demas hacienda de sus muebles puesta en un monasterio. Francisco Hernandez, habiéndolo oido, envió á llamar á su licenciado Diego de Alvarado, y consultándolo con él, le remitió la causa para que castigase los culpados. El licenciado no tuvo necesidad de mucha averiguacion, porque dos meses antes habian reñido en la plaza principal de aquella ciudad él y Don Baltasar de Castilla, y salieron ambos heridos de la pendencia; y aunque no hubo ofensa de parte alguna, el licenciado quedó enojado de no haberlo muerto, porque, como hemos dicho, presumia mas de valiente que de letrado. Y usando de la co-

mision, executó su enojo aunque sin culpa de los pobres acusados; porque fue general fama que no la tuvieron. El mismo licenciado fue por ellos aquella noche, los llevó á su casa, y les mandó confesar brevemente; y no dandoles todo el término que habian menester para la confesion, mandó darles garrote, y se lo dió Juan Enriquez, pregonero, que fue el verdugo que degolló á Gonzalo Pizarro, y ahorcó é hizo quartos á sus capitanes y maese de campo. El qual, luego que Francisco Hernandez se rebeló, salió otro dia, presumiendo de su buen oficio, cargado de cordeles y garrotes para ahogar y dar tormento á los que los tiranos quisiesen matar y atormentar. Tambien sacó un alfange para cortar las cabezas que le mandasen, pero él lo pagó despues, como adelante dirémos. Este aho-

gó brevemente á aquellos pobres caballeros, y por gozar de su despojo los desnudó: á Don Baltasar hasta dexarlo como nació, y á Juan de Cáceres le dexó sola la camisa, porque no era tan galana como la de su compañero. Así los llevaron á la plaza, y los pusieron al pie del rollo, donde yo los ví, y sería esto á las nueve de la noche. Otro dia, segun se dixo, reprehendió Francisco Hernandez á su letrado, por haber muerto aquellos caballeros sin comunicarlo con él. Pero esto mas fue por acreditarse con la gente, que porque le pesase de que los hubiese muerto, que en su secreto antes se holgó de ver el temor y asombro que causó aquel buen hecho; porque el uno de ellos era contador de S. M., y el otro habia sido su capitan en las guerras pasadas, y tenia cincuenta mil ducados de

renta en un repartimiento de Indios. Por este hecho tan cruel se rindieron todos los vecinos de la ciudad, y juzgaron que los mejores librados eran los que se habian huido de ella, pues los mataban tan sin culpa; y que los matadores se quedaban mas ufanos y mas soberbios que antes estaban.

CAPÍTULO VIII.

Francisco Hernandez nombra maese de campo y capitanes para su exército. Dos ciudades le envian embaxadores. Número de vecinos que se huyeron á Rimac.

Francisco Hernandez, habiéndosele juntado alguna gente de los soldados de la comarca de la ciudad, viéndose ya poderoso, porque tenia mas de ciento y cin-

cuenta compañeros, acordó nombrar maese de campo, y elegir capitanes, ministros y oficiales para su exército. Nombró por maese de campo al licenciado Diego de Alvarado, y por capitanes de caballo á Tomas Vazquez, á Francisco Nuñez, y á Rodrigo de Pineda. A estos dos últimos, que eran vecinos de la ciudad, acarició Francisco Hernandez despues de su levantamiento; y por les obligar, les convidó con los oficios de capitan; y ellos lo aceptaron, mas por temor de la tiranía, que por la honra ni provecho de las conductas. Eligió por capitanes de infanteria á Juan de Piedrahita, á Nuño Mendiola, y á Diego Gavilan; por alferez general á Albertos de Orduña, y por sargento mayor á Antonio Carrillo. Los quales con toda diligencia acudieron á sus oficios, llamando y acariciando gente y

soldados para sus compañias.

Hicieron vanderas muy galanas, con blasones y apellidos muy bravatos, que todos atinaban á libertad, y así llamaron á su exército de la libertad. Estos mismos dias, habiéndose publicado por las ciudades comarcanas, que el Cozco se habia alzado, no diciendo como ni quien, entendiendo que toda la ciudad era á una, la de Huamanca y la de Arequepa enviaron sus embaxadores, pidiendo al Cozco las admitiese debaxo de su hermandad y proteccion; pues era madre y cabeza de ellas, y de todo aquel imperio: que juntamente con ella querian hacer á S. M. la súplica de tantas provisiones, tan perjudiciales, como los oidores les enviaban á notificar cada dia. El embaxador de Arequepa se decia Fulano de Valdecabras, que yo conoci, aunque el Palentino dice

que un frayle llamado fray Andres de Talavera: pudo ser que viniesen ambos. El de Huamanca se decia Hernando del Tiemblo. Los quales embaxadores fueron muy bien recibidos, y acariciados por Francisco Hernandez Giron, que se ufanaba y jactaba de haber tomado una empresa tal y tan importante, que acudia todo el reyno con tanta brevedad y prontitud á favorecerla. Y para mas engrandecer su hecho, publicó y echó fama, que en los Charcas habian muerto al mariscal Alonso de Alvarado, por acudir los matadores al hecho de Francisco Hernandez. Las ciudades de Huamanca y Arequepa, certificadas de que el levantamiento del Cozco no habia sido general de toda la ciudad, sino particular de un hombre, temeroso de sus delitos pasados, que los mas de los vecinos se habian hui-

do de ella; y sabiendo quienes y quantos eran, mudaron parecer, y de comun consentimiento los de la una ciudad y de la otra se fueron todos los que pudieron á servir á S. M., como lo habian hecho los del Cozco. Los quales fueron Garcilaso de la Vega, mi Señor, Antonio de Quiñones, Diego de los Rios, Gerónimo Costilla, Garci Sanchez de Figueroa, primo hermano de mi padre, que no era vecino, sino soldado antiguo, y benemérito en la tierra. Estos cinco caballeros salieron de la ciudad del Cozco para la de los Reyes la misma noche del levantamiento de Francisco Hernandez Giron. Los demas que nombrarémos, salieron dos, tres, quatro cinco noches despues, como se les aliñaba la jornada. Vasco de Guevara, vecino, y los dos Escalantes sus cuñados, que no eran vecinos, sa-

lieron dos noches despues. Alonso de Hinojosa y Juan de Pancorvo, que eran vecinos, salieron á la quarta noche; y Alonso de Mesa, vecino, á la quinta, porque se detuvo poniendo en cobro una poca de plata que despues gozaron los enemigos, como dirémos á su tiempo. Garcilaso mi Señor, y sus compañeros, siguiendo su camino, á nueve leguas de la ciudad hallaron á Pedro Lopez de Cazalla en una heredad suya que allí tenia, de la qual hicimos mencion en otra parte. Estaba con él Sebastian de Cazalla, su hermano, y ambos eran vecinos. Los quales, sabiendo lo que pasaba en el Cozco, determinaron irse en compañia de aquellos caballeros á servir á S. M. La muger de Pedro Lopez, que se decia Doña Francisca de Zúñiga, muger noble y hermosa, de toda bondad y discrecion, quiso hacer

la misma jornada, por servir no á S. M. sino á su marido; y aunque era muger delicada y de poca salud, se esforzó á ir en una mula ensillada con un sillon, y pasó toda la aspereza y malos pasos de aquellos caminos, con tanta facilidad y buen suceso como qualquiera de los de la compañia: á las dormidas los regalaba á todos con proveerles la cena y el almuerzo de otro dia, pidiendo recaudo á los Indios, y dando traza y orden á las Indias como lo habian de aderezar.

Todo esto y mucho mas oí contar de aquella famosa señora á sus propios compañeros. Siguiendo estos caballeros su viage, hallaron en Curampa, veinte leguas de la ciudad, á Hernan Bravo de Laguna, y á Gaspar de Sotelo, vecinos de ella, que tenian sus Indios en aquel parage, y los llevaron

consigo; y así hicieron á los demas vecinos y soldados que toparon por el camino hasta llegar á Huamanca. Los de aquella ciudad se esforzaron muy mucho de ver hombres tan principales en ella, y se ratificaron en su primera determinacion de ir á servir á S. M. en compañia de tales varones. Y así fueron con ellos todos los que pudieron; y los que entonces no pudieron fueron despues, como se les iba aliñando la jornada. Volviendo algo atras decimos, que quando Garcilaso, mi señor, y sus compañeros pasaron la puente del rio Apurimac, considerando que habia de salir gente de la ciudad del Cozco y de otras partes, e ir en pos de ellos á servir á S. M.; y que no era bien cortarles el camino con quemar la puente, porque quedaban atajados, y en poder de los tiranos, acordaron que queda-

sen dos compañeros en guarda de ella, para recibir los que viniesen aquellos cinco ó seis dias primeros, y despues la quemasen; porque caminasen seguros de que los tiranos no pudiesen seguirlos. Así se hizo como se ordenó, de manera que los que salieron tarde de la ciudad del Cozco, pudieron pasar la puente, aunque llevaban mucho temor de hallarla quemada. Otros vecinos principales del Cozco fueron á los Reyes por otros caminos; porque se hallaron en aquella coyuntura en sus repartimientos de Indios hácia el poniente de la ciudad. Los quales fueron, Juan Julio de Hojeda, Pedro de Orve, Martin de Arbieto, y Rodrigo de Esquivel; quienes, pasando por el repartimiento de Don Pedro de Cabrera, se juntaron con él para irse todos juntos.

CAPÍTULO IX.

Cartas que escribieron al tirano. Destierra este al corregidor del Cozco.

El Palentino en este paso, capitulo 25, dice lo que se sigue: Llegó en esta sazon al Cuzco Miguel de Villafuerte, con una carta de creencia para Francisco Hernandez de Don Pedro Luis de Cabrera, que estaba en Cotabamba al tiempo del alzamiento con algunos soldados amigos suyos. Entre los quales estaban Hernando Guillada, Diego Mendez, y otros de los culpados en la rebelion de Don Sebastian de Castilla. La creencia era en efecto, que pues Don Pedro no habia podido ser el primero, y le habia ganado por quatro dias y la mano, que Francis-

co Hernandez prosiguiese á tomar la empresa por todo el reyno para la suplicacion general; que él habia alzado vandera en su nombre, y se iba camino de la ciudad de los Reyes; y procuraria el nombramiento de capitan general por el Audiencia. Que luego como estuviese en el cargo, prenderia los oidores, y los embarcaria para España. Despues de recibida esta carta, le envió otra Don Pedro con un hijo de Gomez de Tordoya, la qual asimismo era de creencia. Y envió á decir á Francisco Hernandez, que tuviese por cierto, que si Garcilaso de la Vega, Antonio Quiñones, y otros se habian ido á la ciudad de los Reyes, no era por favorecer este negocio, sino porque no pudieron ellos y Don Pedro efectuar lo que tenian pensado, por haberse él anticipado. Y asimismo decia, que al tiempo

que salió de sus pueblos, habia hecho decir misa, y que despues de haberla oido, habia hecho sacramento sobre una ara consagrada, diciendo á los que con él estaban se sosegasen con él; porque él no iba á Lima para otro efecto que para prender los oidores y enviarlos á España. Empero Francisco Hernandez, teniendo á Don Pedro por hombre sagaz y doblado, consideró en sí ser estos recaudos para le asegurar y poder mejor á su salvo, y sin contraste irse con los soldados que allí consigo tenia. Por lo qual despachó á Juan de Piedrahita con algunos arcabuceros, para que sacase de la ciudad á Gil Ramirez, quitada la vara de justicia, y le llevase á buen recaudo hasta le poner mas de veinte leguas del Cuzco, para que libremente se fuese á la ciudad de los Reyes, sin le haber to-

mado Francisco Hernandez cosa alguna. Dióle á Piedrahita instruccion, que procurase alcanzar á Don Pedro, y le dixese que no curase de tomar el camino de Lima, y que le hiciese merced de volverse al Cuzco. Que si Don Pedro esto rehusase, y no lo quisiese hacer, le truxese preso consigo, y á buen recaudo. Empero ya Don Pedro era partido, y dificultosamente lo podia alcanzar. Por lo qual Piedrahita se volvió con la gente al Cuzco, &c.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado á la letra. Y porque unas cosas estan anticipadas, y otras pospuestas, declarando al autor de ellas, dirémos como sucedieron aquellos hechos, y por que camino llevó Piedrahita preso al corregidor. Es asi que Don Pedro de Cabrera no tenia necesidad de enviar recaudos á Francisco Hernan-

dez para ser con él, porque nunca tal pensó ni imaginó, por la contradicion que en su persona, en su trato, conversacion y manera de vivir tenia para no seguir la guerra; porque de su persona era el mas grueso hombre que allá ni acá he visto, particularmente del vientre. En cuya prueba digo, que dos años, poco mas ó menos, despues de la batalla de Sacsahuana, un negro esclavo de mi padre, lindo oficial sastre, hacia un coleto de cordovan para Don Pedro de Cabrera, guarnecido con muchas franjas de oro. Teniéndolo ya á punto para lo guarnecer, entramos tres muchachos, y yo con ellos, casi todos de una edad, de diez á once años, en el aposento del maestro, y hallamos el coleto sobre una mesa, cerrado por delante con un cordon de seda, y viéndolo tan ancho, como muchachos

traviesos, entramos en él todos quatro, y nos arrimamos á las paredes del coleto, y enmedio de él quedaba campo y lugar para otro muchacho de nuestro tamaño. Sin lo dicho, por el mucho vientre no podia andar á caballo en silla ginета, porque el arzon delantero no lo consentia. Andaba siempre á la brida ó en mula. Nunca jugó cañas, ni corrió á caballo á la ginета, ni á la brida. Y aunque en la guerra de Gonzalo Pizarro fue capitan de caballos, fue porque se halló en la entrega de la armada de Gonzalo Pizarro al presidente, y le cupo en suerte la compañia de caballos, y despues de la guerra, el repartimiento de Indios tan aventajado, de que atrás dimos cuenta. Y en lo que toca al regalo y manera de vivir, en su trato y conversacion era el hombre mas regalado en su comida, y de ma-

yores donayres, y mejor entretenimiento que se puede imaginar, con cuentos y entremeses graciosisimos, que los inventaba él mismo, burlándose con sus pages, lacayos, y esclavos, que pudieramos contar algunos de mucho donayre y de mucha risa que se me acuerdan; pero no es bien que digamos ni contemos niñerias, baste la del coleto. Su casa era cerca de la de mi padre, y entre ellos habia deudo, porque mi señora Doña Elena de Figueroa, su madre, era de la casa de Feria, por lo qual habia mucha comunicacion entre los dos; y á mí me llamaba sobrino, y no sabia darme otro nombre. Adelante, quando tratemos de su fallecimiento, que fue en Madrid, año de mil quinientos sesenta y dos, repetiremos algo de esto que hemos dicho. Por todo lo qual afirmo, que estaba

muy lejos de seguir á Francisco Hernandez Giron, ni de ser tirano, que no tenia para que pretenderlo; porque tenia todo el regalo, contento y descanso que se podia desear, y no tuvo trato ni conversacion con Francisco Hernandez Giron, porque mucha parte del año se estaba en sus Indios con media docena de amigos. Los mensageros que envió, fue para que supiesen certificadamente como habia sido el levantamiento de Francisco Hernandez Giron, lo que despues de él habia sucedido, qué vecinos habian huido, y quienes eran con el tirano, porque como él y sus compañeros deseaban ir á los Reyes, querian saber lo que habia pasado en el Cozco, para dar cuenta de ello por los caminos, y no ir tan á ciegas. Y para que Francisco Hernandez no sospechase de los mensageros,

los envió con cartas de creencia; y tambien para que con la respuesta se los volviese á enviar. El camino para ir á los Reyes lo tenia Don Pedro muy seguro, porque sus Indios donde él estaba, estan mas de quince leguas del Cozco hácia los Reyes, y el rio Apurimac está enmedio de aquel camino; y teniendo quemadas las puentes, como las tenia, aseguraba que no pasasen los enemigos; y así D. Pedro y los suyos, con la nueva de lo que deseaban saber, se fueron á los Reyes haciendo burla de los tiranos.

A Juan de Piedrahita dió orden Francisco Hernandez, que con una docena de arcabuceros llevase al corregidor Gil Ramirez de Avalos, no por el camino de Lima, que es hácia el norte, sino por el de Arequepa, que es al mediodia: mandóle, que habiéndole sacado

quarenta leguas de la ciudad, lo dexase ir libre donde quisiese. Este viage de Piedrahita no fue en aquellos primeros dias del levantamiento, quando vinieron los mensageros de Don Pedro de Cabrera, que vinieron y se fueron dentro de los ocho ó diez dias despues del levantamiento, sino mas de quarenta despues. Enviar al corregidor por Arequepa y no por el camino derecho, fue porque no llegase tan presto á los Reyes, ni fuese tan á su placer, como fuera ir en compañia de los vecinos que iban á Rimac. Por todo lo qual se vé claro, que la relacion que dieron á Diego Hernandez fue la del vulgo, que por la mayor parte habla cada uno lo que se le antoja, y lo que oye á otros que no lo vieron, y no lo que pasa en hecho de verdad.

CAPÍTULO X.

Francisco Hernandez se hace elegir procurador y capitan general de aquel imperio. Los oidores eligen ministros para la guerra. El mariscal hace lo mismo.

Pasados los quince dias del levantamiento de Francisco Hernandez Giron, viéndose él ya con pujanza de gente, y temido de todos por la crueldad que en Don Baltasar de Castilla executó, le pareció seria bien dar mas autoridad á su tiranía, para proceder en ella, segun su poco juicio, con mejor titulo y mejor nombre, para que las gentes, viéndole elegido y abonado por aquella ciudad, cabeza del imperio, siguiesen su profesion, que él mismo no sabia qual era. Para lo qual mandó, que

hubiese cabildo abierto de toda la ciudad, en el qual se hallaron veinte y cinco vecinos, señores de Indios, que nombra Diego Hernandez, y yo los conocí todos. Entre ellos no huvo mas de un alcalde ordinario, y dos regidores, que todos los demas no eran ministros del cabildo. Pidióles, que para librarse de las molestias que cada dia los oidores les hacian con sus provisiones, le nombrasen y eligiesen por procurador general de todo el imperio, para que ante S. M. suplicase y pidiese lo que bien les estuviese. Asimismo pidió que le nombrasen por capitan general, y justicia mayor de aquella ciudad y de todo el reyno, para que los gobernase y mantuviese en paz y justicia. Todo lo qual se le concedió muy cumplidamente, como dicen los niños, mas de miedo que de vergüenza; porque

tenia en la plaza delante de la puerta del cabildo un esquadron de mas de ciento y cincuenta arcabuceros, con dos capitanes; el uno era Diego Gavilan, y el otro Nuño Mendiola. Apregonóse luego en la plaza, pasado el cabildo, el poder que se le habia dado á Francisco Hernandez Giron. El qual no solamente pretendió ser nombrado por cabildo, para tener mas autoridad y mando, pero su principal intencion fue, que todos los vecinos y moradores de aquella ciudad metiesen prendas, fiasen y abonasen su buen hecho, como si ellos de su libre voluntad se hubieran convidado con lo que él les pidió y forzó que hiciesen. Entretanto que en la ciudad del Cozco pasaban estas cosas, llegó á la ciudad de los Reyes la nueva de ellas. Los oidores al principio la tuvieron por falsa, entendien-

do que era algun trato doble, porque el que la llevó era grandisimo amigo, y, segun decian, hermano de leche de Francisco Hernandez Giron.

Imaginaron que iba á tentar la ciudad, á ver como tomaban los vecinos aquel hecho; y quales se mostraban del vando de Francisco Hernandez, y quales en contra. Y con esta sospecha prendieron á Hernando Chacon, que fue el que llevó la buena nueva, mas luego lo soltaron, porque por otras muchas partes vino la certificacion de ella. Con la qual los oidores nombraron capitanes, y proveyeron ministros para la guerra que se temia: no decimos quienes fueron los nombrados, porque algunos de ellos no quisieron aceptar los oficios y cargos, porque les parecia que merecian ser generales, y aun mas y mas. Dexarlos hemos así,

porque adelante dirémos los que se eligieron, y sirvieron en toda la guerra, aunque las elecciones fueron con muchas pasiones, vandos y molestias, como los suele haber donde no hay cabeza, y pretenden mandar muchos que no lo son. Tambien llegaron las nuevas del levantamiento de Francisco Hernandez á Potocsi, donde el mariscal Alonso de Alvarado estaba executando el castigo en los delinqüentes de la muerte del general Pedro de Hinojosa, y seqüaces de Don Sebastian de Castilla, la qual execucion paró luego, aunque habia muchos culpados que merecian pena de muerte, como la habian llevado los pasados que hasta entonces habian sido castigados. Pero con el nuevo levantamiento convenia perdonar á los culpados, y aplacar á los leales: que los unos y los otros es-

taban escandalizados de tanto rigor y muertes como se habian hecho. A los que estaban condenados á muerte les comutaron la pena en que sirviesen á S. M. á su costa. Entre estos condenados á muerte estaba un soldado que se decia Fulano de Vilbao, al qual visitó un amigo suyo, y le dió el parabien de su vida y libertad; y le dixo que diese muchas gracias á Dios nuestro Señor que tanta merced le habia hecho: el soldado dixo, yo se las doy á su Divina Magestad, á San Pedro y á San Pablo, y á San Francisco Hernandez Giron, por cuyos méritos se me hizo la merced; y propuso de irse á servirle donde quiera que le viese, y así lo hizo como adelante verémos.

Sin este soldado salieron libres de la carcel otros quarenta y tantos, de los quales se temia que

los mas de ellos habian de llevar pena de muerte, y los mejor librados habian de remar en galeras. A los vecinos y á otros muchos soldados que no merecian tanta pena, quiso soltar libres sin sentenciarlos; mas no lo consintieron los presos, como lo dice el Palentino, cap. 4º, por estas palabras.

Entendiendo esto algunos de los presos, sospecharon que los querian soltar sin sentencia, á fin de poder despues en qualquier tiempo volver al castigo. Y así algunos de los principales no quisieron que así se hiciese, sin tener primero sentencia en su causa. Visto esto, comenzó á despachar los presos, y condenó á Gomez de Solis en quinientos pesos para las guardas que habian tenido. Martin de Almendras fue condenado en otro tanto, y lo mismo Martin de Robles. Otros fueron condena-

dos á doscientos, otros á ciento, otros á cincuenta, y veinte, segun se juzgaba la posibilidad de cada uno, y no segun la pena que merecian.

Hasta aquí es de Diego Hernandez. Sin esto se apercibió el mariscal de armas: mandó que en las provincias comarcanas donde habia madera se labrasen picas, y se hiciese pólvora para lo que sucediese. Pocos dias despues le llegaron dos provisiones de los oidores, la una en que mandaban suspender por dos años el servicio personal de los Indios, y las demas cosas que habian proveido en daño y perjuicio de los vecinos y soldados de aquel imperio; que bien veian los mismos gobernadores que estas cosas eran las que alteraban la tierra, y no los ánimos de los moradores de ella. La otra provision era, que nombraban al maris-

cal por capitan general de aquella guerra contra Francisco Hernandez, con poder y general administracion para gastar de la hacienda de S. M. lo que fuese menester, y pedir prestado quando faltase la del rey. El mariscal eligió capitanes de infanteria y caballeria, y los demas ministros que adelante nombrarémos. Convidó á Gomez de Alvarado con la plaza de maese de campo, mas él no la aceptó, porque la pretendia un caballero cuñado del mismo mariscal, hermano de su muger, que se decia Don Martin de Avendaño, por quien la muger hacia grande instancia; de manera que el marido le concedió la plaza aunque contra su voluntad, porque era muy mozo, y con poca ó ninguna experiencia de milicia. Mas él la proveyó así, por no meter la guerra dentro en su casa. Mandó á los

curacas que apercibiesen mucho bastimento para la gente, y previniesen ocho ó nueve mil Indios para llevar cargas quando caminase el exército. Envió ministros á diversas partes á recoger la gente, armas, caballos y esclavos que hallasen. Dexarlos hemos en sus prevenciones, por decir de Francisco Hernandez Giron, que nos conviene acudir aquí, allí y acullá por ir con la sucesion de la historia.

Entretanto que en la ciudad de los Reyes y en Potocsi pasaban las cosas referidas, Francisco Hernandez Giron no se descuidaba de lo que convenia á su empresa. Envió á Tomas Vazquez con cincuenta soldados bien armados á la ciudad de Arequepa, para que en su nombre tomase la posesion de ella, y tratase con los vecinos, que el cabildo lo eligiese por capitan ge-

neral y justicia mayor del reyno, como lo habia hecho el Cozco. Asimismo envió á Francisco Nuñez, vecino del Cozco, á quien con caricias y aplauso, y con una compañia de hombres de á caballo que le dió, lo hizo de su vando. Empero para hacer estas amistades mas podia el miedo que los beneficios. Envió con él á Juan Gavilan, y otros quarenta soldados que fuesen á la ciudad de Huamanca, á que procurase é hiciese lo propio que Tomas Vazquez, y que dixese á aquella ciudad, que pues la una y la otra se habian conformado con su intencion, y le habian enviado embaxadores acerca de ello, le concediesen por cabildo lo que ahora les pedia, porque era autorizar y calificar mas su hecho. Envió Francisco Hernandez estos sus capitanes á lo que hemos dicho, mas

por dar nombre y fama por todo el imperio de que aquellas ciudades eran con él y de su vando, que por esperar ni imaginar que le habian de conceder lo que les pedia; porque bien sabia que aquellas dos ciudades se habian apartado, y revocado todo lo que al principio de su levantamiento le habian enviado á decir y ofrecer. Sin la comision que dió á estos capitanes, les dió muchas cartas para personas particulares, vecinos de aquellas ciudades, y él escribió á los cabildos, en su nombre, aparte; y mandó que la ciudad del Cozco tambien les escribiese que favoreciesen aquel vando, pues era tan en provecho de todos ellos, y de todo el imperio. Hizo asimismo que tambien escribiese á la ciudad de la Plata lo que á las otras; y Francisco Hernandez en particular escribió á muchos vecinos de

los Charcas, al mariscal Alonso de Alvarado, y á su muger Doña Ana de Velasco: cosas que son mas para reir que para hacer caso de ellas; y así ninguno le respondió. Quien quisiere ver estas cartas, las hallará en la historia de Diego Hernandez, pasado el capitulo 27.

CAPÍTULO XI.

Capitanes y ministros que los oidores nombraron para la guerra. Pretendientes al oficio de capitan general. Francisco Hernandez sale del Cozco para ir contra los oidores.

Los oidores determinaron elegir capitanes, oficiales y ministros para el exército, porque supieron que Francisco Hernandez iba creciendo de dia en dia en gente, re-

putacion y autoridad. Nombraron á Pablo de Meneses por maese de campo, y por capitanes de caballos á Don Antonio de Ribera, á Diego de Mora, á Melchor Verdugo, del hábito de Santiago, y á Don Pedro Luis de Cabrera. Estos dos últimos repudiaron las conductas, por parecerles que merecian ser generales de otros mayores exércitos. Por capitanes de infantería fueron nombrados Rodrigo Niño, el de los Galeotes, Luis de Avalos, Diego Lopez de Zúñiga, Lope Martin, Lusitano, Antonio de Lujan, y Baltasar Velazquez, el que en la rebelion pasada de Don Sebastian de Castilla se escapó de la justicia del mariscal Alonso de Alvarado, como atrás queda apuntado. Salió por alferez general Lope de Zuazo, Melchor Verdugo, que repudió su conducta, y alcanzó que en su lugar en-

trase Pedro de Zarate: un vecino de Arequepa llamado Alonso de Zarate tambien fue nombrado por capitan de caballos. Eligieron por sargento mayor á Francisco de Piña, y por capitan de la guardia de los oidores á Nicolas de Ribera, el mozo; aunque porque no pareciese la presuncion tan al descubierto, dice el Palentino que fue con cubierta y nombre de capitan de la guardia del sello real. Todas son palabras suyas, del cap. 28. A la eleccion de capitan general hubo mucha confusion, escándalo y alboroto, porque se declararon tres graves pretendientes, que cada uno de por sí escandalizó su parte. El uno fue el licenciado Santillan, oidor de S. M. Este lo pretendia, porque era el mas bien quisto de todos los oidores, y emparentado con muchos caballeros nobles que ganaron aquel imperio, que desea-

ban su eleccion. El segundo pretensor fue el arzobispo de los Reyes Don Gerónimo de Loaysa. La causa que incitase á un religioso de la orden de los predicadores, y arzobispo de la iglesia de Dios, á pretender ser capitan general de un exército de christianos para hacer guerra á otros christianos, no se supo. Los soldados mas atrevidos, y con ellos casi todos, decian que no habia sido otra la causa sino ambicion y vanidad, que á un arzobispo y religioso mejor le estaba estarse en su iglesia orando por la paz de aquellos christianos, y por la conversion y predicacion del evangelio á los naturales de aquel imperio, que tan atajado lo tenia el demonio con aquellas guerras civiles. El tercer pretendiente fue el doctor Sarabia, oidor de S. M., de la misma audiencia. El qual, aunque estaba desengañado

de que no le habian de elegir, hizo mucha instancia en su pretension, así por favorecer con los de su vando al arzobispo Loaysa, como porque hubiese mas pretensores contra el licenciado Santillan, para que no fuese elegido; porque entre estos dos oidores habia emulacion y pasion secreta en su tribunal, y quisiera, que ya que él no habia de salir elegido, saliera el arzobispo y no el licenciado Santillan. En esta confusion estuvieron algunos dias, sin determinarse á ninguna de las partes. Mas viendo los electores, que eran dos oidores y algunos vecinos graves de los Reyes, que se perdia tiempo, y se menoscababa la autoridad del exército, acordaron por bien de paz elegir dos generales, porque se aplacasen los pretensores y sus vandos. El uno fue el licenciado Santillan y el otro el

arzobispo de los Reyes, que en elegirlo á él, les pareció que satisfacian al doctor Saravia, pues era de su vando. En esta coyuntura les llegó nueva á los oidores, y aun cartas de los vecinos del Cozco, de quienes y quantos iban á servir á S. M. Mas los oidores estaban tan temerosos, y tan sospechosos en aquella rebelion, que unos de otros no se fiaban; quanto mas de los que venian de fuera, y de la parte rebelada que era el Cozco; y así les enviaron á mandar que hiciesen alto, y no pasasen adelante hasta que otra cosa se proveyese. Apenas habian despachado el mensagero con este recaudo, quando cayeron en el yerro que hacian en repudiar y despedir de sí y del servicio de S. M. hombres tan principales como los que venian, que habian dexado desamparadas sus casas, mu-

geres é hijos por no ser con el tirano. Temieron que el desden y el menosprecio que de ellos hacian, los volviese al tirano, á mirar por sus casas y haciendas, mugeres é hijos, que tan sin respeto del oficio paternal los habian dexado y desamparado en poder de sus enemigos. Y así luego á la misma hora despacharon un mensagero con un recaudo muy amigable, agradeciéndoles mucho su venida, con las mejores palabras que se sufrió decir. Mandaron al mensagero que se diese priesa en su camino; y alcanzando al primero, le pidiese los recaudos que llevaba, y los consumiese que nadie supiese de ellos. Así se hizo todo como se ordenó, y los vecinos del Cozco llegaron á los Reyes, do fueron muy bien recibidos y acariciados, como lo merecian.

Hecha la eleccion de los capitanes y generales, enviaron los oidores provisiones á todas las demas ciudades del imperio, avisándolas del levantamiento de Francisco Hernandez Giron, y previniéndoles se aprestasen para el servicio de S. M. Enviaron nombrados los capitanes que en cada pueblo habian de ser, así de caballos como de infantes. Mandaron pregonar un perdon general para todos los que hubiesen sido culpados en las guerras pasadas de Gonzalo Pizarro, y en las de Don Sebastian de Castilla, con que viniesen á servir á S. M.; porque supieron que de los unos y de los otros habia muchos escondidos entre los Indios, que no osaban vivir en pueblo de Españoles. Entre estas provisiones y prevenciones, la primera fue poner recaudo en la mar, y señorearse de ella:

para lo qual nombraron á Lope Martin, que con quarenta soldados se metiese en un buen galeon que habia en el puerto de aquella ciudad, y mirase por los demas navios que en él habia. Lope Martin lo hizo así, mas duró pocos dias en el oficio, que no fueron ocho; porque su condicion era mas colérica que flemática. Sucedióle en el cargo Geronimo de Silva, el qual lo administró como caballero y soldado de mar y tierra; y Lope Martin se volvió á su conducta de infanteria, donde los dexarémos, por decir de Francisco Hernandez Giron.

Viéndose este poderoso de gente, que le habian acudido de diversas partes mas de quatrocientos hombres, sin los que envió á Huamanca y Arequepa, determinó ir á la ciudad de los Reyes á buscar el exército de los oidores:

que él nunca le llamó de otra manera sino exército de los oidores, por decir que si fuera de S. M. no fuera contra él. Sacó mas de quatrocientos hombres consigo, bien armados y encabalgados, con mucha municion, bastimento y todo recaudo de armas, aunque por otra parte iba con pena, dolor y angustia de ver que no le acudian las ciudades, pueblos y lugares de aquel imperio, como lo habia imaginado; siendo su demanda, como él decia, en favor y honra de todos ellos. Antes que se determinase de ir á los Reyes, estuvo dudoso si iria primero contra el mariscal, lo qual le fuera mas acertado para su empresa; porque toda la gente que el mariscal tenia estaba descontenta, así los leales servidores de S. M., como los no leales, por el rigor de la justicia pasada; porque muchos de los muer-

tos eran parientes, amigos, y de una misma patria de los leales. Los quales habian sentido muy mucho la pérdida de los mas de ellos, que, como ellos decian, habia sido mas por sobra de castigo que por abundancia de delitos. Decian todos los mas experimentados de la milicia, que si Francisco Hernandez acometiera primero al mariscal, le fuera mejor; porque con gente descontenta ningun capitan puede hacer cosa buena. El Palentino, hablando en esto, cap. 60, dice lo que se sigue: Tuvo Francisco Hernandez adversidad y reves en no elegir antes la ida de Potocsi que de Lima, para señorearse de aquellas provincias, lo qual sin duda le estuviera mejor, porque si fuera contra el mariscal, que tan malquisto era en aquella sazon, ninguno de los que con él iban le dexara, como lo hicieron vinien-

do á Lima. Ni aun tampoco los del mariscal le resistieran, ni tuvieran aparejo para ello, por la tardanza que hubo en aprestarse para la guerra, y por los muchos enemigos que el mariscal cabe sí tenia, &c.

Hasta aquí es de aquel autor. No permitió Dios que Francisco Hernandez acertase en este paso, porque los males y daños que sucedieran fueran irremediables. Siguió el viage de Lima, como lo dirá la historia. El licenciado Alvarado, su maese de campo, se quedó en la ciudad á sacar la demas gente que quedaba, porque no pudieron salir todos juntos. Francisco Hernandez Giron antes de salir del Cozco usó de una generosidad, y fue dar licencia, y permitir que todos los vecinos que quisiesen quedarse en sus casas, y no ir con él, lo pudiesen hacer libre-

mente. Hizo esto por parecerle que no les habia agradado su empresa; porque no se le mostraron buenos amigos, y no queria en su compañia gente sospechosa, principalmente si eran vecinos; porque era gente poderosa, y habian de ser muchos soldados con ellos en qualquiera ocasion que se ofreciese. Solo á Diego de Silva rogó é importunó que acompañase su exército, para darle valor y autoridad con la de su persona. Diego de Silva obedeció mas de temor que de amor, y así en pudiendo se fue á los suyos, como adelante verémos. De manera que fueron seis los vecinos que salieron del Cozco con Francisco Hernandez; los tres que con él se hallaron la noche de su rebelion, que fueron Tomas Vazquez, Juan de Piedrahita, y Alonso Diaz; y los otros tres los adquirió despues con caricias y ofi-

cios de capitanes; á Francisco Nuñez con una compañia de caballos, á Rodrigo de Pineda con otra de infanteria, y á Diego de Silva, como hemos dicho, con palabras de amistad, que encubrian la amenaza. Pasados ocho dias de la ida de Francisco Hernandez, salió de la ciudad su maese de campo con mas de doscientos soldados. Entre ellos llevó á Francisco de Hinojosa, que pocos dias antes habia venido de Contisuyu con mas de veinte soldados, que todos los que tenian este nombre soldado, deseaban favorecer y seguir el vando de Francisco Hernandez Giron; y así le acudieron muchos, porque eran en favor de ellos contra las muchas provisiones que los oidores pregonaban en perjuicio de soldados y vecinos. Sin Hinojosa vino otro soldado de la parte de Arequepa que se decia Juan de Vera de Mendo-

za, que habia estado con los del vando del rey: era mozo y muy caballero; y como mozo, aunque no tenia grados de soldado, deseaba con grande ansia ser capitan; y como los del rey no lo eligieron por tal, vino con un amigo suyo, que se decia Mateo Sanchez al Cozco, donde estaba Francisco Hernandez, y esto pasó pocos dias antes de la salida de Francisco Hernandez, por gozar de nombre de capitan, y su compañero de nombre de alferez: traxeron un paño de manos puesto en una vara en lugar de vandera, con intencion y deseo de que Francisco Hernandez como capitan general les confirmase los nombres al uno y al otro. Dirémos en el capitulo que se sigue el suceso de aquellas jornadas.

CAPITULO XII.

Juan Vera de Mendoza se huye de Francisco Hernandez. Los del Cozco van en busca del mariscal. Sancho Dugarte hace gente, y se nombra general de ella. El mariscal le reprime. Francisco Hernandez llega á Huamanca. Tópanse los corredores del un campo y del otro.

El Maese de Campo Alvarado alcanzó á su general ocho leguas de la ciudad del Cozco, porque le esperó allí hasta que llegase. Siguieron todos juntos su camino, pasaron el rio Apurimac, y pararon dos leguas de él á hacer noche. Tardaron en pasar la puente quatro dias, por la mucha gente, cabalgaduras, municion y bastimento que llevaban. Viendo Juan Vera de Mendo-

za que habia mas de quince dias que habia entrado en el exército de Francisco Hernandez Giron, y que no le promovian ni confirmaban el nombre de capitan que traia, le pareció dexar á Francisco Hernandez, y volverse á los del rey: que parece mas entremes de farsantes que hecho de soldados, y por tal lo contamos. Concertó Juan de Vera con otros quatro soldados tan mozos como él, y con su compañero, que por todos fueron seis, de huirse aquella noche, y así lo pusieron por obra: volvieron ácia la puente á toda diligencia, y habiendola pasado, la quemaron luego por asegurarse de los que podian seguirles. Llegaron al Cozco la noche siguiente, y entraron dando arma; de manera que toda la ciudad se alborotó, temiendo que volvian los tiranos á hacerles algun mal; y así no osó salir nadie á la plaza. Luego

que amaneció, sabiendo que era el capitan Juan Vera de Mendoza, que todavia traia su bandera alzada, salieron los vecinos á él, y acordaron entre todos de irse donde el mariscal estaba, que bien sabian que tenia hecho un buen exército. Eligieron por capitan que los gobernase á Juan de Saavedra, vecino de la ciudad. Juan Vera de Mendoza determinó aderezarse con los suyos, por no ir debaxo de otra bandera sino de la suya; y aunque llegó donde estaba el mariscal, no le mejoraron la bandera, ni le dieron nombre de capitan. Así que sus diligencias no le aprovecharon mas que de publicar sus deseos pueriles. Los del Cozco se juntaron, y entre todos se hallaron menos de quarenta hombres; los quince eran vecinos que tenian Indios, y los demas eran mercaderes y oficiales, que por

inútiles los habian dexado los tiranos. Todos caminaron ácia el Collao, donde estaba el mariscal Alonso de Alvarado. El qual, sabiendo que los vecinos del Cozco iban á buscarle, envió á mandarles que no saliesen de su jurisdiccion sino que lo esperasen en ella, que él iba en busca de ellos.

Sancho Dugarte, que entonces era corregidor de la ciudad de la Paz, hizo gente para servir á su Magestad: alzó bandera, fué ácia el Cozco con mas de doscientos hombres en dos compañias, la una de infantes, por capitan Martin de Olmos, y la otra de caballos, de los quales se nombró capitan con renombre de general. Llegó á la puente del Desaguadero, donde estuvo pocos dias; y sabiendo que Francisco Hernandez habia salido del Cozco, y que iba á los Reyes, pasó adelante en su camino, con

intencion de llegar al Cozco, é ir adelante en seguimiento de Francisco Hernandez; porque cada uno pretendia mandar y no ser mandado; y su intencion era ir huyendo del mariscal por no ser su soldado. Lo qual sabido por él, le envió un recaudo duplicado. El primero fue una carta, pidiéndole por ella que se volviese á su jurisdiccion, y le esperase en ella, porque no convenia al servicio de su Magestad que hubiese tantos exércitos disminuidos. Con la carta dió al mensagero, como capitan general, un mandamiento riguroso, y mandó al que lo llevaba, que si Sancho Dugarte no hiciese lo que por la carta le pedia, le notificase el mandamiento. Lo qual se hizo así, y Sancho Dugarte volvió muy obediente á entrarse en su jurisdiccion; aunque antes de ver el mandamiento habia tentado exîmirse de la

carta, y seguir su pretension. Dexarlos hemos en este puesto por decir de Francisco Hernandez Giron, que lo dexamos en Apurimac. El qual siguió su camino, y en Athauylla supo que todos los vecinos y soldados de Huamanca se habian ido á servir al rey, y que Juan Alonso de Badajoz, maese de campo que se habia nombrado de aquella gente, iba con el capitan Francisco Nuñez, y con los pocos soldados que este capitan sacó del Cozco para venir á Huamanca. De lo qual Francisco Hernandez se sintió malamente, y se quejó á los suyos, de que las ciudades que á los principios habian aprobado su hecho, ahora le negasen con tanta facilidad, y sin causa alguna. Pasó en su viage hasta el rio Villca, donde los suyos descubrieron corredores del exército de S. M.; porque los oidores, sabiendo que Francisco

Hernandez iba ácia ellos, proveyeron al capitan Lope Martin que fuese quadrillero de treinta soldados, y procurase saber nuevas del enemigo, en qué parage quedaba, y volviese con diligencia á dar aviso de todo. Así lo cumplió Lope Martin, que luego que vió los contrarios, se volvió retirando, y dió nueva de donde quedaban. Francisco Hernandez siguió su camino hasta la ciudad de Huamanca, donde paró por esperar á Tomas Vazquez; porque quando le envió á Arequepa, le dixo que no pasaria de aquella ciudad hasta que él volviese. Tomas Vazquez, habiendo hecho poco mas que nada en Arequepa, se volvió por la costa hasta alcanzar á Francisco Hernandez; que aunque aquella ciudad al principio de este levantamiento, entendiendo que todos los vecinos del Cozco eran á una para elegir procura-

dor general que hablase y pidiese á S. M. y á la audiencia real lo que bien les estuviese, envió su embaxador al Cozco, como atras se dixo; sabiendo despues que era particular tiranía, se arrepintió de lo hecho, y todos sus vecinos se fueron á servir á S. M.: y así Tomas Vazquez, no hallando con quien negociar, se volvió á su general en blanco; y por no ir tan en blanco, mató en el camino á Martin de Lezcano, que era gran compañero suyo, porque tuvo sospecha de él que queria matarle, y alzar bandera por S. M. Ahorcó á otro soldado principal que se decia Alonso de Mur, porque imaginó que se queria huir, habiendo recibido de Francisco Hernandez cabalgadura y socorro. Sabiendo Francisco Hernandez que Tomas Vazquez iba cerca de la ciudad, salió á recebirle con golpe de gente,

sin órden de guerra, ni concierto, y así entraron todos juntos. Hizo esto Francisco Hernandez, porque no se viese, ni se supiese la poca gente que Tomas Vazquez traia consigo. El capitan Francisco Nuñez, que salió del Cozco con quarenta soldados para tomar posesion de Huamanca, y hacer los demas autos que le fué mandado, halló en ella lo mismo que Tomas Vazquez en Arequepa, que todos los vecinos, arrepentidos de su primera determinacion, se huyeron á los Reyes á servir á S. M. : solo quedó con él Juan Alonso de Badajoz, y Sancho de Tudela, un viejo de ochenta y seis años que siguió á Francisco Hernandez hasta que se acabó su tiranía, y despues de ella le mataron por él.

Con estos dos, y con sus pocos soldados salió Francisco Nuñez á recibir á su general, y le halló

muy sentido de que le negasen los que al principio habian aprobado su empresa. Para alivio de esta congoja de Francisco Hernandez, se fueron á él dos soldados famosos de Lope Martin, que el uno de ellos fue despues alferez del maese de campo licenciado Alvarado; de los quales soldados se informó Francisco Hernandez de todo lo que deseaba saber del campo de S. M.; y habiéndose informado, salió de Huamanca con mas de setecientos hombres de guerra, llegó al valle de Sausa, envió dos quadrilleros, capitanes suyos, que fuesen á correr por diversas partes. El uno fue Juan de Piedrahita, que llevó sesenta soldados, y el otro Salvador de Lozana, que llevó otros quarenta. Del campo de S. M. enviaron á Gerónimo Costilla, vecino del Cozco, con veinte y cinco soldados, que fuese a correr la

tierra, y saber donde quedaba el enemigo. Acertó á ir por el camino que Juan de Piedrahita traia; y sabiendo que estaba quatro leguas de allí, y que eran sesenta soldados los del enemigo, se retiró, no pudiendo resistirle. Por otra parte, sabiendo Piedrahita por el aviso de los Indios, que, como hemos dicho, hacen á dos manos, que Gerónimo Costilla estaba tan cerca de él, y la poca gente que traia, dió una trasnochada, y al amanecer llegó donde estaban; y hallándolos desapercebidos, los desbarató, prendió tres de ellos, y se volvió con ellos á su exército.

CAPÍTULO XIII.

Tres capitanes del rey prenden á otro del tirano, y á quarenta soldados. Remítenlos á uno de los oidores. Francisco Hernandez determina acometer al exército real: huyénsele muchos de los suyos.

Como los sucesos de la guerra sean varios y mudables, sucedió, que yéndose retirando Gerónimo Costilla, topó con Gerónimo de Silva, que los oidores habian enviado en pos de él, y retirándose ambos, porque sospechaban que Francisco Hernandez con todo su exército iba en seguimiento de ellos, acertaron á prender un Indio de servicio del capitan Salvador de Lozana, y apretándole en las preguntas que le hicieron, su-

pieron que su señor Lozana estaba en tal puesto, y el número de la gente que tenia. Con lo qual avisaron á los oidores, y pidieron gente para ir sobre él y prenderle. Los oidores proveyeron que Lope Martin fuese con sesenta hombres al socorro: los quales, juntándose con Gerónimo Costilla, y Gerónimo de Silva, se dieron tan buena maña, que aunque los contrarios eran famosos soldados, aunque todos llevaban arcabuces, y estaban en un fuerte, los rindieron, prometiéndoles perdon de sus delitos si se pasaban al rey. Los quales se desordenaron, salieron de su fuerte, y se dexaron prender todos, que no escapó mas de uno que llevó la nueva á Francisco Hernandez Giron. El qual sintió aquella pérdida muy mucho, porque hacia mucha confianza de Lozana, y los soldados eran de los escogidos de su

campo. Llevaron los presos al exército del rey: los oidores mandaron que los ahorcasen todos. Lo qual sabido por los soldados de S. M., se querellaron del auto, diciendo que ellos no saldrian á correr la tierra, ni hacer otra cosa alguna que contra los enemigos se les mandase; porque tambien los contrarios, como los oidores, ahorcarian los que prendiesen, aunque no hubiesen hecho por qué. Esta querella de los soldados favorecieron algunos capitanes, por dar contento á sus soldados, y suplicaron á la audiencia se moderase el mandato. Con lo qual, por quitarlos del exército, enviaron á Lozana y á los suyos al licenciado Altamirano, oidor de S.M., que estaba en la mar, que hiciese de ellos lo que bien visto le fuese, quien mandó ahorcar á Lozana y á otros dos de los mas culpa-

dos , y á los demas desterró del reyno.

Francisco Hernandez Giron, aunque lastimado de la pérdida del capitan Lozana y de sus soldados , pasó adelante con su exército , confiado en las trazas y ardides de la guerra que llevaba imaginadas. Llegó al valle de Pachacamac , quatro leguas de la ciudad de los Reyes , donde llamó á consulta para determinar lo que se hubiese de hacer. Entre otras cosas determinó con los de su consejo, que una noche de aquellas primeras acometiesen al exército real, que estaba fuera de la ciudad , llevando por delante las vacas que habia en aquel valle , que eran muchas, con mechas encendidas, atadas á las cuernas , y con muchos Indios, y negros y algunos soldados arcabuceros que fuesen con ellas aguijándolas para divertir el esqua-

dron del rey, y acometerle por donde mejor les estuviese. Esto quedó determinado entre ellos para executarlo de allí á quatro noches.

Hallóse en esta consulta Diego de Silva, vecino del Cozco, á quien Francisco Hernandez, como atras diximos, pidió que autorizase su campo con su compañía; y por obligarle mas, le llamaba á todas sus consultas. Los corredores del un exército y del otro se vieron luego, y avisaron de lo que habia. Los oidores y sus dos generales se apercibieron para qualquier suceso que se ofreciese: los capitanes hicieron lo mismo, que tenian sus soldados bien exercitados, que muchos dias habia escaramuza entre ellos, y otros dias les mandaba tirar al terrero, señalando joyas y preseas para los mejores tiradores. Habia en este cam-

po mas de mil y trescientos soldados, los trescientos de á caballo, cerca de seiscientos arcabuceros, y otros quatrocientos y cincuenta piqueros.

Es de saber, que teniendo nueva los oidores que Francisco Hernandez Giron pasaba de Huamanca, y que iba á buscarles, les pareció que seria bien agradar á los suyos, y aplacar toda la demas comunidad de vecinos y soldados de la tierra, con suspender las provisiones que habian mandado pregonar acerca del servicio personal de los Indios, y de que no los cargasen por los caminos, ni caminasen los Españoles con Indias, ni Indios, aunque fuesen criados suyos, y otras cosas de que todos los moradores de aquel imperio estaban muy agraviados y descontentos. Por lo qual acordaron los oidores suspenderlo todo: consultaron con todos

los vecinos que consigo tenian, y acordaron, que para mayor satisfaccion de ellos, eligiesen dos procuradores que en nombre de todo aquel imperio viniesen á España á suplicar á S. M., y pedirle lo que bien les estuviese. Eligieron á D. Pedro Luis de Cabrera, vecino del Cozco, que, como atras hemos dicho, por su mucho vientre era impedido para andar en la guerra, y á Don Antonio de Ribera, vecino de Rimac, por tales procuradores, los quales se aprestaron para venir á España. Don Antonio de Ribera llegó á ella, y D. Pedro Cabrera paró en el camino y no pasó adelante.

Dos dias despues que Francisco Hernandez llegó á Pachacamac, salió parte de su gente á escaramuzar con los del rey: travóse poco á poco la escaramuza, y fue creciendo mas y mas; porque de la

na parte y de la otra habia muy buenas ganas de probar las fuerzas del contrario. Salió á ella Diego de Silva, mostrándose mucho del vando de Francisco Hernandez; mas viendo buena coyuntura, se pasó al campo de S. M., y llevó consigo otros quatro soldados famosos: uno de ellos llamado fulano Gamboa era alferez del capitan Nuño Mendiola. El alferez con su huida causó mucho mal á su capitan, como adelante dirémos. Sin los de Diego de Silva se huyeron aquel dia otros muchos soldados, y se pasaron al rey, con lo qual cesó la escaramuza.

Lo mismo hicieron el dia siguiente, y los demas que Francisco Hernandez estuvo en Pachacamac, que de veinte en veinte, y de treinta en treinta se pasaban al rey, sin poderlo remediar los contrarios; lo qual visto por Francis-

co Hernandez Giron, determinó retirarse, y volverse al Cozco antes que todos los suyos le desamparasen; porque la traza de acometer con las vacas por delante le pareció que no seria de ningun provecho; porque ya Diego de Silva habria dado aviso de ella, y los oidores estarian prevenidos para resistirle y ofenderle.

Con esta determinacion hizo una liberalidad, mas por tentar y descubrir los ánimos de los suyos, que por hacer magnificencias. Díxoles, que los que no gustasen de seguirle, se pasasen luego al campo de los oidores, que él les daba toda libertad y licencia. Algunos la tomaron, pero eran de los muy inútiles; mas no por eso dexó el maese de campo licenciado Alvarado de quitarles las cabalgaduras, las armas y los vestidos, si eran de algun provecho para los suyos.

Así salió Francisco Hernandez del valle de Pachacamac con el mejor concierto que pudo, que lo ordenó mas de miedo de los suyos que no se le huyesen, que de temor de los contrarios que le siguiesen: porque era notorio, que por haber tantos que mandaban en el campo de los oidores, no se determinaba cosa alguna con tiempo y sazon, como era menester, segun verémos luego.

CAPÍTULO XIV.

Francisco Hernandez se retira con su exército. En el de S. M. hay mucha confusion de pareceres. Motin que hubo en la ciudad de Piura. Como se acabó.

Francisco Hernandez salió de Pachacamac con determinacion de retirarse, y así lo hizo. Dexaron

en el alojamiento sus soldados cosas inútiles que no pudieron llevar : todo lo qual saquearon los del rey, saliendo desmandados de su exército. Los oidores entraron en consulta con los que eran del Consejo de Guerra, que demas de los capitanes llamaban muchos vecinos del reyno, los quales como mas experimentados eran mas acertados; pero en tanta multitud de pareceres, cada uno pretendia y hacia fuerza para que el suyo saliese á plaza. Determinaron al fin de muchos pareceres, que Pablo de Meneses con seiscientos hombres, los mejores del campo, siguiese á Francisco Hernandez á la ligera. Estando otro dia la gente apercebida para salir, mandaron los dos generales que no llevase mas de cien hombres, diciendo que no era bien que el campo quedase tan desflorado de gente útil y lucida. Los

oidores y los consejeros, remediando esta variedad, volvieron á mandar que llevase los seiscientos hombres que estaban elegidos. Sobre lo qual sucedió lo mismo que el dia antes, que los generales desmandaron lo mandado, y que no llevase mas de cien hombres para dar arma al enemigo, y recoger los que quisiesen huirse de él. Así salió Pablo de Meneses bien desabrido y descontento de tanta mudanza de provisiones, y de tanto rigor de los generales, que aun no consintieron que fuesen con él algunas personas particulares, amigos suyos, que deseaban acompañarle. Dexarlos hemos, por contar lo que en estos mismos dias pasó en la ciudad de San Miguel de Piura.

En aquella ciudad vivia un soldado de buen nombre, y de buena reputacion llamado Francisco de

Silva. Los oidores, como atras se dixo, enviaron sus provisiones á todos los corregidores de aquel reyno, avisándoles del levantamiento de Francisco Hernandez Giron, mandándoles que se apercibiesen y llamasen gente para resistir y castigar al tirano. El corregidor de Piura, llamado Juan Delgadillo, dió su comision á Francisco de Silva, y le mandó que fuese á Tumpiz, y por aquella costa recogiese los soldados que hallase, y los traxese consigo. Francisco de Silva fue como se le mandó, y volvió á Piura con una esquadra de veinte y seis ó veinte y siete soldados, los quales, habiendo estado en aquella ciudad doce ó trece dias, viendo que no les daban posada, ni de comer, y que ellos eran pobres que no podian mantenerse, fueron al corregidor, llevando por caudillo á Francisco de Silva, y

le suplicaron les diese licencia para ir á la ciudad de los Reyes á servir á S. M. en aquella ocasion. El corregidor se la dió, aunque forzado de ruegos é importunidades que toda la ciudad le hizo. Estando los soldados otro dia para caminar, el corregidor, sin ocasion alguna, revocó la licencia, y les mandó en particular que se fuesen á sus posadas, y no saliesen de ellas ni de la ciudad sin licencia suya. Francisco de Silva y sus compañeros, viendo que no les aprovechaban ruegos ni protestaciones que al corregidor hicieron, acordaron entre todos de matarle, saquear la ciudad, é irse á servir á Francisco Hernandez Giron, pues no les dexaban ir á servir á S. M. Con este concierto, y bien apercibidos de sus armas, fueron doce ó trece de ellos á casa del corregidor, y lo prendieron, y mataron

á un alcalde de los ordinarios. Robaron la casa del corregidor, donde hallaron arcabuces, montantes, espadas, rodelas, lanzas, partesanas, y pólvora en cantidad. Sacaron el estandarte real: pregonaron que saliesen todos so pena de la vida á meterse debaxo de la vandera. Descerrajaron la caxa real, robaron lo que habia dentro, hasta la hacienda de difuntos: lo mismo hicieron por todas las casas de la ciudad, que las saquearon sin dexar en ellas cosa que les fuese de provecho: y con la venida de un soldado que en aquella coyuntura llegó á Piura, que iba desterrado de Rimac, y se huyó en el camino, publicaron y echaron fama, concertándolo primero con el soldado, que Francisco Hernandez Giron venia muy pujante á la ciudad de los Reyes, y que todo el reyno era en su favor, hasta el oi-

dor Santillan, que se le habia pasado con muchos amigos y deudos suyos. Sin esto dixo otras mentiras tan grandes y mayores, si mayores podian ser. Con lo qual quedaron los tiranillos mas ufanos que si fueran verdades, y ellos señores del Perú. Y porque el soldado dixo que deseaba ir en busca de Francisco Hernandez Giron para servirle; tomaron todos el mismo deseo, y lo pusieron por obra.

Llevaron al corregidor preso con una buena cadena de hierro, y otros ocho ó nueve vecinos, y hombres principales de aquella ciudad en colleras y cadenas, como los que llevan á galeras. Así caminaron mas de cincuenta leguas con toda la desvergüenza posible, hasta que llegaron á Casamarca, donde hallaron dos Españoles que vivian de su trabajo y grangeria, de los quales supieron el estado de

Francisco Hernandez Giron, y como iba huyendo, y los oidores en pos de él, y que á aquella hora estaria ya el tirano muerto y consumido. Con las nuevas quedaron del todo perdidos. Francisco de Silva y sus compañeros lloraron su locura y desatino, y acordaron volverse á la costa, para huirse en algun navio si lo pudiesen haber. Soltaron al corregidor y á los demas presos, bien desacomodados, porque no pudiesen hacerles daño. Y los tiranos, que eran mas de cincuenta, se dividieron en quadrillas pequeñas, de tres, quatro compañeros cada una, por no ser sentidos por do quiera que pasasen.

El corregidor viéndose libre, llamó gente con la voz del rey, prendió algunos de ellos y los hizo quartos. Los oidores, sabiendo las desvergüenzas y atrevimientos

de aquellos hombres, enviaron un juez llamado Bernardino Romani á que los castigase, el qual prendió y ahorcó casi todos ellos: algunos echó á galeras. Francisco de Silva y otros compañeros suyos se fueron á Truxillo, entraron en el convento de San Francisco, tomaron su hábito, con el que salieron de aquella ciudad, fueron á la mar, y se embarcaron en un navio que los sacó fuera de aquel imperio, con que escaparon sus vidas.

En estos mismos dias vino del reyno de Chile un vecino de la ciudad de Santiago llamado Gaspar Orense, con las nuevas tristes y lamentables del levantamiento de los Indios Araucos de aquel reyno, y la muerte del gobernador Pedro de Valdivia y de los suyos, de que tenemos dado larga cuenta. Estas nuevas sintieron muy mucho todos los del Perú, por la

alteracion de los Indios, la qual se principió á los postreros dias del año de mil quinientos cincuenta y tres, y hoy que es casi el fin del año de mil seiscientos y once no se ha acabado la guerra, antes estan aquellos Indios mas soberbios y pertinaces que á los principios, por las muchas victorias que han habido, y ciudades que han destruido. Dios nuestro Señor lo remedie como mas á su servicio convenga. Quizá dirémos algo de aquellas hazañas de los Araucos en el curso de esta historia.

CAPÍTULO XV.

Sucesos desgraciados en el un exército y en el otro. Muerte de Nuño Mendiola, capitan de Francisco Hernandez, y de Lope Martin, capitan de S. M.

Volviendo á los sucesos del Perú decimos, que Francisco Hernandez Giron, habiendo salido de Pachacamac, caminaba muy recatado con esquadron formado, y recogida su gente y bagaje, como hombre temeroso que sus contrarios no le sigaiesen, y persiguiesen hasta acabarle. Mas quando vió que los primeros tres y quatro dias no le seguian, y supo por sus espias la mucha variedad de opiniones que habia en cada consulta que sus contrarios hacian, que lo que los oidores ordenaban y pro-

veian, los generales lo desmandaban y descomponian, y que en todo habia confusion, vandos y diferencias, se alentó y caminó con mas seguridad y menos sobresalto. Mas no por eso dexaron de sucederle enojos y pesadumbre con sus mayores amigos, que en llegando al valle llamado Huarcu, ahorcó dos soldados principales de los suyos, no mas de por sospecha que se querian huir, que ya entre ellos no era menester otro fiscal sino la sospecha para matar al mas confiado. Pasando Francisco Hernandez mas adelante en su jornada, llegó al valle llamado Chincha, abundante de comida y de todo regalo, donde el capitan Nuño Mendiola le dixo, que seria bien que parasen allí tres ó quatro dias para que la gente descansase, y se proveyese de lo necesario para el camino. Francisco Hernandez no

quiso admitir el consejo, y mirando en quien se lo daba, le pareció que el Mendiola no habia hecho buen semblante al repudio del consejo: á lo qual no faltaron otros buenos terceros que dixeron á Francisco Hernandez, que Mendiola se queria pasar al rey. Lo qual creyó el tirano con mucha facilidad, trayendo á la memoria que su alferez Gamboa se habia huido con Diego de Silva pocos dias antes, y que debio de llevar recaudos á los oidores para asegurar la ida de su capitan quando se huyese. Sola esta sospecha bastó para que Francisco Hernandez mandase á su maese de campo que le quitase las armas y caballo, y le dexase ir donde quisiese. Mas el maese de campo cumplió el mandato hasta quitarle la vida, y así acabó el pobre capitan Nuño Mendiola, que tal paga le dieron, con

ser de los primeros confederados con el tirano. Demas de lo dicho, no dexaron de irsele algunos soldados á Francisco Hernandez Giron, que fueron á parar con Pablo de Meneses, y le dixeron, que Francisco Hernandez iba muy desbaratado, que se le habia huido mucha gente, y que casi no llevaba trescientos hombres, llevando mas de quinientos.

Con estas nuevas se esforzó Pablo de Meneses, y consultó con los suyos de dar una trasnochada en los enemigos y desbaratarlos; y teniéndolo así determinado, yendo ya marchando en su jornada, advirtieron en lo que fuera razon que miraran antes, que fue ver que no llevaban maiz para sus cabalgaduras, ni sabian de donde haberlo. Entonces se ofreció un soldado de los que se habian huido de Francisco Hernandez, llamado Francis-

co de Cuevas, diciendo, que él sabia donde habia mucho maiz, y traeria quanto fuese menester. Pablo de Meneses lo envió con una docena de Indios que los truxese cargados de maiz. El soldado hizo su viage, y envió los Indios con el maiz, y les dixo, que en acabando de comer su caballo, iria en pos de ellos, y quando se vió solo, en lugar de irse á Pablo de Meneses, se fue á Francisco Hernandez, y le dió cuenta de los enemigos, quantos eran y como iban determinados á dar sobre él la noche venidera: pidióle perdon de habersele huido: dixo, que entendia que habia sido permision de Dios, para que le diese noticia de la venida de sus enemigos, porque no le tomasen de sobresalto. El volverse aquel soldado á Francisco Hernandez, fue porque uno de los de Pablo de Meneses, ha-

blando en general de los tiranos dixo, que el mejor librado de ellos, acabada la guerra, aunque se hubiese pasado al rey, habia de ir azotado á galeras. Lo qual oido por aquel soldado, acordó volverse á su capitan, y para merecer perdon le dió cuenta de todo lo que sabia. Francisco Hernandez se apercibió luego, y estuvo toda aquella tarde y la siguiente puesto en esquadron esperando sus enemigos. Pablo de Meneses, Lope Martin y todos los suyos, viendo que Francisco de Cuebas no volvia, sospecharon lo que fue, que se habia vuelto á Francisco Hernandez, y avisadole de como iban á buscarle, y que el enemigo, sabiendo quan pocos eran, vendria á buscarlos. Acordaron retirarse: mandaron que caminase luego la gente á un pueblo llamado Villacori, que está cinco leguas de donde ellos

estaban, que era en el rio de Ica, y que treinta de á caballo de los mejores caballos, quedasen en retaguardia para dar aviso de lo que fuese menester. A esto se ofreció el capitan Lope Martin de quedar con otros tres compañeros para mirar por los enemigos, y servir de centinela y corredores para dar aviso de lo que fuese menester. Con esto se fue Pablo de Meneses: todos los suyos le siguieron hasta Villacori, y Lope Martin y sus compañeros se subieron á un cerro alto que está sobre el rio de Ica, para descubrir mejor á los enemigos. Pero salióles en contra, porque todo aquel valle tiene mucha arboleda, que no dexa ver lo que hay debaxo de ella. Estando así atentos, acertó un Indio Cañari de los de Francisco Hernandez á ver á Lope Martin y á sus tres compañeros, y dió aviso de ello á los

suyos. Los quales salieron por la una vanda y por la otra del cerro do estaba Lope Martin para tomarle las espaldas: así lo hicieron, y Lope Martin y los suyos, mirando á lo lejos, no vieron lo que tenian cerca de sí. Pudieron los enemigos hacer bien este lance, porque aquel rio pasa por debaxo del cerro, donde estaba Lope Martin, y se entra tan debaxo de él, que de lo alto no se descubre la gente que por el un lado y el otro del cerro pasa, hasta que estan en lo alto de él. Yo y otros compañeros, caminando por aquel camino, subimos aquel cerro para ver como le sucedió á Lope Martin y á los suyos la desgracia que luego dirémos, y vimos, que habiéndose puesto donde se pusieron, no pudieron ver subir los enemigos hasta que les tuvieron ganadas las espaldas. Viéndose atajados Lope

Martin y sus compañeros, dieron en huir por una parte y otra del camino, y aunque hicieron sus diligencias no pudieron escaparse los tres de ellos, que fueron presos, y entre ellos Lope Martin; y no le conociendo los enemigos, llegó un moro berberisco, que habia sido de Alonso de Toro, cuñado de Tomas Vazquez, que eran casados con dos hermanas, y dixo á Alonso Gonzalez, que mirase que era Lope Martin el que llevaban preso. Regocijaronse con la buena nueva del prisionero, y llevaronselo á Francisco Hernandez Giron; mas él no lo quiso ver, antes acordándose de la muerte de su capitan Lozana, que el oidor Altamirano mandó ahorcar, dixo, que con toda brevedad lo matasen, y á otro soldado de los que con él prendieron, que se le habia huido á Francisco Hernan-

dez: todo se cumplió así.

A Lope Martin cortaron la cabeza, la pusieron en la punta de una lanza, y la llevaron por trofeo y estandarte á la jornada de Villacori, que luego dirémos. Así acabó el buen Lope Martin, de los primeros conquistadores de aquel imperio, que se halló en la prision de Atahuallpa, y fue vecino de la ciudad del Cozco.

CAPÍTULO XVI.

Los oidores envian gente en socorro de Pablo de Meneses. Francisco Hernandez revuelve sobre él, y da un bravo alcance. Desgraciada muerte de Miguel Cornejo. Lealtad de un caballo con su dueño.

Yendo Pablo de Meneses, como atrás se dixo, siguiendo á Francis-

co Hernandez Giron, escribió á los generales del exército, que eran el oidor Santillan, y el arzobispo de los Reyes Don Geronimo de Loaisa, que porque el enemigo llevaba mucha gente, y él iba con falta de ella, le enviasen socorro con toda brevedad, porque pensaba de aquel viage destruir al tirano. Los generales cumplieron luego su demanda, que le enviaron mas de cien hombres muy bien armados y apercibidos, y entre ellos fueron muchos vecinos de los Reyes, del Cozco, Huamanca y Arequepa: y con la diligencia que en su camino hicieron, llegaron á Villacori poco antes que Pablo de Meneses entrase en él, donde se alentaron los unos y los otros con verse juntos: supieron que el enemigo estaba cinco leguas de allí, y que Lope Martin y tres compañeros con él quedaban por atalayas

y corredores para avisar de lo que fuese menester. Con esta nueva se aquietaron todos, entendiendo que estaban seguros; pero en la guerra los capitanes, para hacer bien su oficio, no deben asegurarse aunque esten los enemigos lejos, quanto mas tan cerca, porque no les suceda lo que á los presentes. Francisco Hernandez, habiendo sabido de Lope Martin y de sus compañeros dónde y cómo estaba Pablo de Meneses, apercibió su gente para ir en pos de él á toda diligencia. A lo qual, para que saliese con la victoria le ayudó su buena ventura, porque el soldado compañero de Lope Martin, que escapó de los tiranos, con el miedo que les cobró, se metió en un algarrobal, para esconderse y librarse de la muerte, y no pudo ir á dar aviso á Pablo de Meneses, que le fuera de mucha importancia. El

qual estaba bien descuidado de pensar que viniesen los enemigos, porque teniendo á Lope Martin y á sus compañeros por atalayas, que los tenia por hombres diligentes, y de todo buen recaudo, dormian descuidados, sin recelo alguno y sin centinelas. Al amanecer, un soldado que habia salido del Real á buscar por aquellas hoyas un poco de maiz que le faltaba, sintió ruido de gente, y mirando en ello, vió una quadrilla de treinta caballos, que Francisco Hernandez envió delante para dar arma á Pablo de Meneses, y que lo entretuviesen escaramuzando con los del rey, hasta que él y todos los suyos llegasen á pelear con ellos. El soldado tocó arma, y dió aviso de los que venian. Pablo de Meneses, entendiendo que no iba en pos de él mas gente que la que el soldado decia, no quiso retirarse, antes

mandó hacer alto para pelear con los que le seguian, y no quiso creer á los que se lo contradecian, que le fue de mucho daño, porque dieron lugar á que los enemigos se les acercasen. Estando en esto, vieron asomar por aquellos arenales mas y mas gente de los enemigos. Entonces mandó Pablo de Meneses, que se retirasen á toda priesa, y él quedó en la retaguardia á detener los contrarios. Los quales escaramuzaron con los del rey, donde hubo algunos heridos y muertos de una parte y otra, y fueron así escaramuzando muy gran parte del dia, que los enemigos no los dexaban caminar. En esto llegó todo el esquadron de Francisco Hernandez Giron, donde hubo mucha revuelta y confusion de gente, así de la que huía como de la que seguia; que con el polvo y alboroto no se conocian

unos á otros. Duró el alcance mas de tres leguas: salió herido el capitan Luis de Avalos, y otros cinco ó seis con él: quedaron muertos catorce ó quince, y entre ellos el buen Miguel Cornejo vecino de Arequepa, de los primeros conquistadores, á quien Francisco de Carvajal, maese de campo de Gonzalo Pizarro, por las obligaciones que le tenia le hizo la amistad que atrás contamos. El qual llevaba una celada borgoñona, calada la visera, y con el mucho polvo de los que huian y seguian, y con el mucho calor que en aquellos valles y su region perpetuamente hace, le faltó el aliento; y no acertando á alzar la visera, por la priesa y temor de los enemigos, se ahogó dentro en la celada, que lastimó á los que le conocian, porque era un hombre de mucha estima, y de mucha bondad, como

la usó con Francisco de Carvajal, con su muger y familia, viéndolos desamparados en la plaza de Arequepa sin posada ni quien se la diese. Los enemigos llamaron á recoger, porque sintieron, que aunque iban victoriosos, iban perdiendo de su gente, porque vieron que mucha de ella á vueltas de los que huian se les iba al rey: con lo qual cesaron de su alcance, y á toda priesa volvieron atras antes que entre ellos hubiese algun motin. Entre los que se le huyeron á Francisco Hernandez aquel dia fue un vecino del Cozco llamado Juan Rodriguez de Villalobos, á quien Francisco Hernandez despues de su levantamiento, por prendarle, casó en el Cozco con una cuñada suya, hermana de su muger; pero no le aprovechó al tirano el parentesco, que con la revuelta de aquel dia se pasó al vando de S. M. Fran-

cisco Hernandez quando lo supo, en satisfaccion de que le hubiese negado, dixo por desden y menosprecio, que votaba á tal que le pesaba mas por una espada que le llevaba que no por su ausencia; y engrandeciendo mas su presuncion dixo, que todos los que no quisiesen seguirle se fuesen libremente á los oidores, que él les daba libertad; que no queria compañia de hombres forzados, sino de amigos voluntarios. Pablo de Meneses, con la priesa que los enemigos le dieron, se apartó de los suyos con otros tres compañeros, y fueron á parar á Chincha, como lo dice el Palentino, capitulo 38, por estas palabras: Viendo Pablo de Meneses perdida su gente, y que iban huyendo á rienda suelta, desvióse del camino, y fue por léganos de arena al rio de Pisco, con otros tres que le si-

guieron, y de allí se fue á Chincha, &c.

Hasta aquí es de aquel autor. Los enemigos á la vuelta de su alcance fueron recogiendo quanto por el camino hallaron, que los leales, por aligerar sus caballos y mulas, habian echado de sí quanto llevaban, hasta las capas, capotes y armas, como hacen los navegantes quando temen anegarse con la tormenta. Tal la llevaban estos capitanes y soldados reales, que en un punto se hallaban poderosos para destruir y arruinar al tirano, y en aquel mismo punto iban huyendo de él, como acaeció en esta jornada. Ofreceseme contar un caso que acaeció en ella, que porque semejantes cosas se hallan pocas en el mundo, se me dará licencia que la diga, que fue la lealtad de un caballo que yo conocí. En aquel trance de armas se ha-

lló un caballero de la parte de S. M., vecino del Cozco, de los primeros conquistadores de aquel imperio, que se decia Juan Julio de Ojeda, el que entre otros caballos suyos, tenia uno bayo de cabos negros: hallóse en él aquel dia del alcance de Villacori. Yendo huyendo todos á rienda suelta, como lo ha dicho el Palentino, Juan Julio de Hojeda cayó de su caballo, el qual, viéndole caido, aunque iba corriendo entre mas de otras trescientas cabalgaduras paró, que no se meneó hasta que su dueño se levantó, subió en él, y escapó con la vida por la lealtad del caballo: lo qual se tuvo á mucho por ser cosa tan rara. Otro paso casi al propio ví yo, que este mismo caballo hizo en la ciudad del Cozco; y fue, que acabada esta guerra, exercitándose los caballeros de aquella ciudad en su

gineta, que por lo menos habia cada Domingo carrera pública, un dia de aquellos, yendo á correr un condiscípulo mio, mestizo, llamado Pedro de Altamirano, hijo de Antonio Altamirano, conquistador de los primeros, vió á una ventana á mano izquierda de como él iba una moza hermosa, que vivia en las casas que fueron de Alonso de Mesa, con cuya vista se olvidó de la carrera que iba á dar; y aunque habia pasado del derecho de la ventana, volvió dos y tres veces el rostro á ver la hermosa. A la tercera vez que lo hizo, el caballo, viéndose ya en el puesto de donde partian á correr, sintiendo que el caballero se rodeaba, para apercebirle, yllamarle á la carrera, revolvió con grandísima furia para correr su carrera. El caballero que tenia mas atencion en mirar la hermosa que

en correr su caballo, salió por el lado derecho de él, y cayo en el suelo. El caballo, viéndole caido, aunque habia partido con la furia que hemos dicho, y llevaba puesto su pretal de cascabeles, paró sin menearse á parte alguna. El galan se levantó del suelo, subió en su caballo, y corrió su carrera con harto empacho de los presentes. Todo lo qual ví yo desde el corredorcillo de las casas de Garcilaso de la Vega, mi señor: y con este segundo hecho del caballo se certificó el primero, para que lo creyesemos los que entonces no lo vimos. Y con esto volverémos al exército de los oidores, donde hubo mucha pasion, pesadumbre y novedades de cargos y oficios, como luego se verá.

CAPÍTULO XVII.

Deponen los oidores á los dos generales. Francisco Hernandez llega á Nanasca. Una espía doble le da aviso de muchas novedades. El tirano compone un exército de negros.

En el campo de S. M., entre los dos generales, habia mucha contradiccion y division, tanto, que públicamente lo murmuraban y blasfemaban los capitanes y soldados, de ver huir el uno del otro en todas ocasiones y provisiones. Sabida la murmuracion por los generales, comieron un dia ambos juntos, por intercesion de muchos hombres principales que traxeron al licenciado y oidor Santillan de dos leguas de allí, que estaba en otro pueblo retirado aparte: y de que

comiesen juntos y hubiese amistad entre ellos, dice el Palentino, cap. 39., que el campo recibió mucho contento, &c. Luego aquel mismo dia, ya tarde, llegó la nueva al campo del desbarate y alcance de Villacori, de que se admiraron todos, porque entendian, segun las nuevas que por horas tenian, que Pablo de Meneses hacia ventaja al enemigo. Los oidores, capitanes y los demas consejeros se alteraron mucho de la pérdida de Pablo de Meneses; y vieron por experiencia que la division y contradicion de los generales habia causado aquella pérdida de la reputacion del exército imperial: que el daño no se debia estimar en nada, porque en la gente antes ganaron que perdieron con los que del tirano se le pasaron; pero encarecian mucho, como es razon, el menoscabo de la reputacion y au-

toridad del exército real. Por lo qual, juntándose todos, acordaron deponer por provision real á los dos generales, y que Pablo de Meneses hiciese el oficio de capitan general, y Don Pedro Portocarrero fuese maese de campo. Lo qual tambien se murmuró y blasfemó en todo el campo, diciendo que á un ministro que habia perdido una jornada como aquella, en lugar de le castigar y descomponer, le aumentasen en honra y provecho, subiéndole de maese de campo á general, en lugar de bajarle hasta el menor soldado del campo. Notificáronse las provisiones del audiencia á los generales, en los quales hubo alteracion y no poca; mas ellos se apaciguaron, y pasaron por lo proveido. Mandóse que siguiesen al tirano á la ligera con ochocientos hombres. Mas en esto tambien hubo diferencia como en lo

pasado, de manera que no salieron de aquel puesto en aquellos tres dias primeros; y porque el licenciado Santillan se volvia á los Reyes, sus parientes y amigos, que eran muchos, le acompañaron en gran número, que eran cerca de ciento y cincuenta personas. No faltó entonces uno de sus amigos, que le avisó que no los llevase consigo, porque causaria escándalo, y dirian sus émulos y contrarios que caminaba como hombre temeroso de ellos, ó que pretendia rebelarse; por lo qual el licenciado Santillan despidió sus parientes y amigos, y les rogó fuesen al exército á servir á S. M., que aquello era lo que convenia; y así se fue á la ciudad con no mas compaña que la de sus criados.

En estos dias estaba Francisco Hernandez en Nanasca, sesenta leguas de los Reyes, donde llegó sin

pesadumbre alguna; porque con la confusion que en el campo de S.M. habia, le dexaron caminar en paz sin pesadumbre; y para su mayor contento ordenó el enemigo, que un sargento de los del rey, que habia sido soldado de los de la entrada de Diego de Roxas, se ofrecio de suyo á ir en hábito de Indio al campo de Francisco Hernandez, saber lo que en él habia y volver con la nueva de todo ello. Los oidores fiaron del soldado, y le dieron licencia para que hiciese su viage. El qual lo hizo como espía doble, porque se fue á Francisco Hernandez, y le dixo que habia hecho aquel trato doble por venirse á su exército, porque en el campo del rey habia tanta discordia entre los superiores, y tanto descontento entre los soldados, y ninguna gana de pelear, que se entendia por cosa cierta que se ha-

bian de perder todos, y que él queria asegurar su persona; y por tanto se venia á servirle.

Con esto le dixo, que los oidores estaban tristes y confusos, porque tenian nuevas que la ciudad de San Miguel de Piura se habia revelado contra S. M. en favor de Francisco Hernandez Giron; que del Nuevo Reyno venia otro capitan llamado Pedro de Orsua con mucha gente á lo mismo; y que el reyno de Quitu estaba alzado por Francisco Hernandez: de todo lo qual él y toda su gente se holgaron muy mucho, y lo publicaron á pregones, como si fueran grandes verdades. Asimismo le dixo, que los oidores tenian nueva que el mariscal venia de los Charcas con un exército muy lucido y poderoso de mas de mil y doscientos hombres; pero esto se calló, y mandó á la espía doble, que di-

xese que no traian mas de seiscientos hombres, porque los suyos no se acobardasen y perdiesen el ánimo. Juntamente con esto se descubrió, que un Indio del campo de los oidores traia cartas y recaudos para un soldado de Francisco Hernandez. Prendieron al Indio y al soldado, y los ahorcaron á ambos, aunque el soldado no confesó en dos tormentos que le dieron; pero despues de muerto le hallaron al cuello una nómina, y dentro un perdon de los oidores para Tomas Vazquez. El perdon publicó luego Francisco Hernandez, añadiendo grandes dádivas y mercedes de repartimientos de Indios, que en nombre de los oidores prometia á quien lo matase á él y á otros personages de su campo. En este viage, antes del rompimiento de Villacori, hizo Francisco Hernandez una compañía de negros de mas de

ciento y cincuenta de los esclavos que prendieron y tomaron en los pueblos, posesiones y heredades que saquearon. Despues adelante, siguiendo su tiranía, tuvo Francisco Hernandez mas de trescientos soldados etiópes, y para mas honrarlos y darles ánimo y atrevimiento, hizo de ellos exército formado; dióles un capitan general, que yo conocí, que se decia maese Juan: era lindísimo oficial de carpintería: fue esclavo de Antonio Altamirano, ya otras veces nombrado. El maese de campo se llamaba maese Antonio, á quien en la de Villacori rindió las armas un soldado de los muy principales del campo del rey, que yo conocí; pero no es bien que digamos su nombre, aunque la fama del maese de campo que se las quitó, llegó hasta España, y obligó á un caballero que en Indias habia conocido al soldado,

y habia sido su amigo, á que le enviase una espada y una daga muy dorada; pero fue mas por vituperar su cobardía que por la amistad pasada; de todo lo qual se hablaba muy largamente en el Perú despues de aquella guerra de Francisco Hernandez. Sin los oficiales mayores, les nombró capitanes, y les mandó que nombrasen alferez, sargentos y cabos de esquadra, pífanos y atambores, y que hiciesen banderas. Todo lo qual hicieron los negros muy cumplidamente, y de los del campo del rey se huyeron muchos al tirano, viendo á sus parientes tan honrados como los traia Francisco Hernandez, y fueron contra sus amos en toda la guerra. De estos soldados se sirvió el tirano muy largamente, que los enviaba con cabos de esquadra españoles á recoger bastimentos; y los Indios,

por no padecer las crueldades que con ellos hacian, se lo daban, quitándoselo á sí propios, y á sus mugeres é hijos, de que adelante se causó mucha necesidad y hambre entre ellos.

CAP. XVIII.

El mariscal elige capitanes para su exército. Llega al Cozco. Sale en busca de Francisco Hernandez. Desgraciada muerte del capitan Diego de Almendras.

Entre tanto que en el Cozco, en Rimac y en Villacori sucedieron las cosas que se han referido, el mariscal Alonso de Alvarado, que estaba en el reyno y provincias de los Charcas, no estaba ocioso; antes, como atras se ha dicho, entendia en llamar gente al servicio de S. M., y prevenirse de picas, ar-

cabuces y otras armas, municion de pólvora, bastimento y cabalgaduras para proveer de ellas á los soldados. Nombró capitanes y oficiales que le ayudasen en las cosas dichas. Eligió por maese de campo á un caballero cuñado suyo que se decia Don Martin de Avendaño, por alferez general á un valeroso soldado llamado Diego de Porras y por sargento mayor á Diego de Villavicencio, que tambien lo fue del presidente Gasca contra Gonzalo Pizarro. Nombró por capitanes de caballo dos vecinos de los Charcas, que son Pedro Hernandez Paniagua, Juan Ortiz de Zarate y otro caballero nobilísimo de sangre y condicion llamado Don Gabriel de Guzman. Estos tres fueron capitanes de caballo. Al licenciado Gomez Hernandez nombró por auditor de su campo, y á Juan de Riba Martin por algua-

cil mayor. Eligió seis capitanes de infanteria, los tres fueron vecinos, que son el licenciado Polo, Diego de Almendras y Martin de Alarcon. Los no vecinos fueron Hernando Alvarez de Toledo, Juan Ramon y Juan de Arreynaga. Los quales todos entendieron en hacer sus oficios con mucha diligencia: de manera que en muy pocos dias se halló el mariscal con cerca de ochocientos hombres, de los quales, dice el Palentino lo que se sigue, cap. 41.

Halláronse setecientos setenta y cinco hombres de la mas buena y lucida gente, asi de buenos soldados, armas y ricos vestidos y de mucho servicio, que jamas se vió en el Perú Que cierto mostraron bien baxar de la parte de aquel cerro, que de otro mas rico que él, en el mundo no se tenia noticia &c. Hasta aquí es del Palentino, el

qual lo dice muy bien, porque yo los ví pocos dias despues en el Cozco, é iban tan bravos y tan bien aderezados como aquel autor lo dice. El mariscal, viéndose tan poderoso de gente, armas y de lo demas necesario para su exército, caminó hácia el Cozco. Por el camino le salian al encuentro los soldados, que se juntaban para servir á S. M. de diez en diez, y de veinte en veinte como acertaban á hallarse. Y de Arequepa, con haber pasado aquella ciudad los trabajos referidos, vinieron cerca de quarenta soldados. Sancho Dugarte y el capitan Martin de Olmos, que estaban en la ciudad de la Paz, salieron á recibir al mariscal con mas de doscientos buenos soldados que habian recogido, donde hubo mucha salva de arcabuces de una parte y otra, y mucho placer y regocijo que sintieron de verse

juntos y tan lucidos. El exército pasó adelante hasta llegar á la jurisdiccion de la gran ciudad del Cozco, donde halló al capitan Juan de Saavedra con su quadrilla, que aunque pequeña en número, grande en valor y autoridad, que no pasaban de ochenta y cinco hombres, y entre ellos iban trece ó catorce vecinos del Cozco, todos de los primeros y segundos conquistadores de aquel imperio, los sesenta de caballo, y los demas infantes, con los quales holgó el mariscal muy mucho; y mas quando supo quienes y quantos eran los vecinos del Cozco que huyeron del tirano, y se fueron á los Reyes á servir á S. M. Con lo qual se alentó mucho el mariscal, considerando quan desvalido andaria Francisco Hernandez Giron, viéndose desamparado de los que él pensaba tener por suyos; y

así caminó el mariscal con mas aliento hasta entrar en la ciudad del Cozco con mas de mil y doscientos soldados, los trescientos de caballo, otros trescientos y cincuenta arcabuceros, y los quinientos y cincuenta con picas y alabardas. Entró cada compañía en forma de esquadron de cinco en hilera, y en la plaza se hizo un esquadron grande de todos ellos, donde escaramuzaron infantes y caballeros, y de todos hubo mucha fiesta y regocijo, y los aposentaron en la ciudad. El obispo del Cozco, Don Fray Juan Solano, con todo su cabildo salió á recibir al mariscal, á su exército, y les echó su bendicion; pero escarmentado de las jornadas que con Diego Centeno anduvo, no quiso seguir la guerra, sino quedarse en su iglesia rogando á Dios por todos. De la ciudad del Cozco envió el ma-

riscal á mandar que se hiciesen las puentes del rio Aparimac y Amancay, con determinacion de ir á buscar á Francisco Hernandez, que no sabia donde estaba, ni qué se habia hecho de él. En esta coyuntura le llegó aviso de la audiencia con el mal suceso de Pablo de Meneses en Villacori, y como quedaba el tirano en el valle de Nanasca; con lo qual mudó propósito en su viage, que determinó volver para atras á atajar á Francisco Hernandez, porque no se le fuese por la costa adelante hasta Arequepa, y de allí á los Charcas, que fuera causa de mucho daño á toda la tierra, y la guerra se alargara por largo tiempo. Así salió del Cozco, habiendo mandado que las puentes hechas se quemasen, porque si el enemigo volviese al Cozco, no pasase por ellas; y él fue hácia el Collao, y habiendo caminado ca-

torce ó quince leguas por el camino real, echó á mano derecha de como iba, para ponerse á la mira de Francisco Hernandez, y ver por donde salia de Nanasca, para salirle al encuentro; y no teniendo nueva de él, caminó hácia Parihuanacocha, aunque para llegar allá, habia de pasar un despoblado muy áspero, de mas de treinta leguas de travesía. En este camino se le huyeron quatro soldados, y se fueron á Francisco Hernandez, llevaron hurtadas dos buenas mulas, la una de Gabriel de Pernia, y la otra de Pedro Franco, dos soldados famosos. El mariscal, habiendo sabido cuyas eran las mulas, mandó dar garrote á sus dueños, con sospecha de que ellos se las hubiesen dado, de lo qual se alteró el exército, y blasfemaban del mariscal por ello, y fue juzgado por hecho y justicia

cruel, como lo dice el Palentino, cap. 41. Los quatro soldados que se huyeron toparon con los corredores de Francisco Hernandez Giron, y se fueron con ellos hasta Nanasca, y en secreto dieron cuenta de la pujanza con que el mariscal iba á buscarle, y que iba camino de Parihuanacocha; mas en público por no los desanimar dixeron, que traia muy poca gente, empero Francisco Hernandez desengañó á los suyos, como lo dice el Palentino por estas palabras: Señores, no os engañen, que yo os prometo que nos cumple apretar bien los puños, que mil hombres teneis por el lado de abaxo, y mil y doscientos por el de arriba, y con la ayuda de Dios todos serán pocos: que yo espero en él, si cien amigos no me faltan, desbaratallos á todos. Luego mandó aparejar su gente para la parti-

da, y á 8 de Mayo partió de la Nanasca para los Lucanos por el camino de la sierra, con intento de tomar á Parihuanacocha primero que el mariscal, &c.

Hasta aquí es de Diego Hernandez, cap. 41. El mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo su camino, entró en el despoblado de Parihuanacocha, donde por la aspereza de la tierra, é inclemencias del cielo se le murieron mas de sesenta caballos, de los mejores y mas regalados del exército que yendo caminando, llevándolos de diestro, bien cubiertos con sus mantas, se caian muertos, sin que los albeytares atinasan á saber, qué era la causa. Decian que les falta el anhelito, de que todos iban admirados, y los Indios tomaron por mal agüero. Diego Hernandez en este paso dice lo que se sigue, cap. 42: Llegado que fué el ma-

riscal á los Chumbibilcas, y hubo proveido su campo de lo necesario, tomó el despoblado de Parihuanacocha, que son treinta y dos leguas de sierras, cienegas, nieves y caminos tan ásperos y malos, y de tantas quebradas, que muchos caballos perecieron de frio, por ser en aquella tierra por entonces el riñon del invierno, y se padeció grande hambre, &c.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado á la letra, como ha sido y será todo lo que alegaremos de los historiadores españoles. El mariscal dexó enfermo de fluxo de vientre en Parihuanacocha al capitan Sancho Dugarte, donde falleció en pocos dias. Siguiendo su viage el exército, sus corredores prendieron un corredor de los de Francisco Hernandez, y se lo llevaron al mariscal; y porque no lo mandase matar, le dixeron que

se habia venido á ellos por servir á S. M. De este prisionero supo el mariscal, que Francisco Hernandez estaba menos de veinte leguas de aquel puesto. El mariscal mandó á los suyos que caminasen con todo recato, porque los enemigos no se atreviesen á darles alguna trasnochada. Dos jornadas de Parihuanacocha, caminando el exército real, dieron una arma bravísima; y fue, que el capitan Diego de Almendras, caminando con el campo, solia apartarse de él á tirar por aquellos campos á los animales bravos que hay por aquellos desiertos. Topóse entre unas peñas con un negro del sargento mayor Villavicencio, que andaba huido: quisole atar las manos para llevárselo á su amo. El negro se estuvo quedo por descuidar á Diego de Almendras, y quando lo vio cerca de sí, con la mecha en

la mano, se abaxó al suelo, y le asió de ambas piernas por lo baxo de ellas; con la cabeza le rempujó para adelante, le hizo caer de espaldas, y con su propia daga y espada le dió tantas heridas que le dexó casi muerto; y el negro se huyó y pasó á los parientes que andaban con Francisco Hernandez, y les contó la hazaña que dexaba hecha, de que todos ellos se jactaban como si cada uno la hubiera hecho. Un mestizo mozuelo que iba con Diego de Almendras, viendo á su amo caido en el suelo, y que el negro lo maltrataba, asió de él por las espaldas con deseo de librar á su señor. El qual, viéndose ya herido de muerte, dixo al mozo, que se huyese antes que el negro lo matase: así lo hizo, y los gritos que fue dando causaron el arma y alboroto que hemos dicho. Al capitan Diego de Almendras

llevaron á Parihuanacocha, que no le sirvió mas que de apresurarle la muerte, donde en llegando falleció luego el pobre caballero, por querer cazar un negro ageno, cuya desgracia Indios y Españoles tomaron por mal agüero para su jornada.

CAPÍTULO XIX.

El mariscal tiene aviso del enemigo. Envia gente contra él. Armase una escaramuza entre los dos vandos. El parecer de todos los del rey es que no se dé batalla al tirano.

Otro dia siguiente á la desgracia del capitan Diego de Almendras, el mariscal Alonso de Alvarado, sabiendo que estaban cerca los enemigos, caminó ocho leguas con su exército en demanda de ellos; por-

que iba muy á la ligera, que á la partida mandó que nadie llevase mas que sus armas, y de comer para tres dias. Caminaron, como lo dice el Palentino, por un despoblado muy perverso de cienagas y nieves. Aquella noche durmieron sin algun reparo de tiendas ni toldos: otro dia siguiente anduvo otras ocho leguas. Llegó con grande trabajo de la gente á Guallaripa, donde tuvo nueva que Francisco Hernandez habia pasado tres dias habia, y que estaba en Chuquinga, quatro leguas de allí, reformando su campo; que por causa del áspero camino y despoblado habia asimismo traidole muy fatigado. Luego llegó al mariscal el comendador Romero, y Garcia de Melo, con mil Indios de guerra cargados de comida, y algunas picas de la provincia de Andaguaylas. Y tuvose larga relacion de

Francisco Hernandez, y de como habia dado garrote á Diego de Orihuela, natural de Salamanca, porque venia al campo del mariscal á servir á S. M.

Hasta aquí es del Palentino. El mariscal, sabiendo que los enemigos estaban tan cerca, con el deseo que llevaba de verse con ellos, determinó enviar dos capitanes con ciento y cincuenta arcabuceros escogidos, á que la madrugada siguiente le diesen una arma, y recogiesen los que se quisiesen pasar al servicio del rey. Los capitanes y los vecinos que entraban en consulta, que sabian quan fuerte era el sitio que Francisco Hernandez tenia, se lo contradixeron, dándole razones muy bastantes, que no se debia acometer el enemigo en el fuerte, porque estaba tan seguro, que muy al descubierto iba perdido el que le acometiese: y

que no era bien aventurar ciento y cincuenta arcabuceros, los mejores del campo: que perdidos aquellos era perdido todo el exército. El mariscal replicó diciendo, que él iria con todo el campo á las espaldas de ellos dándoles calor, porque el enemigo no les ofendiese. Y así resolutamente pidió á los capitanes la copia de sus compañias para escoger los ciento cincuenta arcabuceros, y mandó que el maese de campo, y el capitan Juan Ramon fuesen con ellos, y llegasen lo mas cerca que pudiesen del enemigo. Los capitanes salieron con los ciento cincuenta arcabuceros á las doce de la noche, y el mariscal salió con todo el campo tres horas despues, y todos caminaron en busca de Francisco Hernandez. El qual, sabiendo que tenia tan cerca un enemigo tan riguroso, estaba con cuidado de que no

le tomase desapercibido; y así estaba siempre en esquadron, guardados los pasos por donde podian entrarle, que no eran mas de dos, que todo lo demas, segun era el fuerte, estaba muy seguro.

Antes de amanecer llegaron los del rey donde el enemigo estaba, y procuraron acercarsele lo mas que pudiesen sin que lo sintiesen los contrarios, que estaban de la otra parte del rio Amancay. Estando así quietos, los descubrió un Indio de los de Francisco Hernandez, que dió aviso á su amo, que los enemigos estaban cerca. Francisco Hernandez mandó tocar arma á toda priesa, y puso gente donde le convenia para si le acometiesen. De la una parte y de la otra se saludaron con muchos arcabuzazos sin ningun daño, porque estaban lejos los unos de los otros. A las nueve del dia asomó

el mariscal con su exército á vista de Francisco Hernandez; y como los suyos le vieron, trabaron la escaramuza con los enemigos con mas presuncion y soberbia que buena milicia. Los enemigos, habiendo mirado despacio el sitio que tenian, habian visto donde y como se habian de poner si sus contrarios los acometiesen. En aquel sitio donde los unos y los otros estaban no hay llano alguno, sino muchos riscos, y mucha arboleda, peñas grandes y barrancas altas, por donde pasa el rio Amancay. Los de Francisco Hernandez se pusieron derramados y cubiertos con los arboles. Los del mariscal baxaron muy lozanos por una cuesta abaxo á trabar la escaramuza; y llegados á tiro de arcabuz, por señalarse mas dixeron quienes eran y como se llamaban.

El alferez de Juan Ramon, que

se decia Gonzalo de Mata, dió grandes voces poniéndose cerca de los enemigos, y dixo: yo soy Mata: yo soy Mata. Uno de ellos, que estaba encubierto, viéndole á buen tiro dixo: yo te mato, yo te mato; le dió un arcabuzazo en los pechos, y lo derribó muerto en tierra. Lo mismo les acaeció á otros, que sin ver quien les ofendia se hallaron muertos y heridos; y aunque el mariscal envió gente y capitanes á reforzar la escaramuza, y ella duró hasta las tres de la tarde, no ganaron los suyos nada en la pelea; porque salieron entre muertos y heridos mas de quarenta personas de los mas principales que escogieron para dar esta arma. Entre ellos fue un caballero mozo de 18 años que se decia Don Felipe Enriquez: hizo mucha lastima al un exército y al otro. Salió herido el capitan Arreynaga.

Con tanto daño como en la escaramuza recibieron los del rey, perdieron parte de la brabata que traian consigo. Durante la pelea se huyeron dos soldados de los de Francisco Hernandez, el uno se llamaba Sancho de Bayona, y se pasaron al mariscal; y de la parte del mariscal se pasó á Francisco Hernandez aquel soldado llamado Fulano de Bilbao, de quien atras hicimos mencion, que prometió de pasarse á Francisco Hernandez donde quiera que le viese.

Retirada la gente de la escaramuza, sucedió lo que se sigue, como lo dice el Palentino, cap. 44. por estas palabras: El mariscal platicó luego con Lorenzo de Aldana, Gomez de Alvarado, Diego Maldonado, Gomez de Solís y con otras personas principales de su campo lo que se debia hacer. Y mostró tener gran voluntad de aco-

meter al tirano, porque Bayona, el soldado que se pasó de Francisco Hernandez, le habia dicho que sin duda Francisco Hernandez huiria. Lo qual referido por el mariscal, Lorenzo de Aldana y Diego Maldonado le tomaron aparte, y le persuadieron á que no diese batalla, rogándole mucho tuviese sufrimiento, pues tenia tan conocidas ventajas al tirano, así en la gente, como en la opinion y sitio tan fuerte como el suyo. Y que allende de esto, á él le servian todos los Indios y toda la tierra; y que los enemigos no tenian mas de su fuerte, y que desasosegándolos con Indios que por todas partes les diesen su chaya, los traerian á términos que la hambre y necesidad lo constriñeria á una de dos cosas, ó á salir huyendo del fuerte, á donde facilmente los desbaratase, y él mismo se

desharia, ó á que todos ó la mayor parte de la gente se le pasase sin aventurar un hombre solo de los leales que consigo traía. Y que esto lo podia bien hacer estándose quedo y holgando, solo con tener cuidado de guarda y de buena vela sobre el tirano, principalmente en lo alto de la quebrada, ó punta que salia hasta el rio sobre los dos campos, y que guardando aquel paso estaba muy mas fuerte y seguro que no su contrario. Muy bien pareció á muchos de los principales tal parecer, aunque Martin de Robles, á quien ya el mariscal habia encomendado la compañia de Diego de Almendras, con otros algunos insistian en que se diese batalla. Empero Lorenzo de Aldana insistió tanto en esto, que el mariscal le prometió y dió su palabra de no les dar batalla. Y así con este presupuesto despachó

luego para el campo que los oidores habian hecho, pidiendo algunos tiros pequeños de artilleria y arcabuceros, con intento de ojear de la punta de aquella quebrada los enemigos, para necesitarlos á salir de su fuerte, y fatigarlos de tal manera, que se rindiesen ó le viniesen á las manos.

Hasta aquí es del Palentino, donde muestra bien la mucha gana que el mariscal tenia de dar batalla al tirano, la ninguna que los suyos tenian de que la diese, y las buenas razones que para ello le alegaron, las quales no se guardaron, y así se perdió todo, como luego verémos.

CAPÍTULO XX.

Juan de Piedrahita da un arma al campo del mariscal. Rodrigo de Pineda se pasa al rey: persuade á dar la batalla. Contradicciones que sobre ello hubo. Determinacion del mariscal para darla.

Venida la noche, Juan de Piedrahita salió con tres docenas de arcabuceros á dar arma á los del mariscal; y porque estaban divididos, la dió en tres ó quatro partes sin hacer otro efecto alguno de importancia; y los del mariscal, aunque le respondieron con los arcabuces, porque viese que no dormian, no hicieron caso de él, y así al amanecer se volvió Piedrahita á los suyos sin haber ganado cosa alguna, mas que haber dado ocasion y lugar á que Rodrigo de

Pineda, vecino del Cozco, capitan de caballos que era de Francisco Hernandez, se huyese al mariscal, con achaque de ir á reforzar las armas que Piedrahita andaba dando en diversas partes. Rodrigo de Pineda, como lo dice el Palentino, en el mismo capitulo alegado, habló lo que se sigue.

Llegado que fue, dixo al mariscal, y le certificó que muchos, y la mayor parte de los de Francisco Hernandez se pasarian sino fuese por la mucha guarda que tenian. Y asimismo, que aquella noche huiria, y que el rio se podia facilmente vadear. Luego el mariscal llamó á consulta los vecinos y capitanes, y venidos, el mariscal propuso lo que Rodrigo de Pineda le habia dicho. Por lo qual dixo que estaba determinado de acometer al enemigo, dando algunas razones para ello. Muchos de

la consulta las repugnaron, dando causas bastantes, que no convenia acometerle por ninguna manera en su fuerte. Viendo el mariscal la contradiccion de los principales, dixo á Rodrigo Pineda, que propusiese allí ante todos lo que á él le habia dicho, y lo que sentia de Francisco Hernandez, y de su campo, y lo que creía que Francisco Hernandez queria hacer, y la gente que tenia. Rodrigo Pineda dixo, que la gente que Francisco Hernandez tenia seria hasta trescientos y ochenta hombres, entre ellos doscientos y veinte arcabuceros, y estos desproveidos, algunos contra su voluntad, y que tenia mas de mil cabalgaduras. Y que lo que de Francisco Hernandez entendia era, que si no se le daba batalla, huiria aquella noche, por no tener comida, y tener la gente atemorizada, y que si se huyese y le qui-

siesen seguir, haria mucho daño á los que le siguiesen, por la grande aspereza de la tierra, y malos caminos, de que resultaria gran daño en el reyno: que la gente podia facilmente vadear el rio para pasar á darle la batalla. El mariscal dixo luego, que el queria aquel dia acometerle, por evitar no se le huyese como á los oidores, y porque no hiciese mas daño de lo hecho; pues no le podia seguir despues sin mucho daño. A lo qual le tornaron á replicar diciendo, que les parecia, que estando Francisco Hernandez en el fuerte en que estaba, era mas acertado dexarle huir, porque huyendo se desbarataria á menos daño, y sin aventurar un solo soldado. Empero, no satisfaciendo esto al mariscal, dixo que no era cosa acertada, ni cumplia con la obligacion que él tenia, y que mucho

menos convenia á la honra de tantos caballeros y buenos soldados como allí estaban, que Francisco Hernandez anduviese con la gente que tenia desasosegando, é inquietando el reyno, y robándole. Y que no obstante qualquier inconveniente, él estaba dispuesto y determinado darle batalla. Con esto se salieron descontentos muchos de los principales capitanes del campo del toldo del mariscal, donde la consulta se hacia. Y al salir dixo Gomez de Alvarado muy desabrido: Vamos pues ya, que bien sé que tengo de morir. Hasta aquí es del Palentino, sacado á la letra. Salidos de aquella consulta, volvieron los vecinos del Cozco y de los Charcas, que por todos eran mas de treinta, y entre ellos Lorenzo de Aldana, Juan de Saavedra, Diego Maldonado, Gomez, Alvarado, Pedró Hernandez Pa-

niagua, el licenciado Polo, Juan Ortiz de Zarate, Alonso de Loaisa, el Fator Juan de Salas, Martin de Meneses, Garcia de Melo, Juan de Berrio, Anton Ruiz de Guevara, Gonzalo de Soto, Diego de Truxillo, que todos eran de los ganadores del Perú: los quales hablaron á parte al mariscal Alonso de Alvarado, y le suplicaron diciendo se reportase en la determinacion de la batalla; mirase que el sitio del enemigo era fortisimo, y que el suyo no lo era menos para asegurarse del contrario; que advirtiese que el mismo Rodrigo de Pineda decia, que Francisco Hernandez carecia de bastimento, por lo qual la hambre los habia de echar del fuerte dentro de tres dias; que esperase aquellos si quiera, que conforme á las ocasiones se podian aconsejar mejor; que al enemigo tenian delante; que quan-

do huyese, no habia de ir volando por los ayres, sino por tierra, como ellos siguiéndole, y que con mandar á los Indios que les cortasen los caminos, pues eran tan dificultosos, los atajaban para que no se fuesen; y que acometer al enemigo en lugar tan fuerte, demas de aventurar á perder el juego, pues en las batallas no habia cosa cierta ni segura, era enviar sus capitanes y soldados al matadero, para que el enemigo los degollase todos con sus arcabuces; que mirase bien las ventajas que á su enemigo tenia, pues le sobraba lo que al contrario le faltaba de bastimento, de servicio de Indios, y de todo lo demas necesario para estarse quedos; y que la victoria se debia alcanzar sin daño de los suyos, principalmente teniendo al contrario tan sujeto y rendido como estaba; que no era

bien aventurar á perder lo que tenian tan ganado. El mariscal, no acordándose de que en aquel mismo rio, como atrás se dixo, perdió otra batalla semejante á ésta, respondió con cólera diciendo, que él lo tenia bien mirado todo, y que su oficio le obligaba á ello; que no era razon ni decente á la reputacion suya y de todos ellos que aquellos tiranillos anduviesen tan desvergonzados, dándoles arma cada noche, con que lo tenian muy enojado, y que él estaba determinado darles batalla aquel dia: que atrueque de que le matasen trescientos hombres, los queria tener hechos quartos antes que el sol se pusiese; que no le hablasen mas en excusar y prohibir la batalla, sino que se fuesen luego apresta rse para ella, que se lo mandaba como su capitan general, so pena de darlos por traidores.

Con esta resolucion se acabó la consulta; y los vecinos salieron de ella bien enfadados, y algunos de ellos dixeron, que como los soldados no eran sus hijos, parientes ni amigos, ni le costaba nada, los queria poner al terrero para que el enemigo los matase; y que la desgracia y desdicha de ellos les habia dado capitan general tan apasionado y melancólico, que la victoria que tenia en las manos, sin proposito alguno, y sin necesidad que le forzase, se la queria dar al enemigo á costa de todos ellos: sin esto dixeron otras muchas cosas, pronosticando su mal y daño, como sucedió dentro de seis horas. Con la desesperacion dicha se apercibieron para la batalla los vecinos, capitanes y soldados mas bien considerados; otros hubo que les parecia que llevarian á los enemigos en las uñas, pues no llegaban á

quatrocientos hombres, ni á trescientos y cincuenta, y ellos pasaban de mil doscientos; pero no miraban el sitio del enemigo, ni las dificultades que habian de pasar para acometerle y llegar á vencerle: que era un rio caudaloso, y tantos andenes, estrechuras y malos pasos como el enemigo tenia por delante en su defensa. Por las quales dificultades, los de á caballo de la parte del mariscal eran inutiles, porque no podian, ni habia por donde acometer al enemigo, que los arcabuces eran los que habian de hacer el hecho, y los enemigos los traian muchos y muy buenos, y ellos eran grandes tiradores, que presumian matar páxaros con una pelota; y entre ellos habia algunos mestizos, particularmente un Fulano Granado, de tierra de México, que era maestro de todos ellos para enseñarles á tirar

de mampuesto, ó sobre brazo, ó como quiera que se hallasen. Sin esto habia sospecha, y casi certidumbre que Francisco Hernandez echaba alguna manera de tósigo en la pólvora que hacia, porque los cirujanos decian que las heridas de arcabuz, como no fuesen mortales, sanaban con mas facilidad y en menos tiempo que las que hacian las otras armas, como lanza, ó espada, pica ó partesana; pero que las que los enemigos presentes hacian con arcabuces eran incurables por pequeñas que fuesen; y que aquello lo causaba la maldad y tósigo de la pólvora. Con todas estas dificultades salieron á la batalla, que á muchos de ellos costó la vida.

CAPÍTULO XXI.

El mariscal ordena su gente para dar la batalla. Francisco Hernandez hace lo mismo para defenderse. Lances que hubo en la pelea. Muerte de muchos hombres principales.

Poco antes de mediodia era quando el mariscal mandó tocar arma; y habiéndose recogido toda la gente á sus compañias, mandó al capitan Martin de Robles, que con la suya de arcabuceros, pasando el rio, se pusiese á la parte siniestra del enemigo para acometerle por aquella vanda, y á los capitanes Martin de Olmos, y Juan Ramon les mandó, que asimismo pasando el rio se pusiesen á la mano derecha del contrario, para acometerle juntamente con Martin de Robles;

y á los unos y á los otros que no acometiesen sino á la par, y que fuese quando oyesen una trompeta que les daba por señal para la arremetida. Dióles esta órden, porque el enemigo acometido por dos partes, se divertiese á la una vanda y á la otra para defenderse, y tuviese menos fuerza para ofenderles. Demas de esto mandó, que la demas infantería y los caballos todos baxasen por una senda muy estrecha, que no habia otro camino para baxar al rio; y que habiéndolo pasado, armasen su esquadron en un llano pequeño que estaba cerca de los enemigos, y de allí los acometiesen á toda furia. Con esta órden salieron todos á la batalla. Francisco Hernandez Giron, que de su puesto miraba el órden que sus enemigos llevaban, que parecia le habian de acometer por tres partes, dixo á los

suyos : Ea señores , que hoy nos conviene vencer ó morir ; porque los enemigos vienen ya á buscarnos con mucha furia. Un soldado práctico y de mucha experiencia , que Francisco Hernandez y los suyos llamaban el coronel Villalva , por esforzar á su general y á los demas sus compañeros , que le pareció que estaban algo tibios , les dixo, como lo refiere el Palentino , que no tuviesen temor alguno , porque el mariscal por ninguna via podia traer órden; que al pasar del rio forzosamente se habian de desbaratar , y que por esto y por la aspereza de la tierra se habia de quebrar su órden : quanto mas que ellos venian por diversas partes repartidos, y que el fuerte donde estaban , era tal que podia muy bien esperar , ofender y defender aunque fuese á diez mil hombres, y que todos se perderian si le acometie-

sen. Con esto que dixo Villalva, Francisco Hernandez y toda su gente se regocijó, &c. Lo que el coronel Villalva dixo sucedió sin faltar punto. Francisco Hernandez puso parte de sus arcabuceros y todos los piqueros en un anden en forma de esquadron, y por capitanes á Juan de Piedrahita, y á Sotelo, para que tuviesen cuidado de acudir á la defensa, divididos, ó ambos juntos, como viesen la necesidad. Otra gran vanda de mas de cien arcabuceros puso derramados de quatro en quatro, y de seis en seis por los andenes y peñascales, barrancas y arboledas que habia á la orilla del rio, porque no habia sitio para formar esquadron, y los enemigos habian de venir sueltos de uno en uno, y les podian tirar de mampuesto sin ser ofendidos, como ello pasó. Martin de Robles con su compa-

ñía de arcabuceros pasó el rio; é imaginándose vencedor, segun estimaba en poco al enemigo, porque no participase otro alguno de la honra de la victoria, le acometió con tanta priesa, que aun no aguardó á que todos sus soldados pasasen el rio, sino que empezó la batalla con los que lo habian pasado, y el agua á los que iban por ella les daba á la cintura y á los pechos, y á muchos que no se apercibieron les mojó la pólvora en los frascos: los mas diligentes la llevaban en las manos, alzándolas sobre la cabeza con los arcabuces juntamente. El capitan Piedrahita y sus compañeros, viendo ir á Martin de Robles tan apriesa, y tan sin órden, le salieron al encuentro con grande ánimo, y le dieron una muy buena rociada de arcabuces, y le mataron muchos soldados; de manera que el

capitan y los suyos huyeron hasta volver á pasar el rio, y Piedrahita se volvió á su primer puesto. A este punto llegaban cerca del fuerte de Piedrahita los capitanes Martin de Olmos y Juan Ramon; los quales, viendo que Martin de Robles no habia hecho nada con su arremetida, quisieron ellos ganar lo que el otro habia perdido, y así arremetieron á los enemigos con mucha furia; mas ellos que estaban victoriosos del lance pasado, los recibieron con otra gran rociada de arcabuces; y aunque la pelea duró algun rato, al fin hubo la victoria el capitan Juan de Piedrahita, que los hizo retirar hasta el rio, con muerte y heridas de muchos de ellos, y algunos volvieron á pasar el rio, viendo quan mal los trataba el enemigo. El capitan Juan de Piedrahita, muy ufano de sus dos buenos lances, se volvió á

su puesto, para acudir de allí á donde le conviniese. Entre tanto que al mariscal le sucedieron estas dos desgracias, por no querer Martin de Robles esperar el sonido de la trompeta, ni guardar el órden que se le habia dado, los demas capitanes y soldados reales baxaron al rio, y procuraron pasarlo, aunque con mucho trabajo, porque estaba por allí el agua mas honda que por las otras partes, y les mojaba á los infantes los arcabuces y la pólvora, y los piqueros perdian sus picas. Los arcabuceros de Francisco Hernandez que, como atras diximos, estaban derramados por los andenes, barrancas y peñascales del rio, viendo que sus enemigos lo pasaban con tanto trabajo, les salieron al encuentro, los recibieron con sus arbuces, y mataron muchos de ellos dentro en el mismo rio, que no los

dexaron pasar; porque les tiraban de mampuesto, y les daban con las pelotas donde querian: fueron muchos los muertos y heridos en aquel paso, y en el llano que iban á tomar para plantar su esquadron, que no los dexaron poner en efecto. Los hombres principales que allí murieron fueron Juan de Saavedra, y el sargento mayor Villavicencio, Gomez de Alvarado, el capitan Hernando Alvarez de Toledo, Don Gabriel de Guzman, Diego de Ulloa, Francisco de Barrientos, vecino del Cozco, y Simon Pinto, alferez: todos estos fueron muertos. Salieron heridos los capitanes Martin de Robles, Martin de Alarcon y Gonzalo Silvestre, de quien atras hemos hecho larga mencion, el qual perdió en aquel lance un caballo que le mataron, por el qual dos dias antes le daba Martin de Robles, á quien

el presidente, como atras diximos, dió quarenta mil pesos derenta, doce mil ducados, y él no lo quiso vender, por hallarse en la batalla en un buen caballo. Este paso referimos en el tom. 5. pag. 266. y no nombramos á los susodichos y ahora se ofreció poner aquí sus nombres. Gonzalo Silvestre, con una pierna quebrada, que su caballo se la quebró al caer en el suelo, se escapó de la batalla, porque un Indio suyo que traia otro caballo no tan bueno, le socorrió con él, y le ayudó á subir: fué con él hasta Huamanca y le sirvió en toda esta guerra hasta el fin de ella como propio hijo. Sin los principales que hemos nombrado, que mataron é hirieron los enemigos, mataron mas de otros sesenta soldados famosos, que no llegaron á golpe de espada ni de pica. Estos lances fueron los mas notables que

en aquel rompimiento de la batalla sucedieron, que todo lo demas fue desorden y confusion; de manera, que mucha parte de los soldados del mariscal no quisieron pasar el rio á pelear con los enemigos de miedo de sus arcabuces porque en hecho de verdad, desde la escaramuza que tuvieron el primer dia que se vieron los dos exércitos, quedaron amedrentados los del mariscal de los arcabuces contrarios; y aquel miedo les duró siempre hasta que se perdieron. Un soldado que se decia fulano Perales se pasó á los del mariscal, y les pidió un arcabuz cargado para tirar á Francisco Hernandez, diciendo que le conocia bien, y sabia de qué color andaba vestido. Habiéndosele dado, tiró y mató á Juan Alonso de Badajoz, creyendo que era Francisco Hernandez, porque estaba vestido del mismo

color, y le semejaba en la disposicion de la persona. Loóse en público de haberlo muerto; y despues, quando se reconoció la victoria por Francisco Hernandez, se volvió á él, diciendo que le habian rendido; mas no tardó mucho en pagar su traicion, que pocos dias despues, estando Perales en el Cozco con su maese de Campo el licenciado Diego de Alvarado, Francisco Hernandez, habiendo sabido que Perales se habia loado de haberle muerto, escribió al licenciado Alvarado que lo ahorcase: así se hizo, que yo le ví ahorcado en la picota de aquella ciudad. Volviendo á la batalla decimos, que viendo el capitan Juan de Piedrahita el desorden, confusion y temor que en el campo del mariscal andaba, mandó que los suyos le siguiesen á priesa, y con los arcabuceros que pudieron seguirle, que

fueron menos de cincuenta, salió corriendo de su fuerte, cantando victoria, y disparando sus arcabuces donde quiera que habia junta de veinte ó treinta hombres, mas ó menos, y todos se le rendian hasta darle las armas y la pólvora, que era lo que los enemigos mas habian menester. De esta manera rindió mas de trescientos hombres, los volvió consigo, y los rendidos no osaban apartarse de él, porque otros de los enemigos no los maltratasen.

CAPÍTULO XXII.

Francisco Hernandez alcanza victoria. El mariscal y los suyos huyen de la batalla. Muchos de ellos matan los Indios por los caminos.

El mariscal Don Alonso de Al-

varado, viendo que muchos de los suyos no acudian á la batalla, ni querian pasar el rio, lo volvió él á pasar con deseo de recogerlos y traerlos á la pelea. Empero quanto él mas lo procuraba con voces y gritos, tanto menos le obedecian, y tanto mas huian del enemigo, que era el capitan Juan de Piedrahita, que iba en los alcances en pos de ellos. Algunos amigos del mariscal le dixeron que no se fatigase por recogerlos, que gente que empezaba á huir del enemigo, nunca jamas volvia á la batalla, si no se ofrecia nuevo accidente ó nuevo socorro.

Con esto se alejó el mariscal, y le siguieron los que pudieron, y los demas huyeron por diversas partes, donde les parecia tener mejor guarida. Unos fueron á Arequepa, otros á los Charcas, otros al Pueblo Nuevo, otros á Hua-

manca, otros fueron por la costa á juntarse con el exército de S.M. donde estaban los oidores. Los menos fueron al Cozco, que no fueron mas de siete soldados, de los quales darémos cuenta adelante.

Por aquellos caminos, tantos y tan largos, mataron los Indios muchos Españoles de los que iban huyendo, que como iban sin armas ofensivas, pudieron matarlos sin que hiciesen defensa alguna. Mataron entre ellos á un hijo de Don Pedro de Alvarado, aquel gran caballero que fue al Perú con ochocientos hombres de guerra, de quien dimos larga cuenta en su lugar. Llamábase el hijo Don Diego de Alvarado, que yo conocí, hijo digno de tal padre, cuya muerte tan desgraciada causó mucha lástima á todos los que conocian á su padre. Atreviéronse los Indios á hacer esta insolencia y

maldad, porque los ministros del campo del mariscal, no nombremos á nadie en particular, teniendo la victoria por suya, deseando que no se escapase alguno de los tiranos, mandaron á los Indios que matasen por los caminos todos los que huyesen, y así lo hicieron, que fueron mas de ochenta los muertos. Los que murieron en la batalla y en la escaramuza del primer dia fueron mas de ciento y veinte, y de los que quedaron heridos, que segun el Palentino fueron doscientos ochenta, murieron otros quarenta por mala cura y falta de cirujanos, medicinas y regalos, que en todo hubo mucha mala ventura. De manera que fueron los muertos de la parte del mariscal cerca de doscientos y cincuenta hombres, y de los tiranos no murieron mas que diez y siete. Robaron, como lo dice aquel au-

tor, el campo mas rico que jamas hubo en el Perú, á causa que el mariscal metió en la batalla cien vecinos de los ricos y principales de los de arriba, y muchos soldados que habian gastado á seis y siete mil pesos, y otros á quatro, á tres y á dos mil.

Al principio de esta batalla mandó Francisco Hernandez á su sargento mayor Antonio Carrillo, que con otros ocho ó nueve de caballo guardasen un portillo por donde temia se huirian algunos de los suyos, porque estaba algo lejos de la batalla. Andando la furia de ella mas encendida, llegó á ellos Albertos de Orduña, alferez general de Francisco Hernandez, con el estandarte arrastrando, y les dixo que huyesen, que ya su general era muerto y su campo destruido; con lo qual huyeron todos, y caminaron aquella noche

ocho ó nueve leguas. Otro dia supieron de los Indios que el mariscal era el vencido, y Francisco Hernandez vencedor. Con esta nueva volvieron á su real, con harta vergüenza de su flaqueza; aunque dixeron que habian ido en alcance de muchos del mariscal que huian por aquellas sierras. Empero bien se entendió que ellos eran los huidos; y Francisco Hernandez, por abonarlos dixo, que él les habia mandado que rindiesen y volviesen á los que por aquella parte huyesen. Habida la victoria por Francisco Hernandez, su maese de campo Alvarado, aunque en la batalla no se mostró en nada maese de campo, ni aun soldado de los menores, quiso con la victoria mostrarse bravo y hazañoso; que trayendo los suyos preso un caballero de Zamora, que llamaban el comendador Romero, que quatro

dias antes llegó al campo del mariscal con mil Indios cargados de bastimento, como atras diximos, sabiendo el maese de campo que lo traian, envió á su ministro Alonso Gonzalez, ministro de tales hazañas, con órden que antes que entrase en el real lo matase; porque sabia que Francisco Hernandez le habia de perdonar si intercediesen por él. El verdugo cruel lo hizo como se lo mandó. Luego traxeron otro prisionero ante Francisco Hernandez llamado Pedro Hernandez el Leal, que por haberlo sido tanto en el servicio de S. M. mereció este renombre; porque sirvió con muchas veras en toda la guerra de Gonzalo Pizarro, y fue uno de los que fueron con el capitan Juan Vazquez Coronado, vecino de México, á descubrir las siete Ciudades, de la qual entrada dimos cuenta en nuestra histo-

ria de la Florida, y en aquella jornada sirvió como muy buen soldado; y despues, como se ha dicho, en la de Gonzalo Pizarro, y en la presente contra Francisco Hernandez Giron en el exército del mariscal. Tambien le dieron el apellido Leal, por diferenciarle de otros que se llamaban Pedro Hernandez; como Pedro Hernandez el de la Entrada, de quien poco ha hicimos mencion, que le llamaron así por haber ido á la entrada de Musu con Diego de Roxas, de quien atras se dió larga cuenta. De este Pedro Hernandez el Leal dice el Palentino, que era sastre, y que Francisco Hernandez, despues de haberle perdonado por intercesion de Cristobal de Funes, vecino de Huamanca, le dió una mala reprehension, llamándole bellaco, sastre vil y baxo; y que siendo tal, habia alzado bandera como de

taberna en el Cozco en nombre de S. M. Todo lo qual fue relacion falsa que dieron al autor ; porque yo conocí á Pedro Hernandez el Leal, que todo el tiempo que estuvo en el Perú, fue huesped de mi padre, posaba en su casa, comia y cenaba á su mesa ; porque antes de pasar á las Indias, fue criado muy familiar de la ilustrísima y excelentísima casa de Feria, de la qual por la misericordia divina descendia mi padre de hijo segundo de ella ; y porque Pedro Hernandez habia sido criado de ella y vasallo de aquellos señores, natural de Oliva de Valencia, le hacia mi padre la honra y el trato que si fuera su propio hermano ; y Pedro Hernandez se trataba como hombre noble y muy honrado, que siempre le conocí uno ó dos caballos ; y me acuerdo que uno de ellos se llamaba pajarillo,

por la ligereza de su correr; y con el caballo me acaeció despues de la guerra de Francisco Hernandez un caso estraño, en que N. S. por su misericordia me libró de la muerte. De este hombre tal, dice el Palentino que era sastre: no puedo creer sino que el que le dió la relacion debia de conocer otro del mismo nombre con oficio de sastre; y añadió que alzó bandera en el Cozco contra Francisco Hernandez. No pasó tal, porque en todo aquel tiempo de esta guerra yo no salí de aquella ciudad, y Pedro Hernandez, como lo he dicho, posaba en casa de mi padre; y si algo hubiera de bandera ó de otra cosa lo supiera yo como qualquiera otro, y mejor que el autor; pero cierto que no hubo nada de aquello. El muchacho de quien dimos cuenta en el tom. 2., á quien yo puse la yerba medicinal en el

ojo que tenia enfermo para perderlo, era hijo de este buen soldado, y nació en casa de mi padre: y hoy, que es año de 1611, vive en Oliva de Valencia, tierra de su padre, y se llama Martin Leal; y el excelentísimo Duque de Feria, y el ilustrísimo marques de Villa-Nueva de Barca-Rota le ocupan en su servicio, que quando han menester adestrar caballos ó comprarlos, le envian á buscarlos, porque salió muy buen hombre de á caballo de la gineta, que es la silla con que se ganó aquella nuestra tierra, &c.

Pedro Hernandez el Leal, quando supo el levantamiento de Francisco Hernandez Giron en los Antis, donde trataba y contrataba en la yerba llamada cuca, y administraba una gruesa hacienda de S. M. llamada Tunu, que en aquel distrito tiene de la dicha yerba,

se fue desde allí al campo del mariscal, donde anduvo como leal servidor del rey hasta que le prendieron en la batalla de Chuquinca, y lo presentaron á Francisco Hernandez Giron por prisionero de calidad, por su lealtad y muchos servicios hechos á la magestad imperial. Francisco Hernandez, porque era enemigo de leales, mandó que le matasen luego, y así lo llevaron al campo para matarle. El verdugo le mandó hincarse de rodillas, y le puso la soga al pescuezo para darle garrote. A este tiempo habló un soldado al verdugo, preguntándole cierta cosa: el verdugo, para responderle, volvió el rostro á él, y se puso de espaldas á Pedro Hernandez el Leal: el qual, viéndole ocupado con el soldado, y que no le miraba, se atrevió á levantarse; y aunque era hombre mayor, echó á correr con tanta lige-

reza que no le alcanzára un caballo, porque no iba en ello menos que la vida. Así llegó donde estaba Francisco Hernandez, y se echó á sus pies, abrazándole las piernas, suplicándole hubiese misericordia de él. Lo mismo hicieron todos los que se hallaron presentes, que uno de ellos fue Christobal de Funes, vecino de Huamanca; y entre otras cosas le dixeron, que ya el triste habia tragado la muerte, pues traia la soga al pescueso. Francisco Hernandez, por dar contento á tantos, lo perdonó, aunque contra su voluntad. Esto pasó como lo hemos dicho: y en casa de mi padre despues en sana paz, se refirió vez y veces, unas en presencia de Pedro Hernandez el Leal, y otras en ausencia; y adelante dirémos como se huyó del tirano, y se fue al rey.

CAPÍTULO XXIII.

Escándalo que la pérdida del mariscal causó en el campo de S. M. Provisiones que los oidores hicieron para remedio del daño. Discordia que entre ellos hubo sobre ir ó no con el exército real. Huida de un capitan del tirano á los del rey.

De la misma manera que sucedió el hecho de la batalla de Chuquinca, que Antonio Carrillo, sargento mayor de Francisco Hernandez, y Albertos de Orduña, su alferez general, huyeron, porque se dixo á voces que Francisco Hernandez era muerto en la batalla, y luego á poco rato salió por vencedor de ella, ni mas ni menos llegó al campo de S. M. la nueva del suceso de aquel rompimiento,

que algunos Españoles que estaban en la comarca, teniendo nueva por los Indios que Francisco Hernandez era vencido y muerto, lo escribieron á los oidores á toda diligencia, pidiendo albricias por la buena nueva que les enviaban; mas porque no se diesen las albricias de valde, llegó muy aina la fama verdadera de la pérdida del mariscal y de todos los suyos, la qual causó grandisimo alboroto y escándalo en el exército de S. M., tanto que, sin dar causa ni razon para ello, escribe el Palentino, cap. 46., que consultaron entre los tres oidores de matar al licenciado y oidor Santillan, ó prenderlo y enviarlo á España, y que no se efectuó por la contradicion del doctor Saravia; como si el licenciado Santillan hubiera causado la pérdida de aquella batalla. Y no hay que espantarnos de esto, por-

que la victoria de Francisco Hernandez Giron fue tan en contra de la imaginacion y esperanza de todos los hombres prácticos del Perú, que todos sospecharon, y aun creyeron que los suyos habian vendido al mariscal; é imaginaban en los que pudieran haberlo hecho: y en esta imaginacion estuvieron tan firmes y certificados, como si hubiera sido revelacion de algun angel, hasta que vieron muchos de los sospechados, que huyendo de la batalla fueron á parar al campo de S. M.; y los mas de ellos iban heridos y muy maltratados. Con lo qual se acreditaron en su lealtad, y desengañaron á los sospechosos, que no habia sido traicion, sino desventura de todos ellos. Aplacado el alboroto, mandaron los oidores que Antonio de Quiñones, vecino del Cozco, fuese con sesenta arcabuceros á la ciu-

dad de Huamanca á socorrer y amparar los que por aquella via viniesen huyendo de los perdidosos de la batalla; y tambien para que la ciudad tuviese quien la defendiese si Francisco Hernandez enviase gente á ella, que era cierto la habia de enviar para que le llevaran algunas cosas de las muchas que habia menester para socorrer su gente. Y es así que poco despues de la batalla, Francisco Hernandez envió á su capitan Juan Cobo á la dicha ciudad, para que le llevara algun socorro de medicinas para los heridos y enfermos; mas Juan Cobo, sabiendo que Antonio de Quiñones iba sobre él, se retiró de Huamanca sin haber hecho cosa alguna en ella. En este tiempo llegaron dos cartas de diversas partes á manos de los oidores, casi en una misma hora: la una del mariscal Don Alonso

de Alvarado, en que se quejaba de su mala fortuna y de su gente, que no le hubiese querido obedecer ni guardar el orden que les habia dado para la batalla, como ello pasó en hecho de verdad. La otra era de Lorenzo de Aldana, en la qual escribia en muy pocas palabras todo el suceso de la batalla, y como se dió contra toda la opinion de todos los principales del campo, que segun lo escribe el Palentino, cap. 47, es la que se sigue sacada á la letra.

El Lunes pasado escribí á vuesa señoria, y dixe lo que sospechaba y temia. Y acabado de despachar entró lucifer en el mariscal, y luego se determinó de dar la batalla á Francisco Hernandez en el fuerte en que estaba, contra el parecer y opinion de todos, y mas de la mia; y no obstante todo esto, lo hizo de manera que

Francisco Hernandez de su fuerte nos desbarató y mató mucha gente, y harto principal en ella: la cantidad no sabré decir, porque como era en su mismo fuerte y se retiró el mariscal, no se pudo entender. El salió herido, y no por pelear ni por animar su gente, &c. Hasta aquí es del Palentino.

Con la certificacion de la pérdida del mariscal, ordenaron los oidores que el campo marchase y siguiese á Francisco Hernandez Giron, y que la audiencia fuese con el exército, como lo dice el Palentino, por estas palabras: Así por le dar mayor autoridad, como porque la gente no murmurase de que ellos se quedaban holgando; y tratado esto en su acuerdo, hubo contradiccion por el licenciado Altamirano, diciendo que el audiencia no podia salir fuera, porque S. M. los mandaba residir en Lima; y

que sin expreso mandamiento no podian salir, ni tan poco valdria lo que el audiencia fuera de la ciudad mandase. E insistiendo el doctor Saravia sobre que el audiencia habia de salir, dixo el licenciado Altamirano, que por alguna via él no saldria, porque el rey no le habia mandado venir á pelear, sino á asentarse en los estrados, y sentenciar los procesos y causas que hubiese. El doctor Saravia dixo, que le suspenderia del oficio sino iba con el campo, y mandaria á los oficiales reales no le pagasen salario alguno. Y así se le notificó, aunque despues vino Cédula de S. M. para que se le pagase.

Hasta aquí es de Diego Hernandez Palentino. Con las dificultades dichas determinaron que los tres oidores, el doctor Saravia, el licenciado Santillan, y el licenciado Mercado fuesen con el exér-

cito real, y que el licenciado Altamirano, pues se daba por rendido á las armas, y no queria sino guerra civil, mandaron que quedase en la ciudad de los Reyes por justicia mayor de ella; y á Diego de Mora, vecino de Truxillo, que vino como se ha dicho con una buena compañia de arcabuceros, dexaron por corregidor de aquella ciudad, y su compañia dieron á otro capitan llamado Pedro de Zarate. Ordenado todo esto, y lo que convenia á la guarda de la mar, caminó el exército real hasta Huamanca. En aquel viage se les vino un soldado famoso que se decia Juan Chacon, que habian preso los tiranos en la rota de Villacori, al qual por ser tan buen soldado, Francisco Hernandez Giron, por obligarle á que fuese su amigo, le habia dado una compañia de arcabuceros; pero Juan Chacon, siendo

leal servidor de S. M., trataba en secreto con otros amigos suyos de matar al tirano; y como entonces no se usaba otra lealtad sino venderse unos á otros, dieron noticia de ello á Francisco Hernandez, lo qual supo Juan Chacon, y antes que le prendiesen se huyó á vista de Francisco Hernandez y de todos los suyos, y en el camino corrió mucho peligro de su vida, porque como los Indios tenian mandato de atrás que matasen todos los que se huyesen, tomandolo ellos sin distincion de leales á traidores, apretaron malamente á Juan Chacon, y le mataran sino fuera por un arcabuz que llevó, con que los ojeaba á lejos; pero con todo eso llegó herido al campo de S. M., donde dió cuenta de todo lo que Francisco Hernandez pensaba hacer, con que los oidores y todo su exército recibieron mucho conten-

to, y así caminaron hasta Huamanca, donde los dexarémos por decir lo que Francisco Hernandez hizo en aquellos mismos dias.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que Francisco Hernandez hizo despues de la batalla. Envia ministros á diversas partes del reyno á saquear las ciudades. Plata que en el Cozco robaron á dos vecinos de ella.

Francisco Hernandez Giron estuvo mas de quarenta dias en el sitio donde venció aquella batalla, asi por gozar de la gloria que sentia de verse en él, como por la necesidad de los muchos heridos que quedaron de los del rey, á los quales regalaba y acariciaba todo lo mas que podia por hacerlos amigos, y asi ganó á muchos de

ellos, que le siguieron hasta el fin de su jornada. En aquel tiempo proveyó, que su maese de campo Alvarado fuese al Cozco en alcance de los que hubiesen huido hácia allá. Proveyó asimismo, que su sargento mayor Antonio Carrillo, porque perdiese algo de la mucha melancolía que traia, por haber huido de la batalla de Chuquinca, fuese á la ciudad de la Paz, á Chucuito, á Potocsi y á la ciudad de la Plata, y corriese todas aquellas provincias, recogiendo la gente, armas y caballos que hallase. Particularmente le envió á que recogiese la plata y oro, y mucho vino escondido que un soldado de los del mariscal, llamado Francisco Boloña, le dixo que sabia donde todo aquello quedaba escondido. A lo qual fue Antonio Carrillo con veinte soldados, y llevó consigo á Francisco Boloña, y

de los veinte soldados que fueron con él, no fueron mas de dos de los prendados de Francisco Hernandez, que todos los demas eran de los del mariscal, por lo qual se sospechó en público, y se murmuró en secreto que Francisco Hernandez enviaba su sargento mayor á que lo maltratasen, y no á cosa de provecho suyo, como ello sucedió segun verémos adelante. Asimismo proveyó Francisco Hernandez, que su capitan Juan de Piedrahita fuese á la ciudad de Arequepa á recoger la gente, armas y caballos que hallase. Y para este viage le nombró y dió titulo de maese de campo del exército de la libertad, que asi llamaba Francisco Hernandez al suyo, y á su maese de campo Alvarado le dió nombre de teniente general. Con estos titulos mejoró á estos dos ministros suyos, para que con mas so-

berbia y vanagloria hiciesen lo que despues hicieron.

El teniente general, licenciado Alvarado, fue al Cozco en alcance de los que huyeron de la batalla de Chuquinca, y un dia antes que entrase en la ciudad, llegaron siete soldados de los del mariscal, y uno de ellos que iba por cabo se decia Juan de Cardona, los quales dieron aviso de la pérdida del mariscal, de que toda la ciudad se dolió muy mucho, porque nunca se imaginó que tal victoria pudiera alcanzar un hombre que venia tan roto y perdido como Francisco Hernandez. Acordaron huirse todos antes que el tirano los matase. Francisco Rodriguez de Villafuerte, que entonces era alcalde ordinario, recogió la gente que en la ciudad habia, que con los siete soldados huidos apenas llegaban á número de quarenta, y todos fue-

ron camino del Collao. Unos pararon á hacer noche legua y media de la ciudad, y el alcalde fue uno de ellos, otros pasaron adelante tres y quatro leguas, y fueron los mejor librados; porque el buen Juan de Cardona, viendo que el alcalde paraba tan cerca de la ciudad, en pudiendo escabullirse, huyó de ellos, llegó al Cozco á media noche, y dió cuenta al licenciado Alvarado, como Villafuerte y otros veinte con él quedaban legua y media de allí. El licenciado mandó que luego á la hora saliese el verdugo general, Alonso Gonzalez, por capitan de otros veinte soldados, y fuese á prender á Villafuerte: en lo qual puso tan buena diligencia Alonso Gonzalez, que otro dia á las ocho los tenia á todos en el Cozco entregados á su teniente general. El qual hizo ademanes de matar á

Francisco de Villafuerte, y á algunos de los suyos; pero no hallando culpa, los perdonó por intercesion de los suegros y amigos de Francisco Hernandez Giron. Entre otras maldades que por orden y mandado de su capitan general hizo el licenciado Alvarado en la ciudad del Cozco, fue despojar y robar las campanas de la iglesia catedral, y de los monasterios de aquella ciudad: que al convento de nuestra Señora de las Mercedes, de dos campanas que tenia, le quitó la una, y al convento del divino Santo Domingo hizo lo mismo, y fueron las mayores que tenian. Al convento del sarafico San Francisco no quitó ninguna, porque no tenia mas de una, y esto fue á ruego de los religiosos, que tambien la queria llevar. A la catedral de cinco campanas quitó las dos, y las llevara todas cinco sino acu-

diera el obispo con su clerecia á defenderlas con descomuniones y maldiciones. Y estas de la catedral estaban benditas de mano del obispo, tenian olio y crisma, y eran muy grandes. De todas las quatro campanas hizo seis tiros de artilleria, y el uno de ellos reventó quando los probaron: al mayor de ellos pusieron en la fundicion unas letras que decian *libertas*, que este fue el apellido de aquella tirania. Estos tiros, como hechos de metal que fue dedicado y consagrado al servicio divino, no hicieron daño en persona alguna, segun adelante verémos. Con esta maldad hizo aquel teniente general otros muchos sacos y robos de la hacienda de los vecinos que se huyeron, y de otros que murieron en la batalla de Chuquinca que tenian fama de ricos, porque no eran tan gastadores como otros que habia

en aquella ciudad, y se sabia que tenian guardadas muchas barras de plata. Con su buena diligencia y amenazas descubrió el licenciado Alvarado por via de los Indios dos hoyos que Alonso de Mesa tenia en un hortezuelo de su casa, y de cada uno de ellos sacó sesenta barras de plata, tan grandes que pasaba cada una de á trescientos ducados de valor. Yo las ví sacar, que como la casa de Alonso de Mesa estaba calle en medio de la de mi padre, me pasé á ella á la grita que habia con las barras de plata. Pocos dias despues traxeron de los Indios del capitan Juan de Saavedra ciento y cincuenta carneros de aquella tierra, cargados con trescientas barras de plata, todas del mismo tamaño y precio que las primeras. Sospechóse entonces, que no haber querido salir Juan de Saavedra de la ciudad del Cozco

la noche del levantamiento de Francisco Hernandez Giron, como se lo rogaron mi padre y sus compañeros, habia sido por guardar y poner en cobro aquella cantidad de plata, y por mucho guardar no guardó nada, pues la perdió y la vida por ella. Estas dos partidas, segun el precio comun de las barras de aquel tiempo, montaron ciento veinte y seis mil ducados castellanos de á trescientos y setenta y cinco maravedis; y aunque el Palentino dice que entró á la parte de la pérdida Diego Ortiz de Guzman, vecino de aquella ciudad, yo no lo supe mas que de los dos referidos.

CAPÍTULO XXV.

Robo que Antonio Carrillo hizo: su muerte. Sucesos de Piedrahita en Arequepa. Victoria que alcanzó por las discordias que en ella hubo.

No anduvo menos bravo, si le durara mas la vida, el sargento mayor Antonio Carrillo, que fue á saquear el Pueblo Nuevo, y las demas ciudades del distrito Collasuyu, que en la ciudad de la Paz en muy pocos dias sacó de los caciques de aquella jurisdiccion, de los tributos que debian á sus amos, y de otras cosas, una suma increible, como lo dice el Palentino por estas palabras, cap. 49: Prendió Antonio Carrillo los mayordomos de los vecinos y todos los caciques, y tuvolos presos, poniéndo-

les grandes temores, hasta que dieron todas las haciendas y tributos de sus amos. Y asi de esto como de muchos hoyos de barras de plata que sacó del monasterio del señor San Francisco, y de otras partes, asi dentro de la ciudad como de fuera, en término de cinco dias que allí estuvo, habia recogido y robado mas de quinientos mil castellanos en oro y plata, vino y otras cosas, &c.

Hasta aquí es de aquel autor. Todo lo qual se hizo por orden y aviso de Francisco Boloña, que sabia bien aquellos secretos; y pasara adelante el robo y saco, sino que él mismo denunciador, acusado de su conciencia, y por persuasion de Juan Vazquez, corregidor de Chucuitu, lo restituyó á sus dueños: con que él y otros amigos suyos mataron al pobre Antonio Carrillo á estocadas y cu-

chilladas que le dieron dentro en su aposento, y reduxeron aquella ciudad al servicio de S. M., como antes estaba: asi acabó el triste Antonio Carrillo. Al maese de campo de Francisco Hernandez Giron, que diximos que era Juan de Piedrahita, le fue mejor en la ciudad de Arequepa que á su sargento mayor Antonio Carrillo, por la discordia que hubo entre el corregidor de Arequepa y el capitan Gomez de Solis, á quien los oidores enviaron á ella por general, para seguir por aquella parte la guerra contra Francisco Hernandez Giron, de lo qual se enfadó el corregidor muy mucho, porque le hiciesen superior sobre él, teniéndose por soldado mas práctico para la guerra que Gomez de Solis, como lo refiere Diego Hernandez, cap. 51 por estas palabras: Partido que fue Gomez de Solis del

campo de S. M., llevando sus provisiones, y por su alferez á Vicencio de Monte, antes que llegase á la ciudad se tuvo aviso de su venida, y apercibieronse muchos para le salir á recibir. Empero el corregidor Gonzalo de Torres lo estorvó, mostrando tener resabio de aquel proveimiento, diciendo, que los oidores jamas acertaban á proveer cosa alguna. Y asimismo publicaba, que Gomez de Solis no era capaz para tal cargo como se le habia dado; y que estando él por corregidor en aquella ciudad, no se debia proveer otra persona de todo el reyno: por lo qual mostrando en público su pasion, no quiso, ni consintió que le saliesen á recibir, &c.

Hasta aquí es de Diego Hernandez. Estando en estas pasiones y vandos los de Arequepa, tuvieron nueva de la ida de Juan de

Piedrahita, y que llevaba mas de ciento y cincuenta hombres, y que mas de los ciento eran arcabuceros de los famosos de Francisco Hernandez. Por lo qual se recogieron todos en la iglesia mayor, llevando sus mugeres, hijos y los muebles de sus casas, y la cercaron toda en derredor de una pared alta, porque el enemigo no les entrase, y pusieron los pocos arcabuceros que tenian á la boca de dos calles por donde los enemigos podian entrar, para que los ofendiesen desde las puertas y ventanas sin que los viesen. Pero como en tierra donde hay pasion y vandos no haya cosa segura, tuvo Piedrahita aviso de la emboscada que le tenian armada, y torciendo su camino, entró por otra calle hasta ponerse en la casa episcopal, cerca de la iglesia, donde hubo alguna pelea, pero de poco mo-

mento. Entonces vino á ellos de parte de Piedrahita un religioso dominico, y les dixo, que Piedrahita no queria romper con ellos, sino que hubiese paz y amistad, y que los soldados de una parte y otra quedasen libres para irse á servir al rey, ó á Francisco Hernandez, y que le diesen las armas que les sobrasen. Gomez de Solis no quiso aceptar este partido, por parecerle infamia entregar las armas al enemigo, aunque fuesen de las que les sobrasen; pero otro dia las aceptó, y aun rogando, porque aquella noche le quemaron unas casas que allí tenia, aunque él era vecino de los Charcas, y otras principales de la ciudad: y aunque habia treguas puestas por tres dias, los tiranos las quebrantaron, porque tuvieron aviso que se habian huido algunos de los de Gomez de Solís, y que

los que quedaban no querian pelear. Con esto se desvergonzaron tanto, que salieron á combatir el fuerte. Gomez de Solis y los vecinos que con él estaban, viendo que no habia quien pelease, se huyeron como mejor pudieron, y dexaron á Piedrahita toda la hacienda que habian recogido para guardarla, la qual tomaron los enemigos, y se volvieron ricos y prósperos en busca de su capitan general Francisco Hernandez Giron: y aunque en el camino se le huyeron á Piedrahita mas de veinte soldados que de los del mariscal llevaba consigo, no se le dió nada, por la buena presa de mucho oro, plata, joyas y preseas, armas y caballos que en lugar de los huidos le quedaba, y no hizo caso de ellos, porque eran de los rendidos.

Francisco Hernandez Giron, que lo dexamos en el sitio de la

batalla de Chuquinca, estuvo en él cerca de mes y medio, por los muchos heridos que de parte del mariscal quedaron. Al cabo de este largo tiempo, caminó con ellos como mejor pudo hasta el valle de Antahuaylla, con enojo que llevaba de los Indios de las provincias de los Charcas, por la mucha pesadumbre que en la batalla de Chuquinca le dieron, que se atrevieron á pelear con los suyos, y les cargaron de mucha cantidad de piedras con las hondas, y descalabraron algunos de los de Francisco Hernandez. Por lo qual, luego que llegó á aquellas provincias, mandó á sus soldados, asi negros como blancos, que saqueasen los pueblos y los quemasen, talasen los campos é hiciesen todo el mal y daño que pudiesen. De Antahuaylla envió por Doña Mencia su muger, y por la de Tomas Vazquez, á

las quales hicieron los soldados solemne recibimiento : y á la muger de Francisco Hernandez llamaban muy desvergonzadamente , como lo dice el Palentino, reyna del Perú. Estuvieron pocos dias en la Provincia de Antahuaylla : contentáronse con haberse satisfecho del enojo que contra aquellos Indios tenian. Caminaron hácia el Cozco , porque supieron que el exército real caminaba en busca de ellos : pasaron los dos rios de Amancay y Apurimac. Viendo Francisco Hernandez los pasos tan dificultosos que hay por aquel camino , tan dispuesto para los defender y resistir á los que contra él fuesen , decia muchas veces , que si no hubiera enviado á su maese de campo Juan de Piedrahita con la gente escogida que llevó , que esperára , y aun diera la batalla á los oidores en algun paso fuerte

de aquellos. Caminando Francisco Hernandez un dia de aquellos, se atrevieron seis soldados principales de los del mariscal á huirse á vista de todos los contrarios: llevaban cabalgaduras escogidas, y sus arcabuces y todo buen recaudo para ellos. Salieron con su pretension, porque Francisco Hernandez no quiso que fuesen en pos de ellos, porque no se huyesen todos: contentóse con que no fuesen mas de seis los que le negaban; que al principio de la revuelta temió que la huida era de mucha mas gente, pues se hacia tan al descubierto y con tanto atrevimiento. Aquellos seis soldados llegaron al campo de S. M., y dieron aviso de como Francisco Hernandez iba al Cozco, y que pretendia pasar adelante al Collao. Los oidores con la nueva mandaron que el exército caminase con diligencia y recato,

y así caminaron, aunque por las diferencias y pasiones que entre los superiores y ministros principales habia, se cumplia mal y tarde lo que al servicio de S. M. convenia.

CAPÍTULO XXVI.

Francisco Hernandez huye de entrar en el Cozco. Lleva su muger consigo.

Francisco Hernandez con todo su exército pasó el rio de Apurimac por la puente, y dexó en guarda de ella un soldado llamado fulano de Valderrabano, con otros veinte en su compañía. Dos dias despues, no fiando del Valderrabano, envió á Juan Gavilan, y que Valderrabano se volviese donde Francisco Hernandez estaba. Juan Gavilan quedó guardando

la puente, y dos dias despues vió asomar corredores del exército de S. M.; y sin aguardar á ver qué gente era, quánta y como venia, quemó la puente y se retiró á toda priesa donde estaba su capitan general. Al qual, segun lo dice el Palentino, le pesó mucho que la hubiese quemado, y que por ello trató ásperamente de palabra á Juan Gavilan, &c. No sé qué razon tuviese para ello, porque no habiendo de volver á pasar por la puente, pues se iba retirando, no habia hecho mal Juan Gavilan en quemarla, ántes habia hecho bien en dar pesadumbre y trabajo á sus contrarios, para haberla de hacer y pasar por ella. Francisco Hernandez pasó al valle de Yucay, por gozar aunque pocos dias de los deleytes y regalos de aquel valle ameno. Su exército caminó hasta una legua cerca del Cozco, de allí

rodeó á mano izquierda de como iba, por no entrar en aquella ciudad; porque de sus adivinos, hechiceros, astrólogos y pronosticadores, que dió mucho en tratar con ellos, estaba Francisco Hernandez persuadido á que no entrase en ella, porque por sus hechicerias sabian que el postrero que de ella saliese á dar batalla habia de ser vencido; para lo qual daban exemplos de capitanes, así Indios en sus tiempos, como Españoles en los suyos, que habian sido vencidos: pero no decian los que habian sido vencedores, como lo pudieramos decir si importara algo. En confirmacion de lo qual escribe Diego Hernandez, cap. 32. y 45, y en ellos nombra quatro españoles y una morisca, que eran tenidos por hechiceros y nicrománticos, y que daban á entender que tenian un familiar que les descubria lo que pa-

saba en el campo de S. M., y lo que se trataba y comunicaba en el campo de Francisco Hernandez: con lo qual dice, que no osaban los suyos tratar de huirse ni de otra cosa en perjuicio del tirano, porque el diablo no se lo rebelase. Yo ví una carta suya que se la escribió á Juan de Piedrahita, quando habia de ir á Arequepa, como atras se ha dicho, y se la envió al Cozco en que le decia: Vuesa merced no saldrá de esa ciudad tal dia de la semana, sino tal dia, porque el nombre Juan no se ha de escribir con V, sino con O. Y á este tono decia otras cosas en la carta, de que no me acuerdo para poderlas escribir: solo puedo afirmar, que públicamente era notado de embaidor y embustero. Y este mismo trato y contrato, como paga cierta de los tales, le hizo perderse mas aína, como adelante verémos.

Los mismos de Francisco Hernandez Giron, que sabian estos tratos y conciertos que con los hechiceros tenia, decian unos con otros, que por qué no se valia de la hechicería y pronósticos de los Indios de aquella tierra, pues tenian fama de grandes maestros en aquellas diabólicas artes. Respondian que su general no hacia caso de las hechicerias de los Indios, porque las mas de ellas eran niñerias, antes que tratos ni contratos con el demonio. Y en parte tenian razon, segun dizimos hablando sobre el mal agüero ó bueno que tan de veras tomaban en el palpitar de los ojos, á cuya semejanza dirémos otra adivinacion que sacaban del zumbar de los oidos, que lo apuntamos en el dicho capítulo, y lo dirémos ahora; y danos autoridad á ello el confesonario católico que por mandado de un sinodo

que en aquel imperio hubo, se hizo.

El qual, entre otras advertencias que da á los confesores, dice, que aquellos Indios tienen supersticiones en la vista y en los oidos. La que tenian en los oidos es la que se sigue, que yo la ví hacer á alguno de ellos; y era, que zumbando el oido derecho, decian que algun pariente ó amigo hablaba bien de él; y para saber quien era el tal amigo, tomándolo en la imaginacion, abalhaban con el anhélito la mano derecha, y tan presto como la apartaban de la boca la ponian sobre el oido; y no cesando el zumbido, tomaban en su imaginacion otro amigo, y hacian lo mismo que con el primero, y así con otros y otros hasta que cesaba el zumbido, y del postrer amigo con quien cesaba el zumbido, certificaban que aquel era el que decia bien de él.

Lo mismo en contra tenian del zumbido del oido siniestro, que decian, que algun enemigo hablaba mal de él; y para saber quien era, hacian en el dicho oido las mismas niñeria que en el pasado, hasta que cesaba de zumbear; y al postrero con quien cesaba, tenian que habia sido el maldiciente, y se confirmaba en su enemistad si habian tenido alguna pasion.

Por ser estas hechicerias y otras que aquellos Indios tuvieron tan de reir, decian los amigos de Francisco Hernandez, que no hizo caso de ellas para valerse de aquellos hechiceros.

El tirano, siguiendo su camino, alcanzó su exército en un llano que está á las espaldas de la fortaleza del Cozco, donde dice el Palentino que le fue á visitar Francisco Rodriguez de Villafuerte, alcalde ordinario de aque-

lla ciudad, á quien dixo Francisco Hernandez grandes maldades de los vecinos del Cozco, y les hizo muchos fieros, que los habia de matar y destruir porque no fueron con él en su tiranía, y todo fue mentir y querer hacer culpados á los que no quisieron seguirle. De allí siguió su camino con su exército por cima de la ciudad del Cozco, al oriente de ella, como se lo mandaron sus hechiceros: llevó consigo su muger, á pesar de sus suegros, que les dixo, que no queria dexarla en poder de sus enemigos para que se vengasen en ella de lo que él pudiese haberles ofendido. Así pasó hasta el valle de Orcos, cinco leguas de la ciudad, donde lo dexarémos, por decir lo que un hijo de este caballero Francisco Rodriguez de Villafuerte ha hecho conmigo en España, sin habernos visto, mas de comuni-

carnos por nuestras cartas.

Es su hijo segundo : vino á España á estudiar, vive en Salamanca años ha, donde florece en todas ciencias : llámase D. Feliciano Rodriguez de Villafuerte, nombre bien apropriado con su galano ingenio. Este año de seiscientos y once, al principio de él, me hizo merced de un retablo pequeño, tan ancho y largo como un medio pliego de papel, lleno de reliquias santas, cada una con su título, y entre ellas un poco de *lignum crucis*, todo cubierto con una vidriera, y guarnecido de madera por todas las quatro partes, muy bien labrado, y dorada á las maravillas, que hay bien que mirar en él. Con el relicario me envió dos reloxes hechos de su mano, uno de sol, como los ordinarios, en su aguja al norte, y su sombra para ver por ella las horas del dia. El otro re-

los es de la luna, galanamente obrado, en toda perfeccion de la astrología, con su movimiento circular repartido en veinte y nueve partes, que son los dias de la luna. Tiene la figura de la misma luna con su creciente y menguante, conjuncion y llena: todo lo qual se ve muy claro en el movimiento circular que tiene hecho, para que por él le muevan. Tiene su sombra para ver por ella las horas de la noche, poniéndola conforme á la edad de la luna. Tiene otras cosas, que por no saber darlas á entender, las dexo de escribir. Todo lo qual es hecho por sus propias manos sin ayuda agena, así lo que es material como lo que es de ciencia; y que ha dado bien que admirar á los hombres curiosos que han visto lo uno y lo otro; é yo me he llenado de vanagloria, de ver que un hombre nacido en

mi tierra y en mi ciudad haga obras tan galanas y tan ingeniosas que admiren á muchos de los de acá : lo qual es prueba del galano ingenio y mucha habilidad que los naturales del Perú , así mestizos como criollos , tienen para todas ciencias y artes , como atras lo dexamos apuntado, con la autoridad de nuestro preceptor y maestre el licenciado Juan de Cuellar, canónigo que fue de la Santa Iglesia del Cozco , que leyó gramática en aquella ciudad , aunque breve tiempo. Sea Dios nuestro Señor loado por todo. Amen. Y con tanto nos volverémos al Perú , á decir lo que el exército de S. M. hizo en su viage , que lo dexamos en la ciudad de Huamanca.

CAPÍTULO XXIII.

El exército real pasa con facilidad el rio de Amancay y el de Apurimac. Sus corredores llegan á la ciudad del Cozco.

El exército de S. M. salió de Huamanca en seguimiento de Francisco Hernandez Giron, porque supo que iba camino del Cozco: caminaba con mucho recato con sus corredores delante. Pasó el rio de Amancay por el vado, y para la gente de á pie y la artillería hicieron la puente, que allí es facil, porque en aquella parte es angosto el rio; en el qual acaeció una desgracia que lastimó mucho á todos. Y fue, que el capitan Antonio Lujan, habiéndole pasado, se puso á beber con las manos del agua del rio, y al tiempo de le-

vantarse se le deslizaron ambos pies de la peña en que se habia puesto, cayó de espaldas, dió con el colodrillo donde tenia los pies, y de allí en el rio, donde nunca mas pareció, aunque hicieron toda la diligencia posible por sacarle. Una cota que llevaba puesta, llevaron los Indios dende á dos años al Cozco, siendo corregidor mi padre en aquella ciudad. La compañía del capitan Lujan, que era de arcabuceros, dieron á Juan Ramon, aunque perdió la suya en Chuquinca.

Con esta desgracia llegó el exército al rio de Apurimac, y supo que uno de los corredores, llamado Francisco Menacho, que se habia adelantado con otros quarenta compañeros, como soldado bravo y temerario, sin haber habido antes de él quien se hubiese atrevido á pasar aquel rio, se ha-

bia arrojado á él por el sitio que ahora llaman el vado, y lo habia pasado sin peligro alguno, y que así lo habia hecho otras tres ó quatro veces, entre tanto que llegaba allí el campo de S. M. Con esta nueva aunque temerosa se atrevió á pasarlo todo el exército, por no estar detenido en tan mal puesto mientras se hacia la puente, que se perdia mucho tiempo; y para mas seguridad de los peones é Indios de carga, y de los que llevaban el artillería, que la llevaban acuestas, pusieron la caballería por todo el rio adelante, en quien quebrase la furia de su corriente, y por las espaldas de la caballería pasó la infantería, hasta los Indios cargados, y la artillería que la llevaban en los hombros, y todos pasaron tan sin peligro como lo dice el Palentino, cap. 50. Y es mucho de estimar la merced que

Dios nuestro Señor les hizo aquel dia en facilitarles aquel paso tan peligroso, que aunque entonces lo pasó todo un exército, despues acá no se ha atrevido nadie á pasarlo. Luego caminaron por aquella cuesta tan áspera con mucho trabajo y dificultad, por la aspereza del camino. Llegaron el segundo dia á Rimacrampu, siete leguas de la ciudad. De allí pasaron adelante la misma noche, que llegaron con mucha pesadumbre de los ministros del exército, porque casi siempre en lo que convenia mandar y ordenar que hiciese el exército, se mostraba la pasion y bando que entre ellos habia, unos en mandar, y otros en desmandar; y esto lo causó entonces, que los corredores del exército de S. M. y los de Francisco Hernandez caminaban siempre á vista unos de otros; y el tirano tenia cuidado de remudar

los suyos á menudo, porque no pareciese que iba huyendo, sino que caminaba á su gusto y placer. Así llegó el exército á Sacsahuana, quatro leguas de la ciudad: de allí quisieron ser corredores del campo los vecinos del Cozco, por visitar sus casas, mugeres é hijos. Llegaron á medio dia, y aquella mañana habia salido de ella el teniente general licenciado Alvarado. Los vecinos no quisieron dormir la noche siguiente en sus casas, porque el enemigo no revolviese sobre ellos, y los hallase divididos: juntáronse todos con los pocos soldados que llevaron en las casas que eran de Juan de Pancorvo, que son fuertes, y no tienen por donde entrarle sino por la puerta principal de la calle. En ella hicieron un reparo con adobes, que salia siete ó ocho pasos fuera de la puerta. Hicieron sus troneras para tirar

por ellas con sus arcabuces á los que les acometiesen por tres calles que van á dar á la puerta, la una por derecho, y las dos por los lados. Allí estuvieron seguros toda la noche con sus centinelas puestas por las calles que iban á dar á la casa, y yo estuve con ellos, é hice tres ó quatro recaudos á casas donde me enviaban sus dueños, y en esto gasté la noche.

El dia siguiente, estando yo en un corredor de la casa de mi padre á las tres de la tarde, ví entrar por la puerta de la calle á Pedro Hernandez el Leal en su caballo paxarillo, y sin hablarle, entré corriendo al aposento de Garcilaso, mi Señor, á darle la buena nueva. El qual salió apriesa, y abrazó á Pedro Hernandez con grandísimo regocijo de ambos. El qual dixo, que el dia antes, caminando el exército del tirano poco mas de una

legua de la ciudad, se apartó de ellos, fingiendo necesidad, y se entró por entre unas peñas que hay á mano izquierda del camino, y que encubriéndose con ellas, subió por aquella sierra hasta alejarse de los enemigos, y que de esta manera escapó de ellos. Despues fue con mi padre en el exército de S. M., y sirvió en aquella guerra hasta que se acabó y volvió con Garcilaso, mi Señor, al Cozco, de todo lo qual soy testigo de vista, y como tal lo digo.

CAPÍTULO XXVIII.

El campo de S. M. entra en el Cozco y pasa adelante. Como llevaban los Indios la artillería acuestas. Llega parte de la municion al exército real.

A tercero dia de como entraron

los vecinos en la ciudad, entró el campo de S. M., cada compañía por su órden. Armaron su esquadron de infantería en la plaza principal: los caballeros escaramuzaron con los infantes con muy buena órden militar, donde hubo mucha arcabucería muy bien ordenada, que los soldados estaban diestros en todo lo que convenia á su milicia; y aunque el Palentino, cap. 50, dice, que al pasar por la plaza Don Felipe de Mendoza, que era capitan de la artillería, jugó con toda ella, y que la gente dió vuelta en contorno de la plaza, salvando siempre galanamente los arcabuceros, en este paso le engañaron sus relatores, como en otros que hemos apuntado y apuntarémos adelante; porque la artillería no iba para usar de ella á cada paso, ni á cada repiquete, porque no caminaba en sus carretones, sino que

los Indios, como lo hemos dicho, llevaban lo uno y lo otro acuestas, que para solo llevar la artillería y sus carretones iban señalados diez mil Indios, que todos ellos eran menester para llevar once piezas de artillería gruesa. Y para que se sepa como la llevaban, lo dirémos aquí: que aquel dia que entraron en el Cozco, yo me hallé en la plaza, y los ví entrar desde el primero hasta el postrero.

Cada pieza de artillería llevaban atada á una viga gruesa de mas de quarenta pies de largo. A la viga atravesaban otros palos gruesos como el brazo: iban atados espacios de dos pies unos de otros, y salian estos palos como media braza en largo á cada lado de la viga. Debaxo de cada palo de estos entraban dos Indios, uno al un lado y otro al otro, al modo de los palanquines de España. Reci-

bian la carga sobre la cerviz, donde llevaban puesta su defensa para que los palos con el peso de la carga no les lastimasen tanto; y á cada doscientos pasos se remudaban los Indios, porque no podian sufrir la carga mas trecho de camino. Ahora es de considerar con quanto afan y trabajo caminarian los pobres Indios con cargas tan grandes y tan pesadas, y por caminos tan ásperos y dificultosos como los hay en aquella mi tierra; que hay cuestas de dos, tres leguas de subida y baxada: que muchos españoles ví yo caminando, que por no fatigar tanto sus cabalgaduras se apeaban de ellas, principalmente al baxar de las cuestas, que muchas de ellas son tan derechas, que les conviene á los caminantes hacer esto, porque las sillas se les van á los cuellos de las cabalgaduras, y no bastan las gu-

ruperas á defenderlas, que las mas de ellas se quiebran por aquellos caminos. Esto es desde Quitu hasta el Cozco, donde hay quinientas leguas de camino; pero del Cozco á los Charcas es tierra llana, y se camina con menos trabajo. Por lo qual se puede entender, que lo que el Palentino dice que al pasar de la plaza Don Felipe de Mendoza jugó con toda la artilleria, fue mas por afeitar, componer y hermosear su historia, que no porque pasó así, sino como lo hemos dicho.

El exército de S M. pasó una legua de la ciudad, donde estuvo cinco dias aprestando lo que era menester para pasar adelante, principalmente el bastimento, que lo proveian los Indios de aquella comarca, y hacer el herrage que llevaba mucha necesidad de él; y fue menester todo aquel tiempo para

juntar lo uno, y labrar lo otro; y no por lo que aquel autor dice, cap. 50, por estas palabras: Estuvo el campo en las Salinas cinco ó seis dias, esperando Indios para habiar la gente, y al fin se partió el campo sin ellos, mas antes huyeron algunos de los que antes llevába la gente, de aquellos que eran de repartimientos de los vecinos del Cozco, y sospechose, y aun tuvose por cierto que los mismos vecinos sus amos los hacian huir, &c.

Mucho me pesa de topar semejantes pasos en aquella historia, que arguyen pasion del autor ú del que le daba la relacion, particularmente contra los vecinos del Cozco, que siempre los hace culpados en cosas que ellos no imaginaron, como en este paso y en otros semejantes: que á los vecinos mejor les estaba dar priesa á

que el exército pasase adelante, que no estorvarle su camino con mandar que los Indios se huyesen, porque era en daño y perjuicio de los mismos vecinos, que estando el exército tan cerca de la ciudad, recibian molestias y agravios en sus casas y heredades. Y el mismo autor parece que se contradice, que habiendo dicho que esperaba el exército Indios de carga, y que de los que traian se le huyeron algunos, dice, al fin se partió el campo sin ellos. Luego no los habia menester, pues pudo caminar sin que viniesen los que esperaban. Lo que pasó fue lo que hemos dicho, y lo que el autor dice, que los mismos vecinos sus amos los hacian huir, fue que despidieron muchos Indios de carga, porque de allí adelante, por ser la tierra llana sin cuestas ni barrancos, se caminaba con mas faci-

lidad y menos pesadumbre, y así no fueron menester tantos Indios como hasta allí traian. El exército, pasados los cinco dias, salió de aquel sitio, caminando siempre con buena orden, y apercibida la gente para si fuese menester pelear; porque iba con sospecha y recelo si el tirano esperaria para dar batalla en tres pasos estrechos que hay hasta llegar á Quequesana. Mas el enemigo no imaginaba tal, y así caminó sin pesadumbre alguna hasta llegar al pueblo que llamaban Pucara, quarenta leguas del Cozco, sirviéndose de sus soldados los negros, los quales, apartándose á una mano y á otra del camino real, le traian quanto ganado y bastimentos habia por la comarca, y el exército real caminaba con necesidad, porque le llevaban la comida de lejas tierras, por estar saqueados los pueblos

que hallaban por delante. Por el camino no dexaban de encontrarse los corredores del un campo y del otro, aunque no llegaron á pelear. Pero los del rey supieron que Francisco Hernandez los esperaba en Pucara, para darles alli la batalla. Por aquel camino no faltaron traydores de la una parte y de la otra, que de los del rey se huyeron algunos soldados al tirano, y del tirano otros á los del rey. Los oidores enviaron del camino un personage que volviese atrás por la municion de pólvora, mecha y plomo que habian dexado en Antahuaylla, porque los que alli habian quedado para llevarla, habian sido negligentes en caminar; pero con la solicitud y diligencia que puso Pedro de Cianca, que fue el comisario, á darle priesa, llegó al real parte de la municion un dia antes de la batalla, que se estimó

en muy mucho, y dió gran contento á todo el exército, porque estaba con falta de ella.

CAPÍTULO XXIX.

Llega el campo de S. M. donde está fortificado el enemigo. Alójase en un llano, y se fortifica. Hay escaramuzas y malos sucesos en los de la parte real.

En este camino supieron los oidores la pérdida de Gomez de Solis en Arequepa, de que recibieron mucha pesadumbre; pero no pudiendo remediarla, disimularon su enojo como mejor supieron, y siguieron su camino hasta Pucara, donde el enemigo estaba alojado con muchas ventajas; porque el sitio era tan fuerte que no podian acometerle por parte alguna, que todo él estaba rodeado de una sier-

ra áspera y dificultosa de andar por ella, que parecia muro fuerte hecho á mano; y la entrada del sitio era por un callejon estrecho que iba dando vueltas á una mano y á otra. El sitio allá dentro era muy grande, capaz de la gente y cabalgaduras que tenia, y de otra mucha mas, donde tenian su bastimento y municion en gran abundancia, como gente que habia alcanzado y gozado una de las mayores victorias que en aquel imperio ha habido, que fue la de Chuquinca. Los soldados etiopes traian cada dia quanto hallaban por toda aquella comarca.

El campo de S. M. estaba en contra, en un campo raso de todas partes, sin fortaleza alguna que le amparase, con pocos bastimentos y menos municion, como se ha dicho: mas con todo eso, por no estar tan descubiertos, se

fortificaron lo mejor que pudieron. Echaron una cerca de tapias á todo el real, que daba hasta los pechos, que como llevaban tantos Indios con las cargas y con la artilleria, servian de gastadores quando era menester. Hicieron en breve tiempo la cerca, aunque tan grande que abrazaba todo el exército. Francisco Hernandez, viendo alojado el exército de S. M., puso su artilleria en lo alto del cerro que tenia delante de su campo, para ofenderle con ella, y así lo hacia, que por inquietar á los oidores y á todos los suyos, no cesaba de dia ni noche de jugar y tirar con ella, y metia quantas balas queria en el campo real: y muchas veces por bizarria y vanagloria tiraba por alto á tira mas tira, y pasaban las pelotas de la otra parte del exército en mucha distancia de tierra; pero ni las

unas ni las otras hicieron daño alguno, ni en la gente, ni en las cabalgaduras, que parecian pelotas de viento, que iban dando saltos por todo el campo. Tuvose á misterio divino, que lo que estaba dedicado á su servicio, como eran las campanas de que se hicieron aquellos tiros, no permitiese que hiciesen daño á los que en aquel particular no le habian ofendido: y esto se notó por los hombres bien considerados que en el un campo y en el otro habia. Alojados los dos exércitos el uno á vista del otro, luego procuraron los capitanes y soldados famosos de ambos vandos mostrar cada qual su valentia. En las primeras escaramuzas murieron dos soldados principales de la parte del rey, y otros cinco ó seis no tales se pasaron á Francisco Hernandez, y le dieron cuenta de todo lo que en el exér-

cito real habia, y le dixeron, que pocos dias antes que llegasen á Pucara, habia pretendido el general Pablo de Meneses dexar el oficio, porque por las diferencias y vandos que habia entre los ministros de él, no obedecian lo que él mandaba; antes lo contradecian, y que no queria cargo, aunque tan honroso, con carga tan pesada. Y que el doctor Saravia le habia persuadido que no pretendiese tal cosa, que antes era perder honra que ganar reputacion. De lo qual holgaron mucho Francisco Hernandez y todos los suyos, esperando que la discordia agena les habia de ser muy favorable, hasta darles la victoria.

En aquellas escaramuzas se dixeron algunos dichos graciosos entre los soldados de la una parte y de la otra, como los escribe Diego Hernandez, que por ser dichos

de soldados me pareció poner aquí algunos de ellos, sacados á la letra del cap. 51, declarando lo que el autor dexó confuso, para que se entienda mejor, que es lo que se sigue.

Y como á estas escaramuzas salian algunos de la una parte que tenian amigos de la otra, siempre se platicaban y hablaban, asegurándose de no se hacer daño los unos á los otros. Scipio Ferrara, que era del rey, habló á Pavia, que habian sido los dos criados del buen visorey D. Antonio de Mendoza, y atrayendo Scipio á Pavia con palabras persuasorias al servicio del rey, dixo Pavia: Que de buena guerra le habian ganado, y que así de buena guerra le habian de volver á ganar, &c.

Dixo esto Pavia, porque en la batalla de Chuquinca le rindieron los tiranos, y él se halló bien con

ellos, y por no negarles dixo, que de buena guerra le habian ganado, y que así de buena guerra le habian de volver á ganar. Tambien dice: El capitan Rodrigo Niño habló con Juan de Piedrahita, y persuadiéndole para que viniese al servicio del rey, ofreciéndole de parte de la audiencia mucha gratificacion, le respondió: Que ya él sabia las mercedes que los oidores hacian, y que si otra vez se habia de volver á armar, que ahora la tenia bien entablada, &c.

Esto dixo Piedrahita, porque él y otros aficionados á Francisco Hernandez Giron estaban enhechizados con las mentiras que sus hechiceros les decian, que habian de vencer á los del rey, pero pocos dias despues mudó parecer, como adelante se verá. Prosiguiendo el autor dice: Asimismo se hablaron Diego Mendez y Hernando Gui-

llada, y el capitan Ruibarba con Bernardino de Robles su yerno. Y viendo los oidores que de estas pláticas no resultaba fruto alguno, dióse vando que ninguno so pena de la vida hablase con los enemigos. Habiase concertado entre el capitan Ruibarba y Bernardino de Robles, que para otro dia se hablasen, dandose contraseñas que fuesen conocidas, que fue llevar capas de grana, y asi salieron. Y teniendo Bernardino de Robles prevenidos diez ó doce capitanes y soldados, engañosamente lo prendió y llevó á Francisco Hernandez, diciendo públicamente que se habia pasado de su voluntad. Lo qual oyendo Ruibarba dixo, que qualquiera que dixese que él de su voluntad se venia, no decia verdad en ello, y que él se lo haria bueno á pie ó á caballo, dándole para ello licencia Francisco Hernandez; sal-

vo que su yerno Robles le habia prendido con engaño. Francisco Hernandez se holgó mucho de su venida, y fuese con él á Doña Mencía, y dixole: Ved señora qué buen prisionero os traigo, mirad bien por él, que á vos le doy en guarda. Doña Mencía dixo, que era bien contenta, y que así lo haria. Despues de esto, habiendo salido al campo Raudona, habló con Juan de Illanes, sargento mayor de Francisco Hernandez; y creyendo el Raudona cogerle á carrera de caballo, arremetió para él, pero á causa de traer el caballo mal concertado le tomaron preso. Y en el camino dixo á los que le llevaban, que habia prometido á los oidores de no volver sin presa de uno de los principales, y que por eso habia arremetido con el sargento mayor, de que fue tanto el enojo que hubieron algunos de

los mas prendados, que decian, que sino le mataban no habian de pelear, porque semejantes pretensores, y tan desvergonzados, no era bien dexarlos con la vida. E así luego le pusieron en el toldo del licenciado Alvarado, y le mandaron confesar, guardando el toldo Alonso Gonzalez, para que si Francisco Hernandez ó su embaxada viniese, matarle primero que llegase. El licenciado Toledo, alcalde mayor de Francisco Hernandez, y el capitan Ruibarba, rogaron á Francisco Hernandez por la vida de Raudona, y él dió sus guantes para ello. Y como Alonso Gonzalez vió venir el recaudo, entró dentro del toldo, y dixo al clérigo: Acaba padre de absolverle, sino así se habrá de ir. Por lo qual, apresurando el clérigo la absolucion, luego Alonso Gonzalez le cortó la cabeza con un gran cuchi-

llo que traia. Lo qual hecho, salióse del toldo diciendo: Ya yo hice que el señor marquesote cumpla su palabra; porque él prometió llevar una cabeza, ó dexar la suya, y asi lo cumplió. E diciendo esto le hizo sacar fuera del toldo, que cierto hizo lastima á muchos que allí estaban, y mucho mas en el campo del rey quando supieron su muerte, &c.

Raudona decimos que era un soldado que presumia mas de valiente que de discreto. Tenia un buen caballo si le tratara como era menester; pero traialo por mostrar su destreza tan acosado, que en todo el dia no le dexaba holgar una hora con carreras y corvetas; y asi quando lo hubo menester le faltó por mal concertado, como lo dice el Palentino. Y su buena discrecion la mostró en decir á sus enemigos que habia pro-

metido á los oidores no volver sin presa, lo qual le causó la muerte, por la mucha crueldad de Alonso Gonzalez, el verdugo mayor. El autor pasa adelante diciendo: Enviaron en esta sazon los oidores algunos perdones para particulares, los quales se enviaban con Negros y con Yanaconas, que á la continua iban y venian del un campo al otro, y todos vinieron á poder de Francisco Hernandez, que los hacia luego pregonar públicamente, diciendo, tanto dan por los perdones. Y no contento con esto, hizo á los que los llevaron cortar las manos y narices, y ponerselas al cuello; y de esta suerte los tornaba á enviar al campo del rey. Hasta aquí es de aquel autor, con que acaba el capitulo alegado.

CAPITULO XXX.

Cautelas de malos soldados. Piedrahita da arma al exército real. Francisco Hernandez determina dar batalla á los oidores: prevencion de estos.

Con estas desvergüenzas y desacatos á la magestad real estuvo Francisco Hernandez en Pucara los dias que allí paró, que en las escaramuzas que cada dia y cada hora se hacian, siempre ganaba gente y caballos, porque muchos soldados bulliciosos y revoltosos, jugando á dos manos, se hacian perdidizos, que en las escaramuzas, dando á entender que iban á pelear, arremetian con los enemigos, y viéndose entre ellos decian, yo me paso á vosotros, yo me rindo, entregaban las armas, y se

dexaban llevar presos con astucia y cautela, para si los del rey venciesen decir, que los tiranos los habian rendido y preso, y si venciese el tirano, alegar que ellos se le habian pasado y ayudado á ganar la victoria y la tierra. Sintiendo algo de esto los oidores, mandaron cesar las escaramuzas, que no las hubiese, ni que los soldados de la una parte se hablasen con los de la otra, por parientes y amigos que fuesen; porque nunca se vió buen suceso de las tales pláticas. Viendo Francisco Hernandez que las escaramuzas y las pláticas de los soldados cesaban, por irritar al enemigo, envió una noche de aquellas á su maese de campo y capitan Juan de Piedrahita, que fuese á dar una arma al campo de S. M. con ochenta arcabuceros que llevase consigo, y que viese y notase con qué cuidado ó descuido

estaban los del rey, para darles otras muchas armas cada noche, y desvelarlos hasta cansarlos y destruirlos. Piedrahita fue con su gente, y dió la arma como mejor pudo y supo; pero no hizo cosa de importancia, ni los del rey le respondieron; porque vieron que todo era un poco de viento y no manera de pelear. Piedrahita se volvió y contó á Francisco Hernandez y á los suyos grandes bravatas que habia hecho; y que halló los del campo real sin guarda ni centinela, tan descuidados y dormidos, que si llevara doscientos y cincuenta arcabuberos, que él los desbastara, venciera y traxera presos los oidores y sus capitanes. Con esto dixo otras muchas cosas al mismo tono, segun la comun costumbre de soldados parleros, que son mas para charlatanes que para caudillos; y aunque Piedrahita

fue capitan en aquella tirania, y le sucedieron lances venturosos, aquella noche no hizo mas de lo que se ha dicho, y parló mucho sobre ello.

Francisco Hernandez Giron, con las nuevas demasiadas que su maese de campo Piedrahita le dió, teniendolas por ciertas, y tambien por el aviso que ciertos soldados que de los del rey se le pasaron le dieron, diciendo que el campo de S. M. estaba muy necesitado, que no tenia pólvora ni mecha, se determinó á dar batalla al exército real una noche de aquellas. Presumió dar batalla á sus enemigos, pues que no le acometian en su fuerte, lo qual le parecia flaqueza de ánimo y de fuerzas, y que los tenia ya rendidos, pues se mostraban tan cobardes y pusilanimes. Llamó á sas capitanes á consulta, y les propuso su pre-

tension, persuadiéndoles con mucha instancia que todos viniesen en ello, porque les prometia buen suceso, dándoles á entender que asi lo certificaban sus pronósticos y agüeros, y por mejor decir sus hechicerias. Sus capitanes lo contradixeron diciendo, que no tenia necesidad de dar batalla, sino de estarse quedo, pues estaba en un lugar fuerte y bien acomodado de todo lo necesario, bien en contra de sus enemigos, que estaban con falta de bastimento y de municion, y que si queria traerlos á mayor necesidad, podia pasar adelante en su camino con la prosperidad que hasta alli habia traido, llegar á los Charcas y recoger quanta plata habia por aquella tierra, para pagar su gente, y revolver por la costa adelante hasta entrar en la ciudad de los Reyes, pues estaba desamparada y sin gente de guer-

ra: que sus enemigos, por venir faltos de cabalgaduras, y con falta de herrage para las que traian, no le podian seguir sino era escogiendo los pocos que tenian posibilidad para seguirle, y que á estos que les siguiesen, los tenia vencidos cada vez que quisiese revolver sobre ellos. Y que pues hasta ensonces le habia ido bien, no trocase el juego para perderlo, que con mucha facilidad se solia perder en las batallas: que se acordase de la de Chuquinca, quan confiados le acometieron sus contrarios, y quan facilmente y en quan breve tiempo se vieron perdidos. Francisco Hernandez dixo, que él estaba determinado de dar una encamisada con todo su exército, porque no queria andar huyendo de los oidores; y que las buenas viejas decian que alli habia de ser: que les pedia y rogaba que no le contradi-

xesen, sino que se apercibiesen para la noche siguiente, que él estaba determinado á lo dicho.

Con esto se acabó la consulta, y sus capitanes quedaron muy descontentos, viendo que contra la comun opinion de todos ellos acometia una cosa tan peligrosa y dudosa. Salieron todos muy afligidos, porque vieron que los llevaba á perderse. El general, aunque los vió y halló tan contrarios de su parecer y determinacion, no se mudó, antes en contra de todos ellos quiso seguir el consejo y pronóstico de sus hechicerias y encantamientos. Dieron orden entre todos ellos, que habian de salir despues de media noche al ponerse de la luna encamisados de blanco, porque se conociesen unos á otros. A puesta de sol llamaron á recoger, y hallaron que faltaban dos soldados de los del mariscal;

sospecharon que se hubiesen ido á los del rey ; pero los que pretendian agradar á Francisco Hernandez, traxeron nuevas falsas , diciendo que el uno de ellos , que era de mas crédito y reputacion, los Indios afirmaban que le habian encontrado camino de los Charcas, y que del otro soldado de menos cuenta , decian los noveleros que no harian caso los oidores , ni le darian crédito á lo que dixese , porque no era hombre de talento. Francisco Hernandez se satisfizo con estas novelas , y mandó que todos se apercibiesen para la hora señalada. Los dos soldados huidos ya bien tarde fueron á parar al campo de S. M. , y dieron aviso de la determinacion del enemigo , y que vendrian aquella noche divididos en dos partes , con ánimo y presuncion de acometerles en su fuerte, pues que ellos no le ha-

bian acometido en el suyo, ni osado mirarles. Los oidores, sus ministros y consejeros, que eran los vecinos mas antiguos de todo aquel imperio, que por la experiencia larga de tantas guerras como habia tenido eran grandes soldados, de mucha milicia, acordaron, por qué el fuerte que habian hecho donde estaban alojados estaba muy ocupado con tiendas y toldos, y lleno de cabalgaduras é Indios, que antes les habian de estorvar en la pelea que ayudarles, sacar la gente del fuerte, y formar sus esquadrones de infantería y caballería en un llano; y así lo pusieron por obra, aunque entre los del consejo hubo contradicion diciendo, que un cobarde y un pusilánime mejor pelearia estando detras de una pared que estando al descubierto en un llano. Con esta razon dixeron otras al propósito, mas al

fin sacaron la gente, y fue permision de Dios y misericordia suya que la sacasen, como adelante verémos. Formaron un hermoso esquadron de infantería muy bien guarnecido de picas y alabardas, y su arcabucería puesta por mucha órden, con once tiros de artillería gruesa.

CAPÍTULO XXXI.

Francisco Hernandez sale á dar batalla. Vuélvese retirando por haber errado el tiro. Tomas Vazquez se pasa al rey. Un pronóstico del tirano.

El tirano, llegada la hora de sus agüeros y pronósticos, salió de su fuerte con ochocientos infantes, segun el Palentino, los seiscientos arcabuceros y los demas piqueros, y muy pocos de á caballo, que no

llegaban á treinta. Por otra parte envió otro esquadron de los soldados negros, que pasaban de doscientos y cincuenta. Con ellos fueron setenta arcabuceros españoles para guiarles y adestrarles en lo que habian de hacer; pero no les enviaban mas de para divertir el esquadron real, que no entendiese qual de aquellos dos esquadrones era el de Francisco Hernandez. Mandaron que los negros acometiesen el fuerte de los oidores por delante, porque Francisco Hernandez pensaba acometerle por las espaldas. Con esta órden caminaron hácia el campo de S. M. con todo el silencio posible, y las mechas tapadas, porque no las viesen. Los del rey estaban en sus esquadrones con todo el silencio y alerta; y las mechas asimismo cubiertas para no ser vistos. Los negros de Francisco Hernandez llegaron al fuerte

primero que Francisco Hernandez, porque tuvieron menos que andar; y no hallando quien les resistiese, se entraron por él, matando Indios, caballos, mulas y quanto por delante topaban; y entre los Indios mataron cinco ó seis españoles que de cobardes quedaron escondidos. Francisco Hernandez llegó poco despues al fuerte, y encaró á él toda su arcabucería, sin que los de S. M. respondiesen con arcabuz alguno, hasta que los tiranos hubiesen disparado todos los suyos. Entonces dispararon los del rey su arcabucería y artillería del puesto donde estaban, que los enemigos no imaginaban tal, sino que estaban en su fuerte; pero los unos y los otros hicieron en aquella batalla poco mas que nada, porque era de noche muy obscura, y tiraban á tiento sin verse los unos á los otros: que segun la arcabucería que

tenian, que de ambas partes pasaban de mil y trescientos arcabuceros, y llegando tan cerca los unos de los otros como llegaron, no fuera mucho si se vieran quedar todos asolados. El tirano, viendo que habia errado el tiro, se dió por perdido, y así todo su intento fue retirarse á su fuerte con el mejor órden que él y sus ministros pudieron dar. Mas no fue bastante su diligencia para que no se le quedasen en el camino mas de doscientos soldados de los del mariscal, que soltaron las picas y alabardas que llevaban. Los soldados de S. M. quisieran arremeter y romper del todo á los que iban huyendo; mas los que gobernaban aquel exército, que sin el general y maese de campo eran otros muchos vecinos de aquel imperio, como ya lo hemos dicho, no consintieron que saliesen de su orden,

sino que se estuviesen quedos, y fue bien acordado, porque de una vanda de caballos que, entendiendo que los enemigos no iban para pelear ni resistir, salieron á molestarles, mataron un alferez, hirieron tres vecinos del Cozco, que fueron Diego de Silva, Anton Ruiz de Guevara y Diego Maldonado el Rico. La herida de Diego Maldonado fue tan estraña que se hizo incurable, que hasta que falleció, que fueron once ó doce años despues de la batalla, la tuvo abierta por consejo de los médicos y cirujanos, que decian que encerrándola se habia de morir. Con estos que hirieron hicieron los tiranos que les dexasen pasar su camino, y así fué muy bien acordado prohibir que salieran los del rey á pelear con ellos porque si salieran, hubiera mucha mortandad de ambas partes. Francisco

Hernandez entró en su fuerte bien desfallecido de su ánimo, soberbia y orgullo, por verse engañado de lo que tanto confiaba, que eran sus hechicerias, con las quales se hacia vencedor de todos sus enemigos. Mas por no desanimar los suyos mostró la cara alegre; pero no pudo disimular tanto que no se le viese al descubierto la pena que en el corazon tenia.

No hubo mas pelea en aquella batalla de la que se ha dicho, que si hubiera la que el Palentino dice, cap. 54, no quedará de todos ellos hombre á vida. Pruébase lo que decimos con lo que él mismo dice, que los muertos de parte de los oidores fueron cinco ó seis, y hasta treinta los heridos; y del tirano diez muertos, y muchos heridos y presos &c. Los presos fueron los que se quedaron de los del mariscal, que, como diximos,

pasaron de doscientos, y de los de Francisco Hernandez no pasaron de quince. Los muertos y heridos que se hallaron en el esquadron real fueron muertos y heridos por los suyos mismos, que los de la retaguardia, por ser la noche tan obscura, no atinando bien donde estaban los enemigos, tiraban á tiento por asombrarlos, y así mataron é hirieron los que se han dicho, y fueron de la compañía del capitan Juan Ramon, que estaban en una manga de las del esquadron. Averiguóse lo dicho, porque todas las heridas de los muertos y heridos fueron dadas por detras; y uno de los difuntos fue un caballero que se decia Suero de Quiñones, hermano de Antonio de Quiñones, vecino del Cozco, y un primo hermano suyo que se decia Pedro de Quiñones fue de los heridos. El dia siguiente á la batalla no

hubo cosa alguna de ninguna de las partes. A la noche se pusieron los del rey en esquadron como la noche pasada, porque tuvieron nueva que el tirano volvia con otra encamisada á enmendar el yerro de la noche pasada, y á tentar si acertaban mejor, mas fue novela de quien la quiso inventar, porque el desdichado de Francisco Hernandez mas estudiaba en como huirse y librarse de la muerte que en dar batalla, que ya estaba desengañado de ella y de sus abusiones. El dia tercero á la batalla, por no mostrar tanta flaqueza, mandó á sus capitanes y soldados, que saliesen al campo, y provocasen á los enemigos que escaramuzasen con ellos, porque no los tuviesen por rendidos. Y así se trabó una escaramuza de poco momento, pero de mucha importancia, porque el capitan Tomas Vazquez, y diez

ó doce amigos suyos que estaban apercibidos para el hecho, se pasaron á los de S. M., y llevaron una prenda del maese de campo Juan de Piedrahita, que era una celada de plata, en señal de que haria otro tanto; y que no lo hacia luego por llevar mas gente consigo. Todo esto dixo Tomas Vazquez á los oidores, de que ellos y todo su exército recibieron grandísimo contento, por ver perdido al tirano, y acabada su desvergüenza, porque Tomas Vazquez era el pilar mas principal que le sustentaba, y faltando él, no habia que hacer caso de todos los demas. Los de la escaramuza se recogieron todos á sus puestos, y Francisco Hernandez, animando los suyos porque no sintiesen tanto la pérdida de Tomas Vazquez, les hizo un parlamento breve y compendioso, como lo dice el Palen-

tino, capítulo 55., por estas palabras.

» Caballeros y Señores: bien saben todos vuestras mercedes, como antes de ahora les tengo dicha la causa y razon de haber yo tomado esta empresa, las cosas que pasaban en el reyno, por las quales los hombres eran molestados, y estaban sin remedio, la vexacion y molestia que así á vecinos como á soldados se hacia; á los unos quitándoles sus haciendas, y á los otros las grangerías y servicio; y los señores vecinos mis compañeros, que lo deseaban y querian hacer, me dexaron al mejor tiempo, y ahora lo ha hecho Tomas Vazquez. No tengan vuestras mercedes pena por su ausencia, y miren que un hombre era y no mas. Y no se fien en decir que tienen perdon, que con el al cuello los ahorcarán otro dia. Miren bien, que

si vuestras mercedes se repertan, tenemos hoy mejor juego que nunca; porque les hago saber, que á Tomas Vazquez y á todos los demas que se fueron, los justiciarán luego que yo falte. Y no me pesa por mí, que uno solo soy; y si con mi muerte librase á vuestras mercedes, yo me ofrezco luego al sacrificio de ella; pero tengo bien entendido que, á bien librar, quien se escapare de la horca irá afrentado á galeras. Por tanto, consideren bien tal caso, y esforzándose, animénse unos á otros á pasar adelante con la empresa, pues somos quinientos, que dos mil no nos harán daño sin que mayor no sea el suyo. Y pues el negocio tenemos en tan buen punto, y tanto nos conviene, miremos bien lo que nos va, y lo que será de cada uno si yo faltase. Estas y otras cosas les dixo á este propósito; empero

era cierto grande la tristeza que su gente sentia por la huida de Tomas Vazquez, &c.

Hasta aquí es del Palentino. Lo que Francisco Hernandez dixo, que con el perdon al cuello los ahorcarian, se cumplió mejor que los pronósticos que sus hechiceros le dieron á él; que aunque no ahorcaron á Tomas Vazquez, ni á Piedrahita, los ahogaron en la cárcel con los perdones reales que la Chancillería les habia dado sellados con el sello imperial, que los tenian en sus manos, alegando que delitos perdonados no se debian ni podian castigar, no habiendo delinquido despues de ellos. Mas no les aprovechó nada, que como lo dixo Francisco Hernandez así se cumplió. Y esto quede aquí dicho anticipado de su lugar, porque no lo repitamos adelante.

CAPÍTULO XXXII.

Francisco Hernandez se huye solo. Su maese de campo con mas de cien hombres va por otra via. El general Pablo de Meneses los sigue, prende y hace justicia de ellos.

Francisco Hernandez quedó tan perdido y desamparado con la huida de Tomas Vazquez, que determinó huirse de los suyos aquella misma noche, porque la sospecha se le entró en el corazon y en las entrañas, y se le apoderó de tal manera, que causó en él los efectos que el divino Ariosto pinta de ella en el segundo de los cinco cantos añadidos; pues le hizo temer y creer que los mas suyos le querian matar para librarse con su muerte de la pena que todos

ellos merecian, por haberle seguido y servido contra la magestad real. Tuvo indicios para sospecharlo y creerlo, como lo dice el Palentino, cap. 55., por estas palabras.

Finalmente Francisco Hernandez determinó huir aquella noche, porque le descubrieron en gran puridad y secreto, que sus capitanes le trataban la muerte, &c. no imaginando ellos tal; sino seguirle y morir todos con él, como adelante lo mostrarémos, si él se fiara de ellos al presente. Y fue tan rigurosa la sospecha, que aun de su propia muger, con ser tan noble y virtuosa, no le consintió fiarse, ni de ninguno de los suyos por muy amigo y privado que fuese. Y así venida la noche, dando á entender á su muger, y á los que con él estaban que iba á proveer ciertas cosas necesarias á su

exército, salió de entre ellos, y pidió un caballo que llamaban Almaraz: fue de los buenos caballos que allá hubo. Subió en él, y con decir que volvia luego, se partió de los suyos sin saber donde iba. Y con el temor de creer que le querian matar, no veia la hora de escaparse de sus propios amigos y valedores; ni imaginaba cosa mas segura que la soledad, como lo dice el Palentino, capítulo alegado. Así se fue el pobre Francisco Hernandez sin ninguna compañía. Dos ó tres de los suyos le siguieron por el rastro; pero él, sintiéndolos á pocos pasos que habian andado, se hurtó de ellos, y se fue solo por una quebrada honda, y anduvo por ella tan á ciegas, que al amanecer se halló cerca de su fuerte, y reconociéndola, huyó de él, y fue á meterse en unas sierras nevadas que por

allí habia, sin saber á qual parte podia salir; al fin por la bondad del caballo salió de ellas, habiendo pasado mucho peligro de ahogarse en la nieve. No hubo mas ruido del que se ha dicho en la salida que hizo de su exército; y decir el Palentino que tuvo un largo coloquio con su muger y muchas lágrimas entre ellos, fue relacion de quien no lo sabia; que la sospecha y el temor de la muerte no le daban lugar á que dixese á nadie que se iba de entre ellos. Su teniente general, que habia quedado en el real, quiso recoger la gente, y seguir á Francisco Hernandez. Salió con cien hombres que fueron con él, que algunos de ellos eran de los mas prendados; pero otros, que tambien lo eran tanto como ellos, y aun mas, que fue Piedrahita, Alonso Diaz y el capitan Diego de Gavilan, su her-

mano Juan Gavilan, el capitan Diego Mendez, el alferez Mateo del Sauz y otros muchos con ellos de la misma calidad y prendas, sabiendo que Francisco Hernandez era ido, se fueron al exército real, diciendo que se pasaban del tirano á servir á S. M. Fueron bien recibidos, y á su tiempo les dieron á cada uno su provision de perdon real de todo lo pasado, sellada con el sello real. Los oidores y toda su gente estuvieron aquella noche puestos en esquadron para esperar lo que sucediese.

El dia siguiente, certificados los oidores de la huida de Francisco Hernandez Giron, y de todos los suyos, proveyeron que el general Pablo de Meneses con ciento y cincuenta hombres fuese en alcance de los tiranos para los prender y castigar. El general, por salir apriesa, no pudo sacar mas de

ciento y treinta soldados, con ellos siguió el rastro de los huidos, y acertó á seguir el de Diego de Alvarado, teniente general de Francisco Hernandez, que como llevaba cien Españoles, y mas de veinte Negros, se supo luego por donde iban. A ocho ó nueve jornadas que fue en pos de ellos los alcanzó; y aunque llevaba menos gente que el enemigo, porque se le habian quedado muchos soldados, cuyas cabalgaduras no pudieron sufrir las jornadas largas, se le rindieron los contrarios sin hacer defensa alguna. El general los prendió, é hizo justicia de los mas principales, que fueron Diego de Alvarado, Juan Cobo, Diego de Villalba, Fulano de Lugones, Albertos de Orduña, Bernardino de Robles, Pedro de Sotelo, Francisco Rodriguez, y Juan Henriquez de Orellana; que aunque tenia buen nom-

bre se preciaba de ser verdugo, y su oficio era ser pregonero. Fue verdugo, como se ha dicho, de Francisco de Carvajal, y del licenciado Alvarado, que tenia presente. El general Pablo de Meneses le dixo: Juan Henriquez, pues sabeis bien el oficio, dad garrote á estos caballeros vuestros amigos, que los señores oidores os lo pagarán. El verdugo se llegó á un soldado que él conocia, y en voz baxa le dixo: Creo que la paga á de ser mandarme ahogar despues que yo haya muerto á estos mis compañeros. Como él lo dixo sucedió el hecho, porque habiendo dado garrote á los que hemos nombrado, y cortadoles las cabezas, mandaron á dos Negros que ahogasen al verdugo, como él lo habia hecho á los demas, que sin los nombrados fueron otros once ó doce soldados. Pablo de Meneses envió al Cozco

presos, y á buen recaudo muchos de los que prendió, y nueve cabezas de los que mandó matar. Yo las ví en las casas que fueron de Alonso de Hinojosa, donde posaba Diego de Alvarado quando hacia el oficio de maese de campo y teniente general, que andaba siempre en una mula, y en ella corria á unas partes y á otras haciendo su oficio, por semejar á Francisco de Carvajal, que nunca le ví á caballo. De la desvergüenza de algunos soldados de los tiranos se me ofrece un cuento particular, y fue que otro dia despues de la huida de Francisco Hernandez, sentado Garcilaso, mi señor, á su mesa para comer con otros diez y ocho ó veinte soldados que siempre comian con él, que todos los vecinos de aquel imperio, cada qual conforme á su posibilidad, quando habia guerra hacian lo mis-

mo, vió entre los soldados sentado uno de los de Francisco Hernandez, que habia sido con él desde los principios de su tirania, y usado toda la desvergüenza y libertad que se puede imaginar, y con ella se fue á comer con aquellos caballeros, y era herrador, pero en la guerra andaba en estofa de mas rico que todos los suyos. Viéndole mi padre sentado le dixo: Diego de Madrid, que así se llamaba él, ya que estais sentado, comed en hora buena con estos caballeros; pero otro dia no vengais acá, porque quien ayer si pudiera cortarme la cabeza fuera con ella á pedir albricias á su general, no es razon que se venga hoy á comer con estos mis señores, que desean mi vida, mi salud y el servicio de S. M. El Madrid dixo: Señor, y aun ahora me levantaré si vuesa merced lo manda. Mi pa-

dre respondió, no digo que os levanteis; pero si vos los quereis hacer, haced lo que quisieredes. El herrador se levantó, y se fue en paz, dexando bien que mofar de su desvergüenza. Tan odiados como esto quedaron los de Francisco Hernandez, porque fue aquella tirania muy tirana contra S. M., que pretendió quitarle aquel imperio, y contra los vecinos de él, que desearon matarlos todos para heredar sus haciendas y sus Indios. La muger de Francisco Hernandez quedó en poder del capitan Ruibarba, y los oidores mandaron á Juan Rodriguez de Villalobos que se encargase de su cuñada hasta llevarla al Cozco, y entregarla á sus padres, y así se cumplió.

CAPÍTULO XXXIII.

El maese de campo Don Pedro Portocarrero va en busca de Francisco Hernandez. Otros dos capitanes van á lo mismo por otro camino, prenden al tirano, lo llevan á los Reyes, y entran en la ciudad á manera de triunfo.

El general Pablo de Meneses, habiendo enviado al Cozco los presos y las cabezas que hemos dicho, no hallando rastro de Francisco Hernandez, determinó volverse á dar cuenta de su jornada á los oidores. Los quales, habiendo desperdigado á los tiranos, caminaron á la ciudad Imperial, de donde sabiendo que Francisco Hernandez iba hácia los Reyes, enviaron al maese de campo Don Pedro Portocarrero, que con ochenta hombres

fuese en pos del tirano por el camino de los Llanos. A dos capitanes que habian venido de la ciudad de Huanucu con dos compañías á servir á S. M. en aquella guerra mandaron, que como se habian de volver á sus casas, fuesen con sus compañías por el camino de la Sierra en seguimiento del tirano, porque no se escapase ni por la una via ni por la otra, y les dieron comision para que hiciesen justicia de los que prendiesen. Los capitanes, que eran Juan Tello, y Miguel de la Serna, hicieron lo que se les mandó, y llevaron ochenta hombres consigo. En la ciudad de Huamanca supieron que Francisco Hernandez iba por los Llanos á Rimac: fueron en busca de él, y á pocas jornadas tuvieron nueva que estaba quince leguas de ellos con trescientos hombres de guerra, los ciento y cin-

cuenta arcabuceros. Los capitanes caminaron en seguimiento de ellos, que no les atemorizó la nueva de tanta gente. Otro dia les dixeron los Indios, que no eran mas de doscientos, y asi los fueron apocando de dia en dia, hasta decir que no eran mas de cien hombres. Las nuevas tan varias y diversas que los Indios á estos dos capitanes dieron del número de la gente que Francisco Hernandez llevaba, no fueron sin fundamento. Porque es así que luego que sus soldados supieron que se habia huido, se desperdigaron por diversas partes, como gente sin caudillo, huyendo de veinte en veinte, y de treinta en treinta, y muchas quadrillas de estas fueron á parar con él; de manera que se vió con mas de doscientos soldados, y muchos de ellos fueron de los del mariscal, que le habian tomado afi-

cion. Pero como iban huyendo, el temor de los contrarios, y la necesidad que como gente huida y perdida llevaban de lo que habian menester, les forzó á que se quedasen por los caminos, á esconderse y buscar su remedio. Y asi quando los del rey llegaron cerca de ellos, no iban mas de ciento: que los Indios en la primera relacion dixeron mas de los que iban, y en la segunda, los que pocos dias antes caminaban, y en la última, los que entonces eran. De manera que si Francisco Hernandez no huyera de los suyos, sino que saliera en público, le siguieran muchos, y hubiera mas dificultad en prenderlos y consumirlos. Los capitanes, hallándose tres leguas de los enemigos, por certificarse de quantos eran, enviaron un Español diligente, muy ligero, que con un Indio que le guiase

fuese á reconocerlos, y supiese quantos eran. La espia, habiendo hecho sus diligencias, escribió que los enemigos serian hasta ochenta y no mas. Los capitanes se dieron priesa á caminar, hasta que llegaron á vista los unos de los otros, y fueron á ellos con sus vanderas tendidas, y con ochenta Indios de guerra, que los curacas habian juntado para servir á los Españoles en lo que fuese menester. Los enemigos, viendo que iban á combatirles, temiendo los caballos que los capitanes llevaban, que eran cerca de quarenta, se subieron á un cerro á tomar unos paredones que en lo alto habia, para fortificarse en ellos. Los capitanes los siguieron, con determinacion de pelear con ellos, aunque los enemigos tenian ventaja en el sitio; pero iban confiados en que entonces llevaban ya doscientos Indios de

guerra, apercibidos con sus armas, que ellos mismos se habian convocado con deseo de acabar á los Aucas, que así llaman á los tiranos. Estando ya los capitanes á tiro de arcabuz de los enemigos, se les vinieron quatro ó cinco de ellos, y entre ellos un alferez de Francisco Hernandez, el qual les pidió con mucha instancia que no pasasen adelante, que todos los de Francisco Hernandez se les pasarian: que no aventurasen á que les matasen alguno de los suyos, pues los tenian ya rendidos. Estando en esto se pasaron otros diez ó doce soldados, aunque los Indios de guerra los maltrataron á pedradas, hasta que los capitanes les mandaron que no lo hiciesen. Lo qual visto por los de Francisco Hernandez, se pasaron todos, que no quedaron con él sino dos solos, el uno fue su cuñado Fulano de

Almaraz, y el otro un caballero estremeño llamado Gomez Suarez de Figueroa.

Francisco Hernandez, viéndose desamparado de todos los suyos, salió del fuerte á que los del rey le matasen, ó hiciesen de él lo que quisiesen. Lo qual visto por los dos capitanes, arremetieron con todos los suyos al fuerte á prender á Francisco Hernandez, y los primeros que llegaron á él fueron tres hombres nobles, Esteban Silvestre, Gomez Arias de Avila, y Hernando Pantoja. El qual asió de la celada á Francisco Hernandez, y queriendo él defenderse con su espada, le asió de la guarnicion Gomez Arias, diciendo que la soltase; y no queriendo Francisco Hernandez soltarla, le puso Esteban Silvestre la lanza á los pechos, diciendo que le mataria sino obedecia á Gomez Arias.

Con esto le rindió la espada á Gomez Arias, y subió á las ancas del caballo del vencedor, y así lo llevaron preso; y llegados á la dormida, pidió Gomez Arias que le hiciesen alcayde del prisionero, que él lo guardaria y daria cuenta de él. Los capitanes lo concedieron, mandando que le echasen prisiones, y señalando soldados que lo guardasen; y así caminaron hasta salir al camino de la Sierra, para ir á la ciudad de los Reyes. Los capitanes Miguel de la Serna, y Juan Tello quisieron, conforme á su comision, hacer justicia de muchos de los de Francisco Hernandez que prendieron en aquel viage; pero viendo gente noble rendida y pobre, se apiadaron de ellos, y los desterraron fuera del reyno á diversas partes. Y porque pareciese que entre tanta misericordia habian hecho algo de rigor de jus-

ticia, mandaron matar á uno de ellos, que se decia Fulano Guadramiros, que fue de los de Don Sebastian, y fue el mas desvergonzado de los que anduvieron con Francisco Hernandez, y así pagó por todos sus compañeros. La fama divulgó la prision de Francisco Hernandez, y sabiendo el maese de campo Don Pedro Portocarrero, y el capitan Baltasar Velazquez, que pocos dias antes por orden de los oidores habian salido del Cozco con treinta soldados y dos vanderas en busca de Francisco Hernandez, se dieron priesa á caminar, por gozar de la victoria agena, é ir con el prisionero hasta la ciudad de los Reyes, como que ellos con su trabajo y diligencia le hubiesen preso. Y así dándose toda la priesa que pudieron, alcanzaron los capitanes y al prisionero pocas leguas antes de la ciudad de

los Reyes. Entraron en ella en manera de triunfo, tendidas las quatro vanderas. Las de los dos capitanes, por haberse hallado en la prision de Francisco Hernandez, iban en medio de las del maese de campo, y del capitan Baltasar Velazquez; y el preso iba en medio de las quatro vanderas, y á sus lados, y delante de él iban los tres soldados ya nombrados, que se hallaron en prenderle. Luego se seguia la infanteria puesta por su orden por sus hileras, y asimismo la caballeria. A lo último de todos iban el maese de campo y los tres capitanes. Los arcabuceros iban haciendo salva con sus arcabuces, con mucha fiesta y regocijo de todos, de ver acabada aquella tirania que tanto mal y daño causó en todo aquel imperio.

CAPÍTULO XXXIV.

Los oidores proveen corregimientos. Hacen justicia de Francisco Hernandez Giron. Ponen su cabeza en el rollo. Hurtala un caballero con la de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal. Muerte extraña de Baltasar Velazquez.

Los oidores, viniendo de Pucara, donde fue la pérdida de Francisco Hernandez Giron, pararon en la ciudad del Cozco algunos dias, para proveer cosas importantes al gobierno de aquel reyno, que tan sin él estuvo mas de un año, y tan sujeto á tiranos, tan tiranos que no se puede bastantemente decir. Proveyeron que el capitan Juan Ramon fuese corregidor de la ciudad de la Paz, donde tenia su repartimiento de Indios, que el capitan Don Juan de Sandoval lo fuese de la ciudad de la Plata y sus

provincias, y que Garcilaso de la Vega fuese corregidor, y gobernador de la ciudad del Cozco. Dieronle por teniente un letrado que se decia el licenciado Monjaraz, en cuya provision decian los oidores que fuese teniente de aquella ciudad, durante el tiempo de la voluntad de ellos. El corregidor, quando vió la provision dixo, que su teniente habia de estar á su voluntad y no á la agena, porque quando no hiciese bien su oficio, queria tener libertad para despedirle y nombrar otro en su lugar. Los oidores pasaron por ello, mandaron enmendar la cláusula, y el licenciado Monjaraz, mediante la buena condicion y afabilidad de su corregidor, gobernó tan bien, que pasado aquel trienio le dieron otro corregimiento no menor; bien en contra de lo que sucedió á su sucesor, como adelante dirémos.

Estando los oidores en aquella ciudad del Cozco, que fueron pocos dias, trataron con ellos importunadamente los capitanes y soldados pretendientes de repartimientos de Indios, que les hiciesen mercedes de dárselos por los servicios que en aquella guerra y en las pasadas habian hecho á S. M. Los oidores se escusaron por entonces diciendo, que aun la guerra no era acabada, pues el tirano aun no era preso, y que habia mucha gente de su vando derramada por todo el reyno. Que quando hubiese entera paz, ellos tendrian cuidado de hacerles mercedes en nombre de S. M.; y que no hiciesen juntas, como las hacian, para tratar de eso, ni de otra cosa, que parecia mal, y que daban ocasion á que las malas lenguas dixesen de ellos lo que quisiesen. Con esto se libraron los oidores de aquella mo-

lestia, y entre tanto tuvieron la nueva de la prision de Francisco Hernandez Giron, y se dieron priesa á los despachos, por irse á la ciudad de los Reyes, y hallarse en el castigo del tirano. Y así salió el doctor Saravia seis ó siete dias antes que el licenciado Santillan, ni el licenciado Mercado, sus compañeros. Los capitanes, que eran Juan Tello y Miguel de la Serna, llevaron á Francisco Hernandez, su prisionero, hasta la cárcel real de la chancillería, y se lo entregaron al alcalde, pidieron testimonio de ello, y se les dió muy cumplido. Dos ó tres dias despues entró el doctor Saravia, que tambien se dió priesa á caminar por hallarse á la sentencia y muerte del preso, la qual le dieron dentro de ocho dias despues de la venida del doctor, como lo dice el Palentino, cap. 58. por estas palabras.

Fuéle tomada su confesion, y al fin de ella dixo, y declaró haber sido de su opinion generalmente todos los hombres y mugeres, niños y viejos, frailes, clérigos y letrados del reyno. Sacáronle á justiciar á medio dia, arrastrando, metido en un seron, atado á la cola de un rocin, y con voz de pregonero que decia: Esta es la justicia que manda hacer S. M., y el magnífico caballero Don Pedro Portocarrero, maestre de campo, á este hombre, por traidor á la corona real y alborotador de estos reynos, mandándole cortar la cabeza por ello, y fixarla en el rollo de esta ciudad, y que sus casas sean derribadas y sembradas de sal, y puesto en ellas un mármol con un rotulo que declare su delito. Murió christianamente, mostrando grande arrepentimiento de los muchos males y daños

que habia causado.

Hasta aquí es de aquel autor, sacado á la letra, con que acaba el capítulo alegado. Francisco Hernandez acabó como se ha dicho: su cabeza pusieron en el rollo de aquella ciudad en una jaula de hierro, á mano derecha de la de Gonzalo Pizarro y de la de Francisco de Carvajal. Sus casas, que estaban en el Cozco, de donde salió á su rebelion, no se derribaron, ni hubo mas de lo que se ha referido. La rebelion de Francisco Hernandez, desde el dia que se alzó hasta el de su fin y muerte duró trece meses y pocos mas dias.

Deciase que era hijo de un caballero del hábito de San Juan. Su muger se metió monja en un convento de la ciudad de los Reyes, donde vivió religiosamente. Mas de diez años despues, un caballero que se decia Gomez de

Chaves, natural de Ciudad-Rodrigo, aficionado de la bondad, honestidad y nobleza de la Doña Mencia de Almaraz, imaginando que le seria agradable ver quitada del rollo la cabeza de su marido, no teniendo certificacion qual de aquellas tres era, él y un amigo suyo llevaron de noche una escala, y alcanzaron una de ellas pensando que era la de Francisco Hernandez Giron, y acertó á ser la del maese de campo Francisco de Carvajal. Luego alcanzaron otra, y fue la de Gonzalo Pizarro. Viendo esto aquel caballero dixo al compañero: Alcancemos la otra para que acertemos; y en verdad que pues así lo ha permitido Dios nuestro Señor, que no ha de volver ninguna de ellas donde estaban. Con esto se las llevaron todas tres, y las enterraron de secreto en un convento de aquellos. Y aunque la justi-

cia hizo diligencia para saber quien las quitó, no se pudo averiguar; porque el hecho fue agradable á todos los de aquella tierra, porque quitaron entre ellas la cabeza de Gonzalo Pizarro, que les era muy penoso verla en aquel lugar. Esta relacion me dió un caballero que gastó algunos años de su vida en los imperios de México y Perú en servicio de S. M., con oficio real: ha por nombre Don Luis de Cañaveral, y vive en esta ciudad de Córdoba. Pero al principio del año de mil seiscientos y doce vino un religioso de la órden de San Francisco, gran teólogo, nacido en el Perú, llamado Frai Luis Gerónimo de Ore, y hablando de estas cabezas me dixo, que en el convento de San Francisco de la ciudad de los Reyes estaban depositadas cinco cabezas, la de Gonzalo Pizarro, la de Francisco de

Carvajal y Francisco Hernandez Giron y otras dos que no supo decir cuyas eran. Y que aquella casa las tenia en depósito, no enterradas sino en guarda; y que él deseó muy mucho saber qual de ellas era la de Francisco de Carvajal, por la gran fama que en aquel imperio dexó. Yo le dixe que por el letrero que tenia en la jaula de hierro pudiera saber qual de ellas era. Dixo que no estaban en jaulas de hierro, sino sueltas cada una de por sí, sin señal alguna para ser conocidas. La diferencia que hay de la una relacion á la otra, debió de ser que los religiosos no quisieron enterrar aquellas cabezas que les llevaron, por no hacerse culpados de lo que no lo fueron; y que se quedasen en aquella casa ni enterradas ni por enterrar; y que aquellos caballeros que las quitaron del rollo, dixesen á sus ami-

gos que las dexaron sepultadas; y así hube ambas relaciones como se han dicho. Este religioso frai Luis Gerónimo de Ore iba desde Madrid á Cádiz con órden de sus superiores y del consejo real de las Indias, para despachar dos docenas de religiosos, ó ir él con ellos á los reynos de la Florida á la predicacion del santo evangelio á quellos gentiles. No iba certificado si iria con los religiosos, ó si volveria, habiéndolos despachado. Mandóme que le diese algun libro de nuestra historia de la Florida, que llevasen aquellos religiosos, para saber y tener noticia de las provincias y costumbres de aquella gentilidad. Yo le serví con siete libros, los tres fueron de la Florida, y los quatro de nuestros Comentarios, de que su paternidad se dió por muy servido.

Será bien digamos aquí la muer-

te del capitàn Baltasar Velazquez, que fue estraña, y tambien porque no vaya sola y sin compaña la de Francisco Hernandez Giron. Es así que algunos meses despues de lo dicho, residiendo Baltasar Velazquez en la ciudad de los Reyes, tratándose como capitan mozo y valiente, le nacieron dos postemas en las vedijas; y él por mostrarse mas galan de lo que le convenia, no quiso curarse, de manera que llegasen á madurar, y abrirse las postemas, que es lo mas seguro. Pidió que se las resolviesen adentro: sucedió que al quinto dia le dió cáncer allá en lo interior, y fue de manera que se asaba vivo. Los médicos, no sabiendo que le hacer, le echaban vinagre por refrescarle; pero el fuego se encendia mas y mas, de manera que nadie podia sufrir tener la mano media vara alta del cuerpo, que ardia

como fuego natural. Así acabó el pobre capitan, dexando bien que hablar á los que le conocian, de sus valentías presentes ypasadas que se acabaron con muerte tan rigurosa.

Los capitanes y soldados pretendientes que quedaron en el Cozco, luego que supieron la prision y muerte de Francisco Hernandez Giron, fueron en pos de los oidores á porfiar que les hiciesen mercedes por los servicios pasados. Y así luego que estuvieron de asiento en la ciudad de los Reyes, volvieron con mucha instancia á su demanda, y muchos de ellos alegaban diciendo, que por haber gastado sus haciendas en la guerra pasada, estaban tan pobres, que aun para el gasto ordinario no les habia quedado nada. Y que era razon y justicia cumplirles la palabra que les habian dado, de que acabado el tirano se les haria gratifi-

cacion: que ya él era muerto, que no restaba mas de la paga, y que de ella, segun ellos sentian, habia poca ó ninguna cuenta. Los oidores respondieron, que no era de leales servidores de S. M. pretender sacar con fuerza y violencia la gratificacion que se les debia. Que ellos y todo el mundo la conocian, que por horas y momentos esperaban nuevas de que S. M. hubiese proveido visorey, que no podia ser menos, porque no convenia que aquel imperio estuviese sin él. El qual si hallase repartido lo que en la tierra habia vaco, se indignaria contra los oidores por no haberle esperado, y contra los pretendientes, por haber hecho tanta instancia en la paga: y todos quedarian mal puestos con él. Que se sufriesen si quiera por tres ó quatro meses, que no era posible sino que en este tiempo tuviesen nuevas de la venida

del visorey; y que quando no fuese así, ellos repartirian la tierra, y cumplirian su palabra, que bien sentian la falta que tenian de hacienda, y que les dolia muy mucho no poderles socorrer en aquella necesidad; pero que por ser el plazo tan corto, y por no desagradar al visorey, se debia sufrir la necesidad con esperanza de la abundancia: que hacer otra cosa, y querer violentar la paga, mas era perder méritos que ganar la gratificacion de ellos. Con estas razones y otras semejantes templaron los oidores la furia de los pretendientes; y permitió Dios, que pocos meses despues, que no fueron mas de seis, llegase la nueva de la ida del Visorey, con la qual se aplacaron todos, y se apercibieron para el recibimiento de S. E., que de los que fueron al Perú, fue el primero que se llamó así.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

I. *Elecciones de los oficios militares y civiles que se proveyeron: á Vasco Godinez por general de todos. Muerte de D. Garcia y de otros muchos sin tomarles confesion.* . . . . . Pág. 3

II. *Sucesos que hubo en Potocsi. Egas de Guzman arrastrado y hecho quartos. Otras locuras de soldados, con muerte de otros muchos de los famosos. Apercibimiento del Cozco contra los tiranos.* . . 18

III. *La audiencia real provee al mariscal Alonso de Alvarado por juez para el castigo de los tiranos. Prevenciones del juez, y otras de los soldados. Prision de Vasco Godinez y de otros soldados y vecinos.* 30

IV. *El juez castiga muchos tiranos en la ciudad de la*

Paz, y en el asiento de Potocsi con muerte, azotes y galeras: hace lo mismo en la ciudad de la Plata. Sentencia y muerte de Vasco Godinez. 40
V. *Conjuracion y revelion de Francisco Hernandez Giron, con otros vecinos y soldados, por causa del riguroso castigo que se hacia en los Charcas.* 49
VI. *Francisco Hernandez se rebela en el Cozco. Sucesos de la noche de su rebelion. Se huyen de la ciudad muchos vecinos.* 59
VII. *Francisco Hernandez prende al corregidor: sale á la plaza: suelta los presos de la cárcel: hace matar á Don Baltasar de Castilla, y al contador Juan de Cáceres* 72
VIII. *Francisco Hernandez nombra maese de campo y capitanes para su exército. Dos ciudades le envian embaxadores. Número de vecinos que se huyeron á Rimac.* 83

IX. *Cartas que escribieron al tirano. Destierra este al corregidor del Cozco.* 92

X. *Francisco Hernandez se hace elegir procurador y capitan general de aquel imperio. Los oidores eligen ministros para la guerra. El mariscal hace lo mismo.* . . 102

XI. *Capitanes y ministros que los oidores nombraron para la guerra. Pretendientes al oficio de capitan general. Francisco Hernandez sale del Cozco para ir contra los oidores.* 114

XII. *Juan Vera de Mendoza se huye de Francisco Hernandez. Los del Cozco van en busca del mariscal. Sancho Dugarte hace gente, y se nombra general de ella. El mariscal le reprime. Francisco Hernandez llega á Huamanca. Tópanse los corredores del un campo y del otro.* 129

XIII. *Tres capitanes del rey prenden á otro del tirano, y á quarenta soldados. Re-*

mítenlos á uno de los oidores. Francisco Hernandez determina acometer al exército real: huyénsele muchos de los suyos. 140

XIV. *Francisco Hernandez se retira con su exército. En el de S. M. hay mucha confusion de pareceres. Motin que hubo en la ciudad de Piura. Como se acabó.* . . . 149

XV. *Sucesos desgraciados en el un exército y en el otro. Muerte de Nuño Mendiola, capitan de Francisco Hernandez, y de Lope Martin, capitan de S. M.* 159

XVI. *Los oidores envian gente en socorro de Pablo de Meneses. Francisco Hernandez revuelve sobre él, y da un bravo alcance. Desgraciada muerte de Miguel Cornejo. Lealtad de un caballo con su dueño.* 168

XVII. *Deponen los oidores á los dos generales. Francisco Hernandez llega á Nanasca. Una espia doble le da aviso de muchas noveda-*

des. El tirano compone un exército de negros. 180
XVIII. *El mariscal elige capitanes para su exército. Llega al Cozco. Sale en busca de Francisco Hernandez. Desgraciada muerte del capitan Diego de Almendras.* 189
XIX. *El mariscal tiene aviso del enemigo. Envia gente contra él. Armase una escaramuza entre los dos vandos. El parecer de todos los del rey es que no se dé batalla al tirano.* 202
XX. *Juan de Piedrahita da un arma al campo del mariscal. Rodrigo de Pineda se pasa al rey: persuade á dar la batalla. Contradicciones que sobre ello hubo. Determinacion del mariscal para darla.* 213
XXI. *El mariscal ordena su gente para dar la batalla. Francisco Hernandez hace lo mismo para defenderse. Lances que hubo en la pelea. Muerte de muchos hombres*

principales. 224
XXII. *Francisco Hernandez alcanza victoria. El mariscal y los suyos huyen de la batalla. Muchos de ellos matan los Indios por los caminos*. 235
XXIII. *Escándalo que la pérdida del mariscal causó en el campo de S. M. Provisiones que los oidores hicieron para remedio del daño. Discordia que entre ellos hubo sobre ir ó no con el exército real. Huida de un capitan del tirano á los del rey*. 248
XXIV. *Lo que Francisco Hernandez hizo despues de la batalla. Envia ministros á diversas partes del reyno á saquear las ciudades. Plata que en el Cozco robaron á dos vecinos de ella*. 257
XXV. *Robo que Antonio Carrillo hizo: su muerte. Sucesos de Piedrahita en Arequepa. Victoria que alcanzó por las discordias que en ella hubo*. 266
XXVI. *Francisco Hernandez*

huye de entrar en el Cozco. Lleva su muger consigo. . . 276
XXVII. El exército real pasa con facilidad el rio de Amancay y el de Apurimac. Sus corredores llegan á la ciudad del Cozco. 287
XXVIII. El campo de S. M. entra en el Cozco y pasa adelante. Como llevaban los Indios la artillería acuestas. Llega parte de la municion al exército real. . . . 293
XXIX. Llega al campo de S. M. donde está fortificado el enemigo. Alójase en un llano, y se fortifica. Hay escaramuzas y malos sucesos en los de la parte real. 302
XXX. Cautelas de malos soldados. Piedrahita da arma al exército real. Francisco Hernandez determina dar batalla á los oidores: prevencion de estos. 314
XXXI. Francisco Hernandez sale á dar batalla. Vuélvese retirando por haber errado el tiro. Tomas Vazquez se pasa al rey. Un pronós-

tico del tirano. 323
XXXII. *Francisco Hernandez se huye solo. Su maese de campo con mas de cien hombres va por otra via. El general Pablo de Meneses los sigue, prende y hace justicia de ellos.* 335
XXXIII. *El maese de campo Don Pedro Portocarrero va en busca de Francisco Hernandez. Otros dos capitanes van á lo mismo por otro camino, prenden al tirano, lo llevan á los Reyes, y entran en la ciudad á manera de triunfo.* 345
XXXIV. *Los oidores proveen corregimientos. Hacen justicia de Francisco Hernandez Giron. Ponen su cabeza en el rollo. Hurtala un caballero con la de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal. Muerte extraña de Baltasar Velazquez.* . . . 355